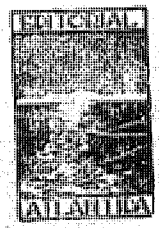
¡Cordial
a todos!



ARTEMIO PRECIOSO



ROSA DE CARNE

NOVELA

ATLÁNTIDA

ROSA DE CARNE

(HISTORIA DE UN LIBRO)

ARTEMIO PRECIOSO

ROSA DE CARNE

NOVELA

(Ilustraciones de DEMETRIO)

EDITORIAL «ATLÁNTIDA»
MENDIZÁBAL, 42.—MADRID

Es propiedad.
Copyright by Editorial Atlántida.

Imprenta Artística. - Sáez Hermanos, - Norte, 21 Madrid.

ARTEMIO PRECIOSO

(MEDALLÓN)

Fuera el tiempo lejano
de la Roma galante y decadente,
y ciñeran su frente
de emperador romano
los laureles de Apolo y de Minerva.
Y entre la verde hierba
que tapizó las ruinas de Herculano,
en ónice o marfil
brillara al sol un día su perfil.

Fuera el tiempo de Borgia; y con su mano
cruel y refinada, de sensual
condottiero italiano,
por la gloria papal,
bajo la clara luz de las estrellas
que alumbra la Romaña
atormentara tímidas doncellas.
O más bien, en España
—último taifa de la estirpe mora—
con un gesto de hastío
viera llegar la hora
postrera de su débil poderío.

Fuera el tiempo gentil de las pavanas
y versallesco abate,
—paje de alcoba y vate—,
le buscaran las damas cortesanas
—más rojas de carmín que de rubor—,
para oír de su boca
una historia de amor
escabrosa y audaz, entre una loca
damita de la corte y el señor
limosnero mayor.

Hoy, sólo novelista...
—escuela de Balzac sobria y realista—
... Los tiempos son muy duros,
... Los caminos obscuros.
Para llegar al fin hay que sufrir
dejarse herir; pero también herir...
Quien tiene una ilusión
ha de ir hacia ella aunque el camino
sea agrio y se deje en cada espino
trozos de corazón.

MARIANO TOMAS

NOTAS DE INTROITO

NOTAS DE "INTROITO"

Este libro, que aparece después de estarse anunciando durante tres años, sale a calle, no con miedo, que si lo sintiera era sencillo el remedio, pero sí con timidez lógica, tras una expectación que ni busqué ni me agrada.

La explicación del retraso es sencilla y humilde, como la mayoría de las verdades: comencé a escribir este libro hace más de tres años, en la habitación de un hotel de la ciudad condal: en Barcelona. ¿Te acuerdas, os acordáis, mejor dicho, Mary, la española negra, y Elisabeth, la rubia alemana? Con esta última traicioné a la primera, en una inocente traición de amor perfectamente disculpable, porque la hija de Alemania, además de guapa, bonita, joven, se me entregó sin resistencia, de una manera primitiva, natural, mientras Mary, mi antigua amiga, estaba en el cuarto de baño.

Si las dos eran muy amigas, Mary e Isabel, y te-

nían la misma habitación en aquel hotel del paseo de Colón, era justo que compartieran el amante, un amante joven, decidido, y que partía hacia París al día siguiente.

Y aquella tarde escribí las primeras cinco cuartillas de Rosa de Carne, cuya idea había germinado en mí hacía mucho tiempo. Comenzar la tarea y desde París escribir a los amigos, fué todo uno. Y como yo tenía la seguridad de que a razón de diez cuartillas diarias el libro podría estar terminado en menos de dos meses, se comenzó a anunciar Rosa de Carne, mi primer libro de 300 páginas.

Luego, claro, vinieron los apremios de tiempo, reclamado yo por compromisos y quehaceres ineludibles—novelas cortas, cuentos, crónicas, artículos, direcciones editoriales, depresiones de ánimo naturales en mi temperamento desigual y contradictorio, etcétera—, y comenzó para mí la tragedia candente: de un lado, el anuncio hecho y prolongado del libro; de otro, el terror progresivo a medida que el tiempo avanzaba. No era cosa de dejar de anunciar una obra que, por otro lado, creía terminar muy pronto. Pero ese anuncio reiterado, hecho crónico, ¿no sería perjudicial cuando la novela apareciese y el lector se creyera en cierto modo comadrón de un nuevo parto de los montes? Para colmo de tortura, de vez en cuando se recibían en las oficinas de la Editorial Atlántida—a la que, por otro lado, había yo vendido y cobrado la propiedad de la obra—unos cuantos envíos de dinero para Rosa de Carne. Como síntoma,

dentro del indiferentismo español ante los libros, la cosa era, si halagüeña, comprometedora, y si grata, también para poner al autor los pelos de punta. Y a todo esto, cada dos o tres meses, cuando la labor diaria y agotadora, literaria y editorial, me dejaba unas horas libre, volvía a Rosa de Carne, cada vez con más indecisión, con más dolor. Hasta que—no quiero ocultarlo—sentí por mi obra, cuando no llevaba realizada ni la mitad de sus páginas, un terror perfectamente patológico, de enfermo. Hubiese dado cualquier cosa por borrar lo hecho, pero esto no era posible. Consulté con quien me había pagado la obra, y apelé al testimonio de amigos verdaderos, algunos de los cuales son lumbreras de nuestras letras de hoy. Todos me dijeron lo mismo:

—Debes desechar esos temores. La idea de tu novela, que conocemos, está bien y es original. Termínala.

Y uno de ellos, que he aludido antes, y que se llama Wenceslao Fernández Flórez, me dió un remedio.

—En estos casos—me dijo el genial escritor—suele dar buenos resultados releer lo hecho. Reléelo y vuelve a releerlo, a ver si así encuentras los ánimos que te faltan.

Así lo hice, y gracias a eso he podido terminar, por lo menos materialmente, mi primera novela grande, como se llama en el argot profesional a las novelas que llenan alrededor de los tres centenares de páginas.

Juan Pujol, el ilustre escritor, contribuyó no poco

a sacarme del marasmo en que estaba sumido, con hábiles excitaciones al trabajo.

Ha habido intervalos de tres, de cuatro o más meses, en que, dominado por el horror e impedido materialmente por las restantes labores, no he escrito ni una sola línea de Rosa de Carne.

Tenía que dar esta honrada explicación al público, y especialmente a esos abnegados lectores a priori *que enviaron hace tiempo el importe del libro. Vaya mi gratitud, y casi son ellos los que han hecho terminar* Rosa de Carne. *Desde luego hoy no titularía yo así esta novela, o este libro. Pero* Rosa de Carne *existía antes de ahora, tenía ya* realidad oficial *y la he respetado. En cambio estoy satisfecho de lo que digo en este libro, porque* Rosa de Carne *tiene la pretensión o la tontería de* decir cosas *alguna vez. Del modesto, del insignificante* ideario *de esta obra, no he rectificado nada, y me* ratifico *y* afirmo, *como diría cualquier rabulilla o* sacerdote *de los Altos Prostíbulos Injustos.*

* * *

Quería decir algunas cosas más en estas notas preludiales. *No sé si será orgullo, temor, timidez o confesión de inferioridad. Lo cierto es que en mí se fué formando poco a poco un deseo que cristalizó por fin en firme propósito: no enviar a nadie este libro. Ni a los amigos, ni a los que sin serlo me favorecen con sus libros, ni a la crítica, ni a nadie.*

Yo creo que este paso lo doy por timidez. Soy un hombre espiritualmente tímido. Y como este libro se titula Rosa de Carne, *y aquí todos somos hipócritamente frailunos mientras no demostremos lo contrario, no quiero que alguna o algunas de las personas a quienes yo estimo muchísimo amistosamente, personalmente, literariamente, artísticamente, políticamente o socialmente, padeciesen la menor violencia al rasgar el sobre y leer el título del libro, que alguno o algunos meterían apresuradamente en el cajón de la mesa de su despacho. Aquí se tiene horror a la carne, aunque la deseemos en el plato y en el lecho con furor. Además, mi orgullo no me permite la posibilidad de que alguien, al recibir mi libro, me ofendiese creyéndome autor pornográfico, sólo por el título. Si* Rosa de Carne *se llamase* Rosa del valle, Azucena blanca, Alma en el cielo, Suspiros del alma, Hijos del espíritu *o simplemente* Por qué aquella noche no quiso cenar don Cenón, *este libro lo habrían recibido más de cien señoras y señores, entre literatos, artistas, periodistas, políticos, toreros, etc., que a esa suma ascienden los valores que yo estimo y admiro en España, y con los cuales tengo relación personal más o menos cálida, pero cuyo grado es lo de menos. Sírvales de excusa sincera a todos ellos.*

* * *

Pero ¿y la crítica? ¿No me gustaría que en la Prensa se hablase de Rosa de Carne *en sentido laudatorio*

o de censura? No, francamente, no me gustaría, por varias razones.

Primero, porque la crítica, en el sentido imparcial, impersonal, que debe practicarse, no existe en España. Es muy raro que la crítica contemporánea prescinda, al hablar de un libro, de la simpatía o antipatía que le inspira el autor, de si da sablazos o es rico, de si dirigió tal periódico o revista y no acogió al crítico como el crítico cree que merecía, de si es alto o bajo, gordo o flaco, bizco o con ojos negros y grandes.

Precisamente el otro día, en una reunión, me encontré con un crítico, persona de talento, pero hacia el que yo no pude hacer lo que él esperaba de mí. Obligado el crítico a saludarme, porque me encontraba en casa de un jefe suyo que es buen amigo mío y por no pasar por descortés, lo hizo con marcada frialdad, sin darme la mano. Y yo, riéndome para mí, pensaba:

—Este hombre cree que porque voy a publicar un libro, me preocupará mucho lo que pueda decir. Quizá piensa silenciarme. ¡Y no sabe que, no sólo no voy a solicitarle una crítica—como hacen tantos autores—, sino que ni siquiera recibirá un ejemplar ni lo verá en la redacción de su periódico, y no lo leerá como no lo pida prestado a un lector de verdad, de esos que leen porque pagan!

No, señores críticos. No es que les desprecie. Yo no soy nadie y ustedes son mucho. Además, el desprecio entre escritores, aunque sean críticos, es una

estupidez y una injusticia. Es, sencillamente, que no creo en la crítica de hoy. Y es, sobre todo, que para que ustedes hablen de un libro, necesitan ser amigos o enemigos del autor, y bajo ninguno de esos dos aspectos me interesan los juicios ajenos. Aparte de que, en general, en España no se habla de los libros, salvo raras excepciones. Cuando Blasco Ibáñez o Fernández Flórez publican un libro, ¿cuántos artículos críticos se publican? ¿No es la aparición de los libros de éstos y de otros autores un verdadero acontecimiento literario, y, sin embargo, casi nadie habla de ellos? Aquí no se habla comúnmente más que de aquellos autores no envidiados; es decir, de aquellos de quienes nada se teme o nada se espera, de aquellos que al crítico no pueden hacerle sombra. Y en vista de esto, me temo que todos van a hablar de Rosa de Carne. Y creerán, si leen esto, que ése es mi deseo. Y yo doy mi palabra de honor de que si así piensan, se engañan.

Un solo lector, sincero, espontáneo, me interesa más que todos los dómines juntos. Yo no escribo para minorías, aunque no sean selectas. Escribo para el público y a él vengo esperanzado y alentado por la acogida que dispensó a cuantas producciones mías se lanzaron al llamado, mal llamado, mercado literario. De todos modos, si llamamos mercado a la literatura, los críticos serán los corredores o chalanes de ese mercado.

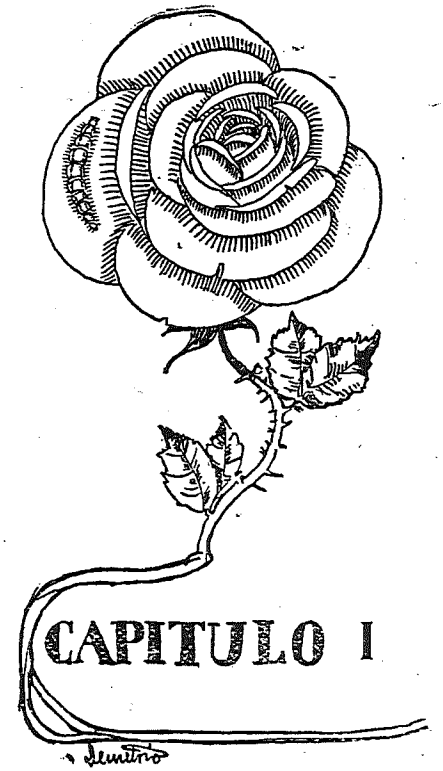
* * *

Me han hecho en mi vida, breve por fortuna—no quiero perder la ocasión de presumir de joven—, *dos operaciones quirúrgicas: una, la circuncisión, que hacen a todos los árabes como yo, para el libre ejercicio de su masculina profesión; otra, la extirpación de las amigdalas, que realizó con sus manos milagrosas ese santo y ese sabio que se llama* el doctor Tapia. *En ambas sufrí, por preocupaciones de hiperestesia, viendo que en la realidad se ejecutaban sin dolor material. Pues la publicación de este libro me produce más dolor que* a priori *me produjeron las intervenciones antes nombradas. ¡Ojalá el público sea para mi un nuevo doctor Tapia!*

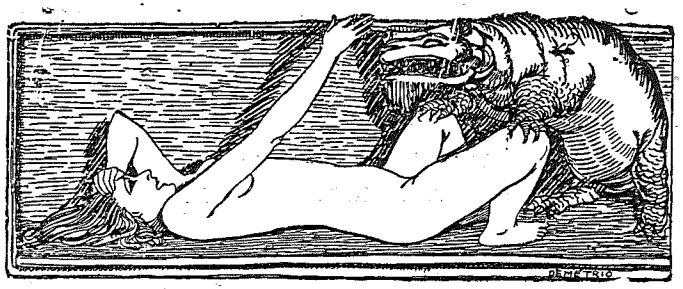
ARTEMIO PRECIOSO

Madrid, febrero, 1926.





CAPITULO I



I

Nací el año 1902 en unos modestos talleres de la calle de Valverde, en Madrid. Soy, pues, vieja. Veintitrés años, en una mujer, son un tesoro; pero en un libro, las más de las veces, son la senectud. Y aun en los libros de ciencia, mi edad, a veces, es infantil, porque nadie los lee ni los toca. Pero cuando, como yo, se es un libro de literatura y de literatura amena, con tintes de ironía y de erotismo, decir veintitrés años es decir caducidad, vejez, casi muerte... En los tres lustros y pico de mi existencia, ¡me han sobado tantas y diversas manos, como a una prostituta!...

Oficialmente tengo dos mil novecientos noventa y nueve hermanos. Pero yo sé que pasan de cinco mil los volúmenes que son sangre de mi sangre o tinta de mi tinta. El editor, a espaldas del autor de mis días—¡oh, padre mío!—, se entendió con el im-

presor, que era un pobre diablo, rico en ruindades míseras, y ampliaron clandestinamente la cantidad de los miembros de mi familia.

Ninguno de nosotros se había puesto en venta cuando mi padre "me dedicó" a un amigo. El amigo, sin leerme, rompió la página de la dedicatoria, y por tres reales me vendió a un librero de viejo de la calle de San Bernardo.

Así nací a la vida. Pero conste que soy hija legítima, de los primeros y legales tres mil. Soy de la primera centena, y no declaro aquí mi número para que no se crea que quiero comenzar mi historia con trucos de mal gusto.

Desde que salí del taller de encuadernación no he vuelto a ver a nadie de mi familia. ¡Ni siquiera a mi padre! De mi madre no hablo, porque los libros sólo somos hijos del cerebro, y no salimos a la luz mediante los horrores de un parto, siempre repugnante, sino merced a misteriosas elucubraciones mentales, derivadas hacia una mano que empuña una "estilográfica" o saliendo de una voz transmisora...

Y como hemos vivido, no sólo en el cerebro, sino también en el corazón de nuestro progenitor, conocemos a éste "mejor que la madre que lo parió".

Mi padre se llama Fernando Zaldívar. Es un hombre alto, moreno, con el pelo negro, los labios gruesos, la boca grande, los ojos grandes, los dientes blancos. Su juventud fué borrascosa, en un hogar donde el adulterio se repetía en una continuada

gama de los más opuestos tipos... Mi abuelo se llamaba Rafael, y mi abuela, Fernanda Gutiérrez; era una soberana belleza, oriunda de Cuba, con una naturaleza de volcán, cálida como una plancha al rojo blanco... Para doña Fernanda todo era motivo de lujuria, y todo derivaba en frenesíes de espasmos, en convulsiones furiosas... ¡Pobre don Rafael! Adoraba en su mujer; era también un sensual consumado... y consumido en el divino fuego. Sabía las infidelidades de su mujer, que ella no negaba rotundamente, y que servían para que los cónyuges se internasen después por los vericuetos de la lujuria loca, de la lujuria perversa, que es altruísta hasta el sacrificio alucinante... Y así, en plena fiebre vivía el matrimonio, alternando sus cópulas...

Doña Fernanda tenía los ojos garzos y sensuales, con unas caderas amplias, con una cintura breve, unos senos tan duros como "espléndidos"—en el doble sentido de la palabra—, que parecían poseer la rara cualidad de endurecerse con el masaje, por violento que fuese...

Vivían en la huerta de Murcia, en una finca construída por don Rafael, y cuyo edificio había costado más de veinte mil duros. Tenía tres pisos, y en cada uno quince habitaciones, todas con sol, todas con luz... En medio del jardín, una balsa inmensa, como un lago, como un espejo gigantesco, ponía su nota luminosa en medio de las verduras lujuriantes...

No es mi propósito detenerme a historiar la vida de los ascendientes de mi padre, sino la mía. Sólo

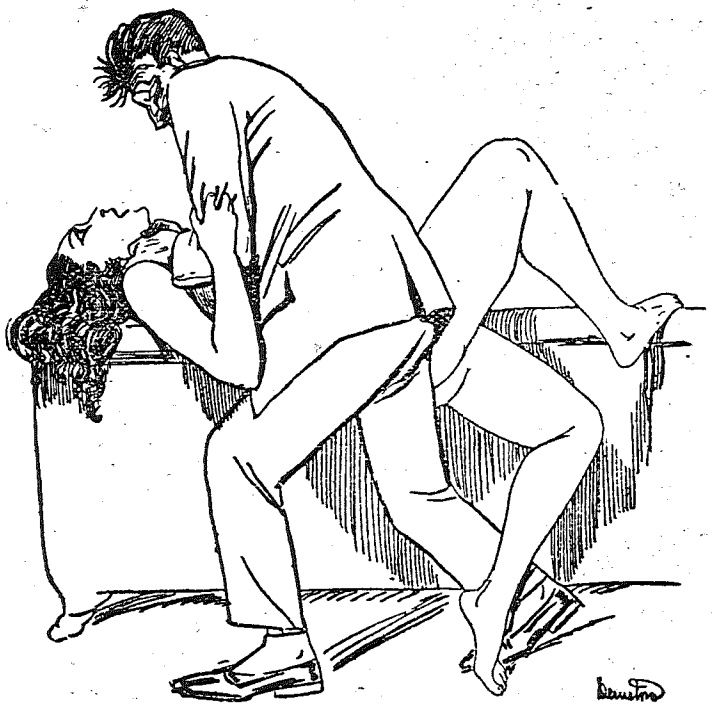


Era una soberana belleza...

quiero reseñar los rasgos más salientes, convenientes a mi objeto.

Doña Fernanda terminó trágicamente sus días. Venía su esposo importunándola hacía mucho tiempo con un ruego, al que su mujer, no sólo no accedía, sino que replicaba en tonos descompuestos, profundamente coléricos. Pretendía el cínico—perdóneseme el calificativo aplicado al padre de mi padre; pero los hijos del esfuerzo mental no tenemos los necios prejuicios de los hombres—que ella le proporcionase el espectáculo imponente de una batalla de amor... con otro. Los esfuerzos del degenerado resultaban estériles. Pero un día—la voluntad todo lo vence—don Rafael obtuvo la promesa, que fué cumplida. En el cuarto de baño, él se escondería tras la felpuda sábana, rota adrede, y la escena se llevaría a efecto... El elegido era un mozo de mulas, joven, soltero, que por aquellos días gozaba los favores de la hembra satánica...

Cuando don Rafael vió a su mujer desnuda, meterse en el baño, abrazada por el negro criado, sintió que la sangre enrojecía sus ojos... Fuertes oleadas de lujuria y de ira envolvían su atormentado espíritu... Y en el instante supremo, cuando ella, con un impudor majestuoso, se entregaba a furiosas caricias desfallecientes, el marido no pudo más: bramó no sé qué gritos onomatopéyicos, de razas primitivas, lacustres, y se abalanzó sobre la gozadora, mientras el mozo saltaba y huía despavorido, y apretó su garganta hasta que los ojos enrojecieron,



... apretó su garganta...

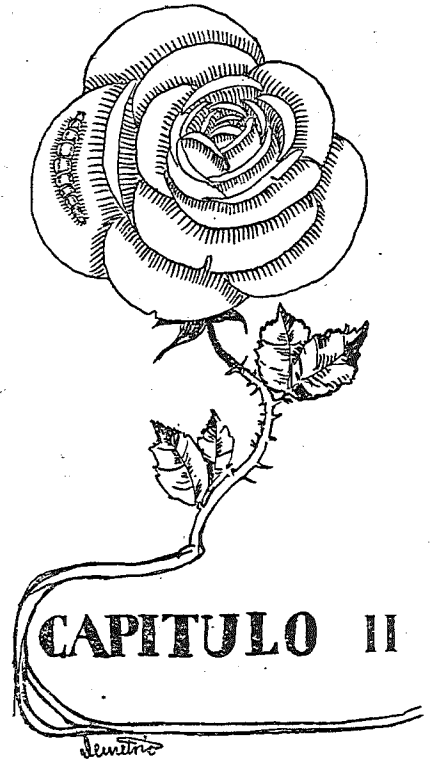
se tornaron lívidos, sin expresión, y el rostro, amoratado, parecía próximo a estallar... Y después cayó inerte en el baño, y él la dejó allí, en el agua...

Así terminó la pobre endemoniada. Don Rafael murió también, aquel mismo día, en la balsa que parecía un lago...

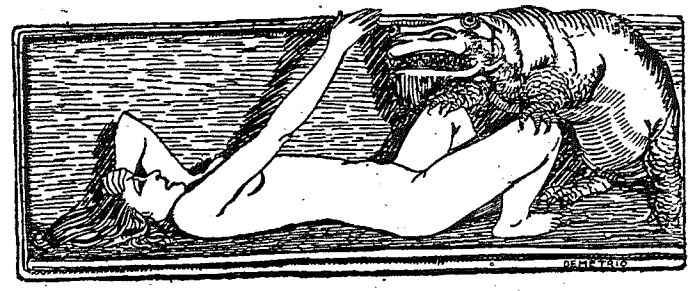
Todos estos detalles me los sé de memoria, porque infinitas veces mi padre, al concebirme, mientras en su cerebro iba yo sedimentando, los recordaba...

Luego, mi padre, Fernando Zaldívar, que contaba ocho años cuando quedó huérfano, ingresó en una Academia, a instancias de un tío suyo que habíase erigido en tutor y administrador. Pero el joven Fernando, a los dos meses, demostrando una energía selvática, propinó al tío unos garrotazos magníficos, después de escaparse de la Academia y posesionarse, *extra-judice,* de sus bienes.

Y desde entonces arranca la existencia exótica y deambulatoria del hombre que me concibió, cuya vida tampoco pienso, ciertamente, relatar paso a paso, porque entonces, ¿qué reservo para mí? La vida de Fernando, el autor de mis páginas, por sí sola, llenaría dos volúmenes nutridos de acentuada sustancia vital. Pero, por lo menos, estimo que se me permitirá referir lo más importante, lo más saliente de sus días, por lo menos, hasta este momento, ya que a la hora de ahora goza de una salud excelente, aunque amargada a veces por el oleaje cenagoso y revuelto de las pasiones carnales.



CAPITULO II



II

No he dicho aún cómo me llamo. Bien es verdad que propendo a la incoherencia, al deslabazamiento... Es la ley fatal: la ley de la herencia, que nos hace esclavos desde antes de nacer. Mi nombre es *Rosa de carne*. Y como apellido o subtítulo llevo escrito, entre paréntesis, *Horas turbulentas*. Ya esto, de por sí, es una promesa de amenidad, tal vez de emoción amorosa... Pero mi nombre primero despertó ruidosas protestas de crítica. ¿Qué era eso de *rosa de carne?* Cierto que, a veces, los rostros femeninos son comparados a las rosas; pero no es igual decir *carne de rosa,* que *rosa de carne*. ¿Comprendéis? Lo primero es la espiritualización vegetal de la carne; lo segundo es la materialización *carnal* de una flor, y esto, aunque en el fondo es un homenaje a la rosa, parecía una grosería a los ojos de los críticos... Permítaseme hablar

brevísimamente de los críticos. Como novela, ¿quién con más derecho, puesto que fuí castigada duramente? Si un autor tiene derecho a defenderse de la crítica, ¿no tendrá más derecho un libro a formular su juicio?

Los críticos se dividen en dos grandes grupos: los que ingresan en la orden con la sana y humana intención de atraer sobre sí la atención y deferencia de los escritores militantes, y los pobres fracasados, llenos de bilis, que creen vengar su impotencia triturando las obras ajenas.

En general, la labor de la crítica la creo inútil, necia... Conste que he dicho "en general"... Hay excepciones. Pero tiene muchísima gracia el hecho de que un señor elogie o censure una novela, y luego dé a luz un hijo absurdo, acéfalo, alcohólico, rijoso, pedante o estúpido... Cada cual que haga lo que sepa, lo que pueda o lo que quiera... A la crítica la sustituyen ventajosamente hoy los reclamos de Prensa, y tal como hoy la practican casi todos los que a sí mismos se han erigido en *dómines,* sentando cátedra como podían haber sentado plaza... o *sentado* en un banco..., los directores de los periódicos y revistas deberían suprimirla.

Los críticos pertenecientes al primer grupo me merecen simpatía; son muchachos cultos, llegados de los presidios provincianos—los periódicos—, que, para darse a conocer y merecer en seguida el nombre de *querido compañero,* tienen la habilidad de *sentar plaza de críticos* en sentido laudatorio... Es

una crítica unilateral, color "gris-incienso"..., que, a falta de otros ingresos, proporciona almuerzos y libros a granel.

Los críticos del segundo grupo me inspiran lástima. ¡Los pobres! Querían construir edificios litera-



rios, y ni tenían fuerza para transportar la piedra —asunto—, ni sabían dar al yeso el *punto aleatorio*... Y como se obstinaban, entre sudores de alumbramiento, en edificar, construían cuevas, chozas, barracas, madrigueras..., ¡pero no edificios! En vis-

ta del resultado negativo, ¡se metían a críticos, dispuestos a amargar el más leve triunfo!

¡Rosa de carne! ¿Qué había de malo, de grosero, de feo, en mi nombre, para que así se desataran las plumas? Hubo crítico que escribió su artículo demoledor ¡confesando no haber querido leerme! Le bastaba el título para juzgarme...

No somos responsables de nuestros nombres. Pero yo declaro estar orgullosa del mío. *¡Rosa de carne!* ¡Qué bonito! Claro que una rosa de carne puede ser un corazón, o un trozo de hígado, o un pedazo de bistec a la inglesa... Pero, prescindiendo de estas visiones culinario-naturalistas, encuentro mi nombre bonito...

A propósito de nombres, recuerdo haber oído algunos muy chocantes... Un señor Cilla puso a su hijo el nombre de Ramón, con lo que, al nombrar a su vástago, le cambiaba el sexo: Ramón-Cilla... Un señor Precioso le aplicó a su hijo el nombre de Artemio. ¡Arte-mio-Precioso! Parecía un "camelo"... Otro se llamaba Serafín Rico... En fin, que los hombres, cuando no están locos, son tontos...

Me llamo, pues, *Rosa de carne*. Tengo, como dije, veintitrés años. Consto de 327 páginas, con una dedicatoria, un epílogo y un envío. Mi casa es de fondo azul, con letras verdes y encarnadas. Mi precio es de 3,50. ¡Catorce reales! Hoy valdría cinco pesetas. Pero no estoy *agotada*. Otras del autor de mis líneas van por la quinta y aun por la sexta edición. Yo no sé por qué misteriosos dictados, mis

hermanas legítimas o putativas, siguen en los escaparates de las librerías esperando un cariñoso o malhumorado comprador.

Debo confesar, sin embargo, con noble orgullo que soy la novela más leída en España y de más justo renombre. Y trataré de explicar, a mi manera, la aparente contradicción y el editorial fenómeno.

Ya dije que habíamos salido a la calle más de cinco mil *rosas de carne*. Entonces no existía el truco de hacer una única edición de cuatro o seis mil ejemplares, parando la máquina en cada millar y poniendo: 2.ª, 3.ª, 4.ª ó 5.ª edición. He ahí el misterio de muchas sextas y séptimas ediciones. Y he ahí por qué yo, que soy la novela más leída en España, estoy en la primera edición, tal y como mi padre me parió.

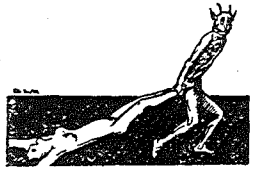
Yo os aseguro que en España se lee mucho, muchísimo... ¡Reíos de quien afirme lo contrario! En España se lee..., pero no se compran libros. ¿Comprendéis? Yo, por mí, sé decir que en mis veintitrés años me han leído aproximadamente unos dos mil trescientos lectores. ¡Un lector cada tres días!

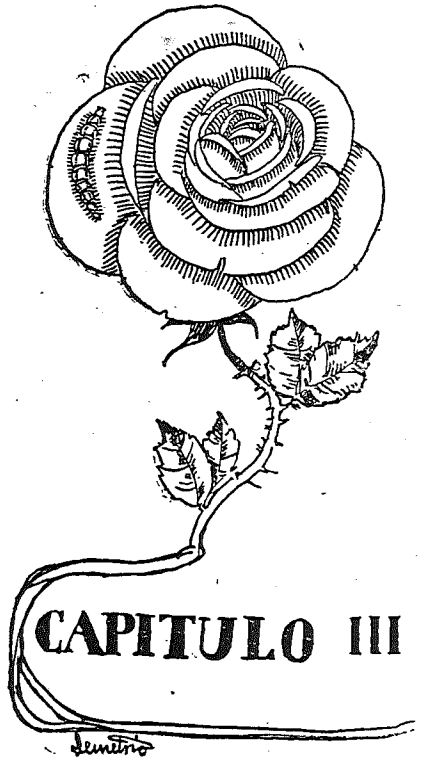
Yo afirmo, con la mano puesta sobre mis páginas centrales, que es como decir sobre mi corazón, que España es el país que más pasión siente por la lectura. España da, según mis cálculos, el máximo de lectores con el mínimo de compradores de libros. La cultura del país, como véis, queda a gran altura, y los bolsillos, incólumes.

Y a todo esto, nada he dicho de mi padre, Fer-

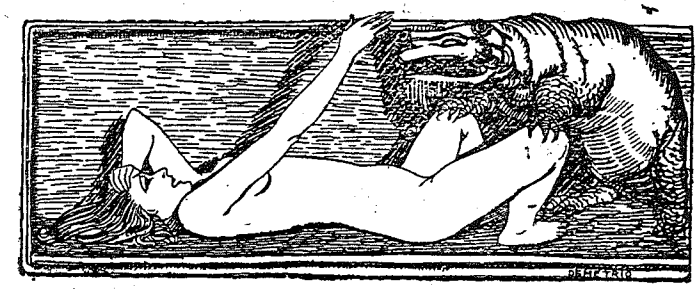
nando Zaldívar, a pesar de que hice capítulo aparte para desembuchar algo que pueda hacer fácilmente comprensible mi psicología, a través de la psicología de mi padre.

Creo haber dicho que mi padre era un hombre alto, moreno, de labios sensuales, de ojos soñadores y dientes blancos. Era un hombre guapo en toda la extensión de la palabra, pues si todas sus facciones eran bellas, y sus ojos fascinaban a las mujeres, y además su boca limpia, sin hedor, y sus dientes blancos propendían al beso, ¿qué más necesitaba para poder llamarse guapo? Irradiaba simpatía, y así, su juventud, aunque pasionalmente borrascosa, fué audaz y triunfadora.





CAPITULO III



III

Tenía Fernando catorce años cuando llegó a Valencia, en una fuga sin persecución. Se instaló en una casa de huéspedes de la calle de San Vicente, cuyo rótulo se leía desde lejos, por su tamaño y por su colocación saliente.

Y en seguida se dedicó a la busca de la mujer, cuyo misterio nupcial quería descifrar en seguida. De pequeño había presenciado visiones lúbricas, que en un principio reputaba trágicas. La primera fué un día, al entrar en el establo de los novillos. Sobre un montón enorme de alfalfa, su madre parecía luchar denodadamente. Sobre ella, el mozo joven, hijo del mozo viejo, parecía maltratarla a puñetazos, a mordiscos. Y ambos rugían, rugían materialmente, como poseídos de un furor de delirio... Y sobre la superficie esmeralda del forraje, la nota blanca, nítida, ligeramente sonrosada, de la carne de ella... Y

sobre la carne blanca, tan pura como impura, la carne morena, negra, peluda, del mozo... Tardaron en darse cuenta de la presencia del rapaz, que permanecía asustado, casi tembloroso. Pero ella, *ella* —Fernando nunca la nombraba de otro modo, y la maldecía siempre—, era impúdica hasta hollar lo más grande, lo más puro, lo más sagrado de la vida. Y así, colérica, llena de indignación, babeando de ira, crispando los puños, rechinando los dientes pequeñitos, bramó:

—¡¡Vete!! ¡¡Sal ahora mismo!!...

Y con el rostro lívido, lleno de terror, Fernando huyó, mientras el frenesí carnal de su madre ascendía a la cumbre, o mejor dicho, descendía al abismo más hondo...

Otras veces era el padre, digno émulo de su esposa, quien proporcionaba los espectáculos ardientes. Las criadas, las mujeres de los huertanos—no todas—, su propia mujer... Todo pasaba por los ojos del pequeño, entre los maizales, bajo los árboles, en las habitaciones, en el palomar, en el gallinero...

¡Bien le infiltraron al pobre la lujuria! ¡Bien le inocularon el virus erótico al pobre Fernando! El, por herencia, llevaría ya el temperamento, la vocación, el germen... ¡Pero bien fué fomentado el microbio desde la edad más tierna!

La vocación de escritor, el virus literario, también lo había heredado del padre. Su padre había publicado muchas obras, muchas; pero—¡oh, misterios



—¡¡Vete!! ¡¡Sal ahora mismo!!...

de lo subconsciente!—habían sido obras de literatura mística, glosando la vida de los santos y de las santas, sobresaliendo *El misterio de San Juan de la Cruz, La vocación de Santa Teresa, El amor en San Francisco de Asís* y *Los ojos de Santa María Egipciaca.*

¡Quién hubiera pensado al leer estas obras que su autor ardía en las llamas más rojas y vesánicas del infierno de la lujuria y de los *celos altruístas!*

Un betunero indicó a Fernando las señas del domicilio de *La Feliciana,* que regentaba una pensión de Venus de lo mejorcito de la ciudad del Turia.

Y por la noche, con el corazón a ciento veinte latidos por minuto, se encaminó Fernando a la impía mansión. ¡Qué emoción se experimenta durante las primeras visitas a una mancebía! Y si quien va, va solo, la emoción traspasa los límites de las palabras. El joven no sabe qué hacer con el sombrero, ni con las manos, ni con los pies... Una jamona se sube encima, abraza al neófito, el cual suda, quiere sonreír, y su sonrisa es una mueca casi trágica...

Yo he visto muchas veces, desde la mesilla de noche o desde un *etagère,* a los jóvenes principiantes debatirse en las sillas, en las butacas o en los divanes, sudorosos, sin acertar a hablar, sin osar sostener la mirada... Muchos, al verme, me han cogido presurosos, me han hojeado y han encontrado en mí pretexto airoso para decir algo...

—*¡Rosa de carne!* ¡Bonita novela! ¡La he leído!... ¿Vosotras también?

Y entonces, una suele decir:

—Nosotras no leemos. Es ésta, *La Señalá,* que es una romántica y una cursi...

Porque en las mancebías siempre existe la mujer lectora, que idealiza a *La Dama de las Camelias* hasta extremos divinos...

Claro que, no existiendo yo ni en la mente de mi autor, mal pude presenciar su irrupción primera en las pobres casas donde se compra el placer material...

¡Pero se lo he "sentido" recordar tantas veces!

Fué, como dije, trémulo, al santuario o al *demoniario,* como queráis llamarle, según vuestro humor o vuestro criterio, vuestro gusto o vuestra inclinación... Y tuvo la suerte mi buen padre de que sólo había en aquel momento una mujer, madrileña, ex amante de un torero de cuarta fila, conocida por María del Mar, aunque su verdadero nombre era Estrella, de natural bondadoso, muy alta, llena de carne dura, con los pechos no muy flácidos y con los dientes aún no muy amarillos.

Admirada quedó María del Mar de la juventud y gallardía del visitante. Pero no pudo sospechar que, realmente, aquella fuese la primera visita a los carnales templos.

—¿Qué quieres tú, chiquillo? ¡Cómo me gustas! Te voy a comer... Así, así...

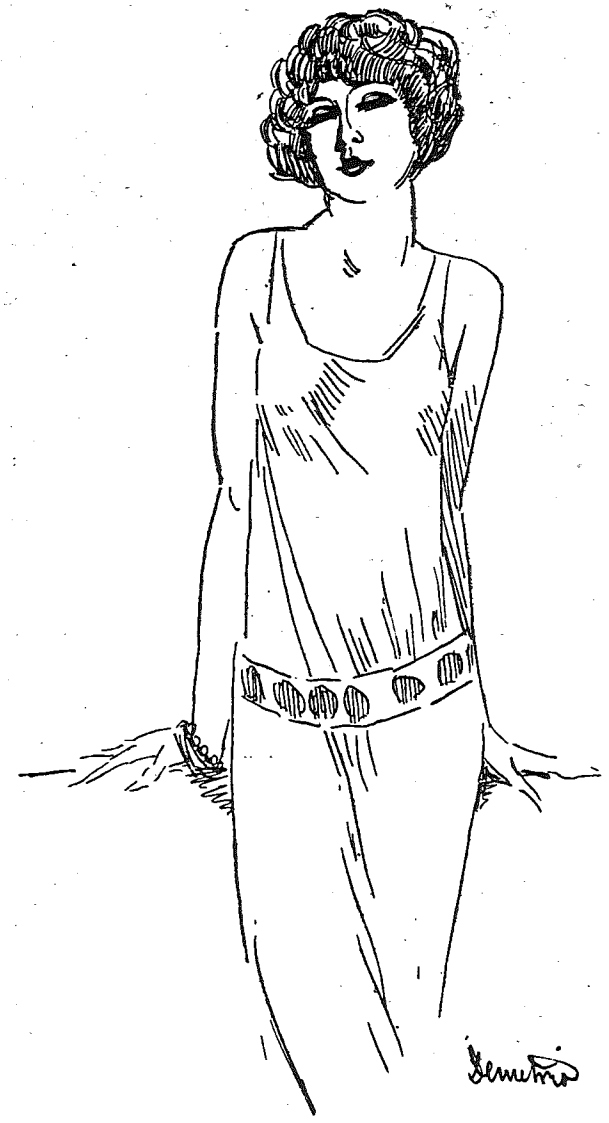
Y los besos, escandalosos, que parecían chasquidos de látigo, azoraban a Fernando de una manera

abrumadora. Sentía deseos de desaparecer, de irse, de esconderse, de echar a correr...

Después, la serenidad fué ganando su espíritu; la confianza, el aplomo, fueron apareciendo, ganando su voluntad. El, en seguida, obedeciendo a la necesidad de todos los seres humanos, comenzó su confesión, que ella, al principio, oía irónicamente, casi con burla de verlo tan joven y tan horro de mundo; pero que luego ganó por completo su atención y su interés... El estaba solo, *solico* en el mundo... No tenía padres, ni familia. Había llegado a Valencia y quería conocer el amor; pero el amor de los hombres, en serio, sin chiquillerías... El tenía catorce años, joven quizá... Pero era un hombre o, por lo menos, un hombrecito que "quería querer"... María del Mar le gustaba mucho... Sería la primera mujer que lo iniciaba, que lo enseñaba a amar...

María del Mar sentía una cosa nueva en lo más profundo de su ser. Era más bien vieja, había ido más allá de la treintena, había rodado por todas las pendientes, conocía todas las vertientes del abismo, y, sin embargo, sentía escuchando a Fernando algo muy raro jamás sentido, algo que era a la vez sensualismo alquitarado y escarceos maternales... ¡A ella, a la hiena, a la fiera de todas las abominaciones, de todos los pecados malditos, venía un ángel, un ángel verdadero, apetecible como un ideal soñado! Y se relamía golosamente, como el sediento que vislumbra, secas las fauces, el agua pura...

Quiso ser su querida y su madre, su maestra y su



Había ido más allá de la treintena...

hermana mayor, su meretriz perversa y su novia adorada...

Y aquella noche, María del Mar no fingió arrebatos, ni suspiros entrecortados, ni necesitó palabras rebuscadas... Aquella noche amó plenamente, gozó como nunca, como nunca pudo sospechar...

El corazón de Fernando fué ganado, robado, arrebatado por aquella hembra furiosa y atlética, que jugaba con él como con un muñeco, que lo martirizaba y le hacía desfallecer después, en locos y a la vez dulces arrebatos...

Pasaban los días allí, en el lecho, sin levantarse... Comían en la misma habitación, y apenas se incorporaban y descendían para que la estancia se ventilase un poco y arreglasen la cama.

Y, repuestas las fuerzas, otra vez a lo mismo, a la completa fusión, a los abrazos, a las locuras...

María del Mar no quería salir de aquella casa, ni aun para tener otra para ella sola, porque, dada la poca edad del joven, tenía miedo... Miedo de que se le fuera, de que se cansara, de que viese mundo, de que conociese a otras mujeres. Los primeros sentimientos maternales hacia Fernando se habían borrado por completo. Ahora sentía más bien ideas perversas, de destrucción; deseos de aniquilar el cuerpo juvenil, más bien débil; de sorber todo el jugo, todo el vigor del muchacho; de vencerlo por completo, de ser el papel secante de aquella juventud virgen, inexperta... Ella se sentía más fuerte. En realidad, su sensualidad había estado dormida

a través de sus años de mujer pública. Ningún antídoto contra la sensualidad como la vida de las rameras, que hacen de su cuerpo un oficio, aborrecido como todos los oficios... Hacer del Amor una profesión es huír, aborrecer el Amor, no gustar nunca del placer... Y sus treinta y tres años, llenos de energía y de salud, despertaban ahora como un aluá de sensualidad, como una turbonada de lujuria...

En él no tardaron en formarse las larvas de la herencia, y comenzó sintiendo un extraño placer en oír el relato de las primeras caídas de María del Mar, con todos los detalles groseros, con todos los pormenores "gráficos"...

Luego, aquello no bastaba... Necesitaba un reactivo más fuerte: la presencia de hombre y mujer, la posesión vista por él mismo... Y ella accedía, con gusto, porque su carne era de fango, y sabía que, al terminar, Fernando se mostraba más fiero, más decidido, más amante...

El se ocultaba en la habitación próxima, y por la luz de la cerradura se quemaba los ojos y la sangre. Y cuando el "parroquiano" se iba, él se precipitaba loco, furioso, y a manotazos, brutalmente, la obligaba a rendirse, en una simulada rendición... Era el masoquismo diabólico en el amor, era la perversión infernal de los sentidos desatados... Luego, el aplanamiento, la inconsciencia, el sueño...

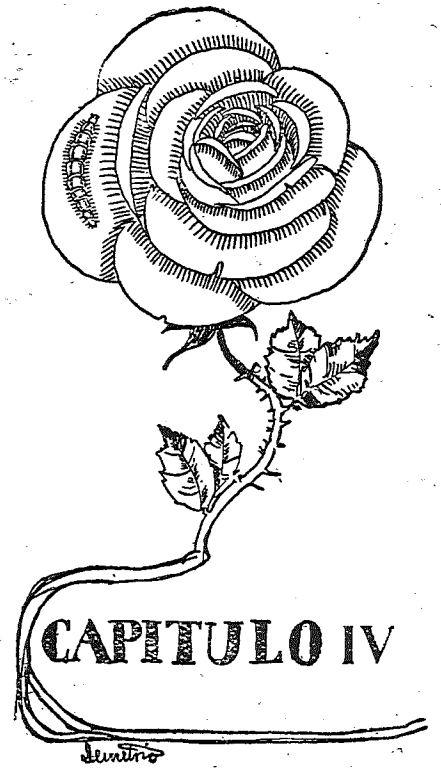
Hasta que un día, viéndose en el espejo, tuvo miedo. Se vió con los ojos hundidos, con el mentón saliente, con la piel amarilla... El pulso, las manos,



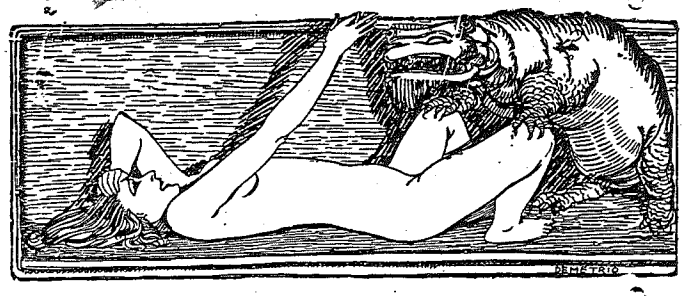
El se ocultaba en la habitación próxima...

temblaban... Los dientes, al querer juntar los de arriba con los de abajo, castañeteaban... Y, viéndose vecino de la Muerte, sin despedirse de la ramera, cogió su sombrero y huyó...





CAPITULO IV



IV

¡Valencia! Quien quiera convencerse de si un hijo suyo es o no artista, que lo lleve a Valencia. Y no es necesario que espere mucho tiempo: si a los tres meses de cobijarse bajo su cielo, de vivir entre su clima, de ver a sus mujeres, de pasear por sus calles, no ha cogido el pincel o la pluma, no ha cantado, no ha querido modelar una estatua o no ha pronunciado un discurso..., el padre puede estar tranquilo: su hijo no es artista...

¿Es la luz? ¿Es el aire? ¿Es la belleza, que está lo mismo en las mujeres, que en los naranjos, que en el mar? Lo cierto es que quien ha vivido en Valencia comprende perfectamente que de allí salgan tantos artistas...

Fernando nació al arte en Valencia. Después de reponerse de la borrasca que había sido para él María del Mar, un día, sin saber cómo, cogió la plu-

ma y escribió... ¡Un cuento! No tenía asunto, no sabía qué iba a escribir... ¡Y cuando terminó había escrito un cuento!... Eran unos enamorados que se querían mucho... Pero él tuvo que marchar a América... Cuando regresó, ella estaba casada... Se vieron, sin embargo, los amantes, y un día se poseyeron, locos de pasión carnal... ¿Triunfaba el amor? Fernando, ahito de carne, se contestaba que no. Que aquello no era el amor, que el verdadero amor no había triunfado... Los amantes, a partir del día de la traición al marido, procuraron verse, como todos los culpables... Y comenzó la desilusión, y, como castigo implacable, vino el hastío... Era una lección de vida aquel cuento, trazado por una pluma de niño sin experiencia... De ahí que deba desconfiarse de los escritores que invocan su experiencia al escribir. Puede servir, sí; pero puede no servir de nada. Y, al contrario, un niño puede trazar páginas llenas de maduras lecciones, de atisbos "adivinatorios"... ¿Por qué? Lo cierto es que muchos escritores escriben "sin saber por qué". Y al trazar una novela, el asunto va plasmándose mientras la pluma avanza, sin pensar... ¡Desconfiad de los que digan lo contrario, porque quizá esos, para sus creaciones, se sirvan del "fusil"! En el crimen literario no existe, pues, la agravante de la "premeditación"... Es como si un espíritu moviese la mano de los escritores, o les dictase al oído lo que han de estampar...

El cuento, enviado a un concurso de *Blanco y Negro,* fué premiado... ¡Su primera producción se publicó en una gran revista! Fernando Zaldívar llegó a ser novelista afamado, sin pasar por las humildes y pobres columnas de los periodiquitos pueblerinos... ¡Pocos escritores podrán decir otro tanto!

Avanzaba el mes de mayo, y para evitar el encuentro de María del Mar, Fernando quiso abandonar Valencia y tomó el tren hacia Sevilla... ¿Era predestinación a las grandes pasiones? El caso es que, a los pocos días de hallarse en la bendita ciudad de la Giralda, paseando por la Alameda, se tropezó Zaldívar con una mujer cuyos ojos, desde el primer instante, electrizaron todo su ser... La mirada de la bella, al cruzarse con la de él, pareció producir una chispa... Era una mujer más bien alta, de un cuerpo escultural, que se cimbreaba al andar con cierto desmadejamiento, con una voluptuosa laxitud... Las piernas, perfectas, de finos principios, gradualmente más firmes, se movían, sin embargo, con energía, como indicando vigor, salud, agilidad... Tenía el pelo muy negro, enmarañado, con ondas violentas; los ojos, verdes, pero de un verdor indefinido, que cambiaba de color como las aguas marinas... La nariz, más bien corta, se afilaba en la punta, y los labios, intensamente rojos, parecían un corazón pequeño...

Deslumbrado, la siguió, y ella debió sentir análoga sensación, puesto que, al pedir permiso para hablarla, contestó:

—Aquí, no. A las ocho, junto al Alcázar...



Con una voluptuosa laxitud...

Cuando se vieron más tarde, ella le guió a su casa, un piso lujosamente amueblado en la calle de Santa María. Y habló, antes que él:

—Quizá me juzgues mal. Harás bien al hacerlo. Pero si soy una perdida, lo seré sólo para ti, por primera y última vez. Hace dos meses que me casé. Mi marido, a los diez días de la boda, tuvo que marchar, por exigencias de su profesión... Estoy sola en Sevilla, no tengo a nadie en el mundo, fuera de mi esposo, y me encontraba tan abatida, tan triste..., cuando te vi a ti, que me mirabas fijamente... Sentí una emoción inexplicable, un deseo ardiente e imperioso de correr hacia ti y decirte: "¡Estoy sola, vente conmigo!"... Te vi tan guapo, tan buen mozo, con tus ojos de sombra, que me trastorné. Jamás creí que yo pudiera engañar a mi pobre marido, que cumple deberes ineludibles... Pero una fuerza superior a mí me hace caer en tus brazos, reconociéndome traidora, falsa y perjura...

Y la infeliz lloraba con lágrimas sinceras y amargas.

El no dijo nada. Su lenguaje estaba en los ojos, dominadores. Y la abrazó junto a sí, muy fuerte, muy fuerte, bebiendo sus lágrimas, sorbiendo de su boca la miel de su ternura de mujer abandonada, apenas casada, en la primavera de Sevilla... ¡En la primavera de Sevilla, donde las naturalezas caducas renacen, donde, como el ave Fénix, los amores apagados resurgen de sus propias cenizas!...

Ella no había mentido. Se había casado a los

veintitrés años con un coronel de Caballería, gallardo y fuerte, que tenía cuarenta años de edad, que era rico, que era guapo, pero que había tenido que salir para Africa apenas comenzada la luna de miel.

Se llamaba Soledad; había vivido con unos parientes lejanos, desde su infancia, en un pueblo próximo a Cádiz, donde conoció al hombre que fué su marido. Las relaciones habían sido breves, como correspondía a la seriedad del novio; un mes escaso hablaron, a ratos...

Y ahora caía en los brazos de un doncel, de un imberbe, más joven que ella, traicionando al marido, que se jugaba la vida en los campos agarenos.

Por la mañana, después de la grandiosa batalla de amor, Soledad y Fernando decidieron huír. Ella no transigía con la oculta traición. Su alma, noble y rectilínea, no podía admitir el engaño solapado y artero, la duplicidad del hombre, el repugnante *trío* del adulterio, que por igual deshonra al marido, a la mujer y al amante. Si ella había faltado, si había delinquido de manera tan extraña y rápida, no engañaría, y con una carta leal advertiría al marido su locura y su decisión.

¡Ojalá todas las adúlteras imitaran la noble conducta de María de la Soledad! La traición siempre es reprobable, y si tiene disculpa, entonces no es traición, sino justicia, represalia o venganza.

Y Soledad escribió a su marido una carta lacónica, casi telegráfica, que al desventurado le infundió nuevos alientos y arrestos heroicos en la lucha contra "el infiel marroquí".

Los "novios" se refugiaron en Madrid. Ella no conocía la incomparable capital de España; él, tampoco. Acordaron que eran "hermanos" ante la sociedad. Con nombre supuesto se instalaron en un hotel de la Carrera de San Jerónimo. Hacían vida recatada, vestían de luto, apenas veían la calle. Un anuncio en un periódico les proporcionó un piso interior en la calle de Santa Engracia, cuyo contrato firmó la señorita "Carmen Zaldívar", auxiliada de una cédula de transeunte y de un trimestre adelantado...

Fernando hizo arqueo de caja, y vió con alegría que de las doce mil pesetas con que partió de su tierra, aun le quedaban ocho mil. Soledad poseía tres mil, que extrajo en un cheque, antes de salir de Sevilla, de sus ahorros de soltera. Contaban, pues, con un capitalito, dentro del plan modesto y oscuro en que pensaban desenvolverse.

—¿Para qué queremos lujos ni diversiones? Nosotros no necesitamos más que nuestro cariño... y nuestra cama. ¿Para qué más, verdad?

Y ella, al decir esto, casi lloraba de emoción erótico-sentimental.

El piso era pequeño, pero poseía una riente paradoja: a pesar de ser interior, tenía sol y, por lo tanto, mucha luz... La pared del patio era baja, por no existir edificios aledaños, y como era un tercero nominal—quinto real—, el sol, desde las diez

de la mañana hasta las cuatro de la tarde, inundaba la estancia... Constaba el nido de cuatro habitaciones diminutas, sin contar la cocina y el pequeño recibimiento... Una de las habitaciones, mejor se diría compartimientos, fué transformada en cuarto de baño, merced a los esfuerzos de un billete de quinientas pesetas... Todo modesto, ligero, pero limpio.

Cuando transcurrieron los primeros tres meses de fiebre amatoria, ella fué mostrando sus cualidades apacibles de burguesa tranquila, ordenada, meticulosa... La limpieza y el orden regían la casa, colaborando en las faenas una doncellita minúscula, que calzaba zapatos de altísimo y peligroso tacón y que era bonita como una muñeca de china; se llamaba Romualda; era una herejía ese nombre tan tosco y tan largo en una figulina tan mona. Por eso Soledad—la señorita Carmen—le suprimió el *ualda,* que era el eructo que afeaba a la chica, y se quedó en *Rom,* que, aunque olía a bebida fuerte y a nombre de perro, era preferible al otro, inconmensurable y eructante.

Los amantes dormían en dos habitaciones contiguas, separadas por un *portier* verde, con barra dorada, que había costado cuarenta y tres pesetas. El truco de los "hermanos" continuaba, aunque en nada se parecían... ¡Son tantos los que, ostentando apellidos idénticos y creyéndose hermanos, no se parecen ni en el campo de la retina!

A la criada, a *Rom,* la daban veintidós pesetas



... era bonita como una muñeca de china...

mensuales, y aunque iba a la compra, no mostraba aficiones excesivas *de sisa*. Pero de la cocina se encargaba "la señorita Carmen". Ella guisaba, gozando en preparar flanes y natillas, golosinas a las que mostraban afición y que a ella "le salían" riquísimas.

A veces transcurrían tres días sin salir a la calle, lo que provocaba a ratos los recelos y a veces las reprensiones de la fámula. Pero "el luto" y el sabido prejuicio pueblerino suplían explicaciones y servían de argumento favorable a aquellos dos seres soterrados, a aquellos dos monjes del amor humano... Otras veces salían, pero casi siempre se dirigían a las afueras, a la Dehesa de la Villa, o tomaban el tranvía de la Ciudad Lineal, o merendaban en las Ventas, o almorzaban en la Puerta de Hierrro...

De vez en vez, ambos notaban un vacío inexplicable en sus vidas. El amor es una deliciosa borrachera, un paraíso lleno de somnolencias inefables y placeres, donde se gusta la divina esencia de la vida; pero por sí solo no basta, no es suficiente para vivir. La fiebre no interrumpida del amor sólo puede conducir al sepulcro, como todas las fiebres que no descienden, que no "remiten"... Y ellos, los amantes, que jamás se separaban, que sólo descansaban del mundo real con lecturas novelescas, veíanse acometidos de vez en cuando por ataques de desequilibrio espiritual, de incomodidad moral y, a veces, física, indeterminada, imprecisa...

Ellos vivían solos, no conocían a nadie, no hablaban con nadie, no estaban sino para amarse, no iban a sitio determinado, no tenían un ideal preciso... El ideal del Amor, en sí mismo, a los cuatro meses es sencilla y terriblemente insoportable... Las naturalezas, ahitas, cansadas, sin reposo, sin cambio, van marchitándose... El placer cada vez es menos intenso. Ya no hay caricias inéditas. Todas las páginas, todos los párrafos del libro de la carne, son sabidos de memoria. El dulce peso del ser amado, agobia, cansa, molesta, ahoga...

Ellos, sin embargo, se querían, se amaban como pocos se han amado en el mundo. Pero... hay que renovarse, hay que separarse, para luego saborear de nuevo la conjunción... Ese es el error de muchos, de muchísimos enamorados, ¡de tantos matrimonios! No saben "separarse a tiempo". Se aferran al amor como desesperados, como náufragos, y claro es, se ahogan...

Muchos matrimonios se libran del hastío, o porque el marido tiene múltiples ocupaciones, o es mujeriego, o realiza viajes... Observad a muchas parejas que no se han separado nunca, y veréis con qué furor se odian en el fondo de sus almas... Parecen hermanos siameses con vida, unidos por la espalda, condenados al horrible suplicio de no separarse, de no poder estar un minuto el uno sin el otro...

El amor, como todo en la vida, como la tierra que nos sustenta, que produce el pan y los frutos,

necesita distintos períodos para cumplir su misión... Se lanza la semilla, después de un año de barbecho, el cual se compone de tres labores distintas; luego, las lluvias, alternadas con el sol, van fomentando el crecimiento... Y, por fin, la siega tira al suelo la espiga... Las lluvias son tan necesarias como el sol... Los árboles mudan la hoja todos los años, y hasta la mujer, en ciertos meses del embarazo y después del parto, nos demuestra la necesidad de alternar, de dejar en suspenso la labor...

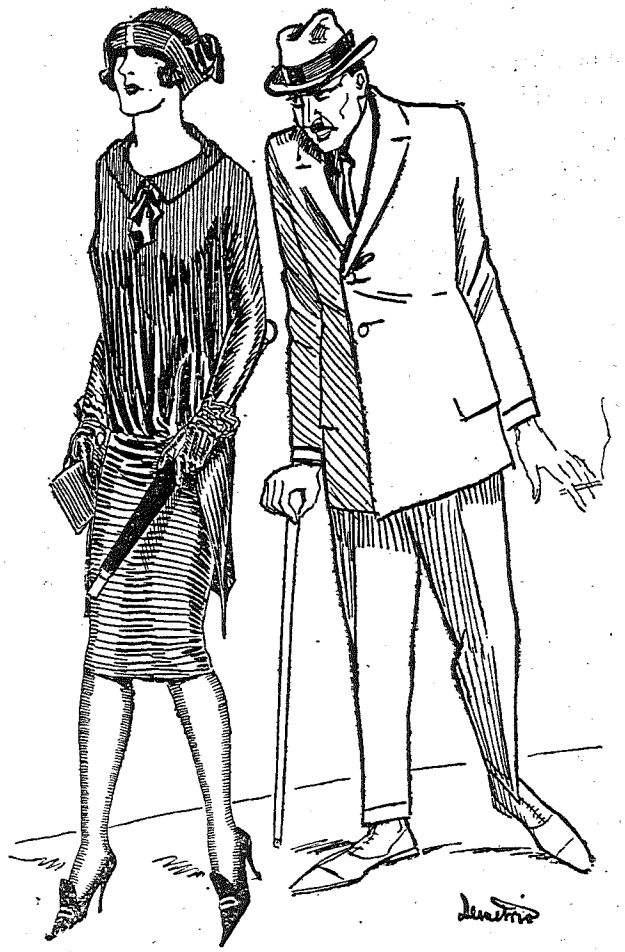
Fernando sentía, como María de la Soledad, ese indefinible vacío del espíritu y del cerebro que causan los hartazgos de amor.

Y un acontecimiento, naturalísimo y, sin embargo, inesperado, les hizo reflexionar un tanto. Soledad estaba encinta... Nunca habían pensado, ni remotamente, durante los meses del idilio, en este natural corolario... ¡Un hijo! Y este conocimiento no les producía entusiasmo, a él porque ¡era tan niño! Quince años no son nada; es una edad casi infantil... Y ella temía, temía, porque aquello sería la argolla que, a más de quitarla la libertad, le quitaría la tranquilidad de conciencia. Vivimos en una sociedad, a más de cristiana, pacata, timorata, y aquel hijo era la encarnación, la materialización viva de todos los prejuicios sociales, de todo el edificio convencional en que habitamos... Y aquel acontecimiento era, además, el derrumbamiento del artificio y el embuste tejidos sobre sus vidas, sobre la máscara que los envolvía... ¡Adiós fraternidad cómoda y acogedora! ¿Quién creería ya en el engaño de que eran hermanos?

Fernando escribía mucho. Narraciones sencillas, sonetos, crónicas... Todo lo que veía, acerca de todo lo que leía, lo trasladaba al papel. Eran ya muchos periódicos y revistas los que habían acogido sus producciones.

La idea de la paternidad le producía un horror casi instintivo, sin poder razonar el porqué. El tenía de sus padres un concepto terrorífico, de miedo y de lujuria, de infierno, de volcán... ¿Había él, que era un niño—aunque se reconocía, en realidad, no serlo—, de cargar con responsabilidades superiores a todo cálculo? Antes huiría, prosiguiendo su vida errante, aunque breve...

Pero estos deseos, mitad de rebelión y mitad de cansancio, eran envueltos, arrollados por el amor de Soledad. Quería ella a Fernando como algo propio, con un cariño que poseía tonalidades morbosas, en el que había algo de incesto, de transgresión de la ley natural; lo quería, no sólo como al ser a quien debía las únicas horas de goce pleno de su vida, sino como al niño que necesita ayuda, porque está solo, porque es huérfano... ¡Era tan joven y tan hermoso, y más que hermoso, atrayente, *interesante,* con un "interés" casi folletinesco!... Hubiera dado por él la vida; por defenderlo, habría matado sin un instante de vacilación... Y, sin embargo, la idea de tener un hijo, un hijo suyo, un hijo casi de su hijo..., producíala cierta repulsión, que cada día

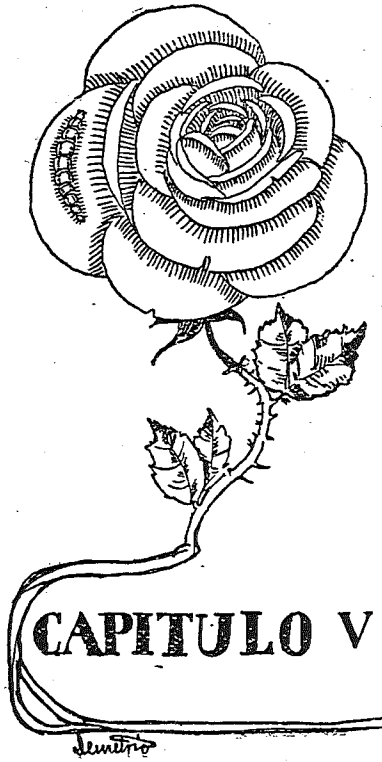


Materialmente se la comían, la asaltaban...

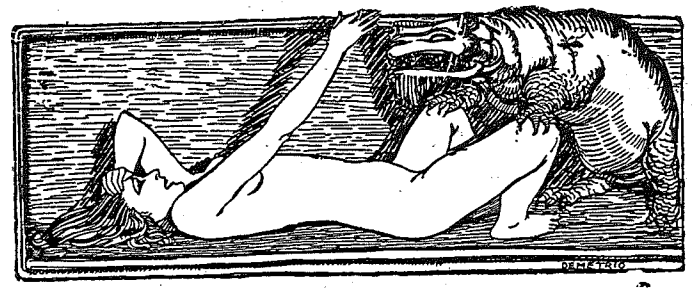
iba precisándose más. Y aunque tenía aún cinco o seis meses por delante, aquella idea la torturaba con creciente amargura.

Ya salían alguna vez solos, cada cual por su lado. Y experimentaban en estas breves excursiones solitarias a través de la ciudad un bienestar cada vez más intenso, como si hubieran estado presos y, de pronto, respiraran el aire puro de la libertad... A ella, la iniciada maternidad habíala puesto más hermosa, con las facciones más redondas, con los pechos más altos, con las caderas más firmes y salientes, al revés de lo que a otras hembras ocurre... Los hombres, materialmente, se la comían, la asaltaban, casi la "atracaban" en pleno día... Y Soledad sentía una complacencia nueva, voluptuosa, hasta ahora desconocida, al sentirse deseada, al oír los florilegios más o menos académicos con que la obsequiaban al pasar...

Un día, al sentirse seguida, de pronto recordó a su marido... Y ya una vez la visión en el recuerdo, no la separó de sí, y la acarició... Y entonces, no sin cierto rubor, no sin cierta vergüenza muy íntima, muy honda, notó que deseaba a su marido, que lo deseaba fuertemente, imperiosamente, con un ardor jamás sentido. ¡Con qué gusto habría abrazado a aquel hombre robusto, alto, bien formado, que tan apasionado se hallaba cuando tuvo que partir, a raíz de la boda!



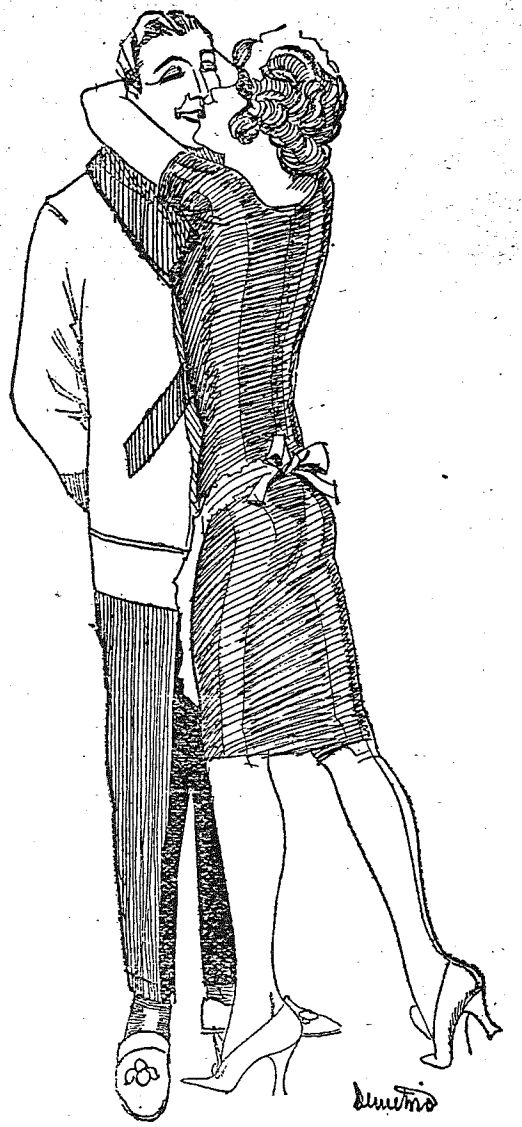
CAPITULO V



V

Veo que las cuartillas pasan bajo mi pluma, y la historia de Fernando Zaldívar casi no ha comenzado, en tanto la mía permanece en el secreto. Esto no puede ser, no debe ser. La vida de mi autor compondría más de un volumen, porque ha sido una vida intensa, nada gris, llena de pasiones, emociones, tragedias. Es preciso, pues, avanzar más de prisa, a grandes rasgos, y así, diré que María de la Soledad escribió a su marido, el cual, ajeno a los necios prejuicios españoles, perdonó a su mujer, y no influyó poco en la reconciliación cuando supo que ella llevaba en sus entrañas un *probable* y aguerrido ser hijo suyo, de él, del marido.

Sintió mucho la joven dejar a Fernando, a *su niño,* y comprendiendo la estupidez y la esterilidad de las despedidas definitivas, que muchas veces



Romualdita le proporcionaba inefables consuelos...

frustran o dilatan la marcha, se fué sin despedirse, sin otro capital en el bolso de mano que cien pesetas y las cartas del generoso y abnegado esposo.

Fernando, al quedar sin su compañera, lloró como lo que era: como un chiquillo. Pero a los tres días, la criada *Rom,* Romualdita, le proporcionaba inefables consuelos, jamás gustados por él hasta entonces.

Transcurrieron tres o cuatro años, en los que el nombre literario de Fernando ascendió un buen trecho en la pendiente ascensional. Y un editor lanzó su primer libro de versos, *Elogios sexuales,* que fué comentadísimo, combatidísimo y, por ende, *vendidísimo...* El mismo editor, que había hecho un pequeño negocio con los *Elogios,* dió a la estampa un libro de cuentos, con el título de *Sensualismo romántico,* que no se vendió mucho. Pero a los pocos meses fué un éxito la novela grande *El abrazo de la adulterada adúltera,* el primer triunfo serio del joven escritor.

Una lectora, hasta entonces burguesita pacífica, quiso complicar a Fernando con un epistolario erótico-espiritual, y lo logró. Cuando Fernando abrió el primer sobre perfumado con una esencia exótica, entonces en boga, llamada *Pasión,* y sus ojos leyeron aquellos renglones trémulos, de letra inglesa impecable, sus manos temblaron de deseo, su corazón latió con más fuerza, y se precipitó a contestar... No voy a transcribir el epistolario; pero sí quiero tras-

ladar una de ella, y otra de Fernando. Decía así la de él:

"Si soy tan joven como usted acierta a indicar, debo prevenirle, sin embargo, de que mi espíritu no es infantil. Si apenas tengo veinte años con arreglo a la partida de nacimiento, quizá tenga, en realidad, cuarenta. ¡Mi queridísima, mi idolatrada desconocida! Vivo para el amor desde los catorce años, y en este espléndido quinquenio he gustado pasiones fuertes, arrolladoras como una turbonada del Atlántico... Mi bella, mi diosa: es necesario que nos veamos. Mi espíritu y mi cuerpo la necesitan; éste, para dominarla físicamente, para hacerla saber que mis veinte años son exigentes, imperiosos, avasalladores; aquél, para que me sirva de luz en mis tinieblas tristes... Porque yo estoy casi siempre triste, y si la tristeza es vecina de la lujuria mordedora, también lo es de las puras regiones inmateriales... Pero esto no debe ser ignorado por usted, ¿verdad? Porque si vino a mí después de leer versos míos y narraciones hijas de mi soledad moral, sabrá usted perfectamente que no es la alegría quien preside constantemente mis horas...

"¡Por Dios, señora, por el amor que ya ha nacido y se ha desarrollado en nuestras almas y en nuestros cuerpos vibrantes, deme ya la soñada cita para poderle besar la frente primero, las manos después, y la boca luego, furiosamente... Si ya sé que tiene usted un lunar encima del corazón, como indicando "la puerta de entrada" al magnífico templo de su

amor, dígame ya de una vez dónde nos vemos... ¡No prolongue por más tiempo el suplicio horrible a que estoy sometido actualmente!...

"Además, he de comunicarle de palabra algo interesante para nosotros: una novela, cuyo asunto se me ha ocurrido pensando en usted. Se trata de algo nuevo, quizá definitivo para mí, en el procedimiento novelesco... Mire usted que si no, yo he de procurar descubrir el enigma, porque la deseo tan ardiente y tan completamente, que aunque fuese usted fea y vieja, la desearía igual y procuraría hacerla mía con mezcla de deseo y de rabia...

"Hasta la suya, queda, impaciente y dolorido, su amantísimo.—*Fernando.*"

A esta carta contestó la desconocida, que venía firmando con el seudónimo de *La mujer que no pudo más:*

"Aunque comprendo, mi nene adorado, que no tendré más remedio que ser tuya, quiéralo o no, déjame que dilate más la entrega, porque así, luego será más sabrosa...

"Ya sabes que soy una burguesita pacífica, que ha llevado una vida vulgar, aunque con inquietudes de *ambos* órdenes, y ahora, al llegar a los treinta años, después de diez de matrimonio, me encuentro con que *ya no puedo más*... Por eso me firmo así, obedeciendo a una realidad, no a un incógnito... Yo soy, en efecto, la mujer que no puede resistir por más tiempo el peso abrumador de la vida longitudinal, de la vida burguesa, como una carretera... Y

como no tengo hijos, porque mi marido no pudo dármelos o porque yo soy tierra baldía, necesito, si quiero seguir viviendo, cambiar de postura, adoptar otro modo de vida, renovarme, en fin, si no quiero morir...

"Mi marido—perdóname, chiquillo, que te hable de él—adoptó la actitud que yo ahora tomo, hace ya muchos años, a los dos o tres de nuestro matrimonio, y desde entonces tiene queridas, va de juerga, se entretiene con aventuras, ¡en fin!, lo lógico, lo que yo veo ahora que es natural...

"Te confieso que siempre que pensé en el adulterio me sentí horrorizada, porque no en balde el funestísimo Calderón de la Barca echó sobre nuestras espaldas el abrumador sambenito del honor hombruno conyugal a tiros o a estocadas, con perspectivas sangrientas... Pero una experiencia de observación me ha hecho saber que los tiempos han cambiado, y que hoy los maridos calderonianos están en ridícula minoría, y que los más de los engañados, al enterarse, o se hacen la vista gorda o toman las de Villadiego, como cualquier hombre culto de Europa...

"Y al adquirir estas observaciones, te confieso lealmente—y ya ves cómo *te apeo* el tratamiento—que siempre tuve el propósito de si alguna vez faltaba a la jurada fidelidad, había de ser con un joven, muy joven, cuanto más joven, mejor... Para hombre serio, de peso, de formalidad, ya tengo a mi marido. Y he aquí que al ver tus retratos, al enterarme de tu edad, al saber los pormenores de tu vida, me dije: *Este es; con éste he de caer, si caigo...* ¡Y ya puedes ir preparando el lecho, niño, porque creo que caigo muy pronto! ¡Albricias, nene mío! ¡Cómo voy a hacer contigo las experiencias que mi marido nunca me propuso! ¡Cómo voy a desquitarme de los diez años de fidelidad! Y ¡cómo te voy a gustar!

"No temas, no; soy hermosa; ya te he dicho mi edad, y mi cuerpo es de esos que llamáis vosotros *esculturales*... ¡Con decirte que, desnuda, cuando me miro al espejo, me gusto tanto, que estoy contemplándome horas enteras! Tengo sed de amor, sed de hombre, de otro hombre... ¡Y estoy loca por ti!

"Pero déjame prolongar más tiempo... ¡Luego es mejor! Recuerdo que, en la luna de miel—¡qué lejano todo!—, nos gustaba estar mucho tiempo deseándonos, antes de la posesión... ¡Es gozar con interés compuesto!

"No seas impaciente. Para incitarte más, te diré que no es sólo el lunar de encima del corazón... ¡Tengo otro en una nalga, que cuando lo veas temeré por su vida!

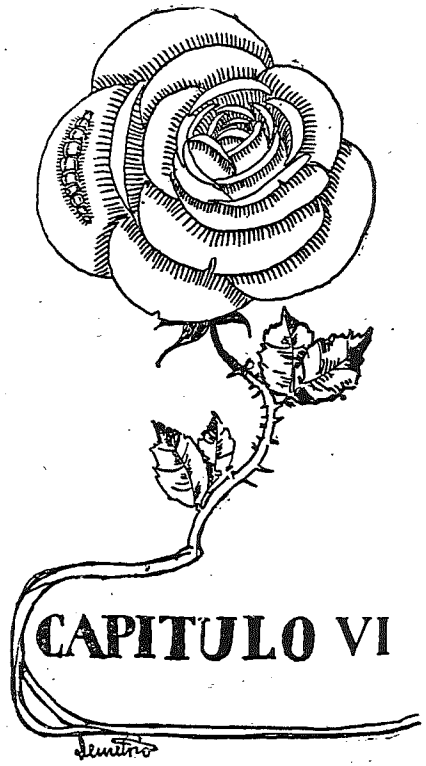
"Adiós, vida mía. ¡Qué feliz soy! Comprendo que esta situación no vamos a poder prolongarla por mucho tiempo; pero... ¿y luego?

"Tuyísima.—*La mujer que ya no puede más.*"

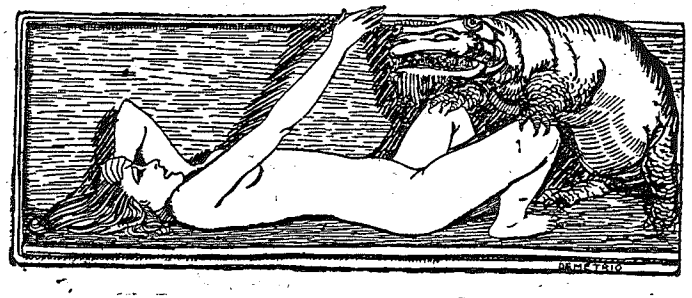
"*Posdata.*—Déjate de novelas y de procedimientos novelescos. Hay algo mejor que escribir novelas: vivirlas. Vive tú esta mía, ahora, y conquísta-

me de una vez. Y créeme: antes que un nuevo procedimiento en el arte de novelar, yo te agradecería un nuevo procedimiento en el arte de hacer gozar en el amor.—*Vale.*—¡Ya lo creo que *vale!*"





CAPITULO VI



VI

La mujer que *no podía más* se llamaba Felisa Suárez, y estaba casada con Ernesto Frenca, un *rentista* simpático y culto, que vivía de su profesión...

Felisa había quedado, a los quince años, huérfana de padre, que fué un empleado del Estado, que al morir dejó unas cuantas deudas, modestas como él, repartidas entre el sastre, la farmacia y las tiendas de comestibles...

La chiquilla era hermosa, simpática: una verdadera preciosidad. Alta, bien hecha, el pelo negrísimo, la boca más bien grande, con unos dientes de loba que refulgían ante la luz...

Y un día, en la fiesta organizada por unos señoritos para recaudar fondos con destino a los damnificados por una inundación levantina, se encontraron los ojos de Felisa con los ojos de Ernesto.



O leyendo libros...

Los de ella y los de él eran negros, grandes, hermosos, y, sin duda, se reconocieron semejantes, quizá de la familia, porque ya no hicieron otra cosa que mirarse y mirarse...

El era lo suficiente rico para no pensar en las posibilidades económicas de Felisa, y así, tras un noviazgo laborioso, largo, lento, el corazón del hombre rico fué conquistado plenamente por la belleza de la joven pobre... Y se casaron, deslizándose sus vidas sin disgustos, sin nubes, sin celos, tranquilamente... No llegaban los hijos, y él, cansado del mismo cuerpo siempre, volvió a su vida de soltero, se olvidó de su mujer, mientras ella distraía sus ocios de señora rica paseando en auto o leyendo libros...

Muerta su madre al año siguiente de la boda, sin hermanos, Felisa vivía sola, en medio de la gran ciudad, sin amistades, sin recibir ni hacer visitas...

Hasta que escribió a Fernando Zaldívar, sin pensar descubrirse, por puro pasatiempo, primero, viendo que no tendría más remedio que caer, después.

Ella sentía el voluptuoso humorismo de la gata mimosa que gusta de jugar con el ratoncillo antes de comérselo. Quería dilatar el incógnito; pero Fernando, ciego, necesitando conocerla, envió una carta con sobre encarnado, y al día siguiente de franquearla, fué a la lista de Correos y esperó frente a la "ventanilla postal"... Y cuando vió a una señora elegantísima, guapísima, con el sobre encarnado en la mano, creyó morir de emoción... La si-

guió, y en la calle, mientras ella abría nerviosamente la carta, la abordó:

—Soy yo, soy Fernando...

Ella se puso lívida, blanca, cadavérica... No acertaba a hablar... ¿Cómo no lo reconoció frente a la ventanilla? Lo conocía por sus retratos... Pero, a veces, ya se sabe que los retratos no corresponden a la realidad. Los fotógrafos, verdaderos artistas, magos de la coquetería, los retocan, y nadie es feo según los retratos, y los que no son feos, como Fernando, salen en el papel fotográfico como dioses bellos y tentadores...

—¿Por qué, por qué ha hecho usted esto? Yo no quería, es decir, yo no soy... Una amiga...

El, tranquilo ya, seguro de su triunfo, seguro de que ya había vencido, habló:

—Pero ¿qué farsa es esta, amada mía? Aun no sé cómo te llamas... ¿O es que todo ha sido una burla, un engaño, un juego? No lo creo, aparte de que siempre resultan peligrosos los juegos ígneos... Yo...

—No ha sido un juego, pero hubiera preferido ser yo quien descorría la cortina, quien subía el telón, quien daba permiso para entrar...

—Es que ha sido mucha la dilación; es que yo estoy loco por ti...

—Me llamo Felisa, y soy tuya. Pero hoy...

—¿Hoy qué? ¿Vas a hacerme creer que necesitas antes bañarte y cambiarte de ropa?

—¡Oh, por Dios!

—Pues vámonos. Yo vivo solo... Ni criada tengo

ahora. Iremos a casa, yo primero, y tú, sin preguntar, coges el ascensor y aprietas en el botón del tercero... Ya sabes: en el interior derecha...

—Pero... Yo te ruego, Fernando, que *antes* hablemos varias veces, que nos veamos mucho, para que lo que ha de ser, sea cuando deba ser, cuando no nos demos cuenta casi de que es...

—No, no. Las primeras lecciones de una asignatura siempre resultan algo frías; es que no hemos *entrado en materia*. Pero querer pasar por alto los primeros capítulos nunca ha sido cualidad de buenos lectores... De manera...

—Sea como quieras.

Cruzaban la plaza de Castelar, y la Cibeles parecía mirarlos con interés... En el reloj del Banco de España eran las siete de la tarde. Avanzaba noviembre, sin que los fríos hubiesen azotado la ciudad. El reloj del Palacio de Comunicaciones no estaba puesto, y el agujero vacío parecía una cuenca gigantesca y lúgubre... (Después, cuando han colocado el reloj, se ha observado que nunca marca bien la hora.)

Los automóviles pasaban raudos, veloces, contraviniendo las Ordenanzas. ¡Es curioso! Generalmente, los ocupantes de los autos no tienen nada que hacer, no saben adónde ir, y van de prisa, atropellando de vez en vez a algún pobre peatón...

Los tranvías avisaban con su tintineo de timbre. Los camiones avanzaban imponentes, amenazadores. Los caballos eran castigados por los aurigas.

Todo iba diciendo al pobre transeunte: "¡Fuera, fuera! ¿No ves, imbécil, que soy yo? Si no te das prisa, si no saltas, si no corres, si no te apartas, peor para ti, porque nosotros somos como el tren... Las plazas, las vías públicas, son como una inmensa vía férrea, que no puede cruzarse sin grave peligro de muerte..."

Y el pobre, el azorado transeunte que se veía obligado a cruzar de una acera a otra, a atravesar una plaza, miraba medroso, con miedo de conejo, a un lado y a otro, hasta que, en un momento de heroísmo anónimo—*del héroe desconocido*—, hacía la señal de la cruz y se lanzaba a la muerte probable... Era el triunfo de la mecánica y de las bestias sobre el pobre ser humano, sobre el pobre hombre que no era mecánico, ni capitalista, ni siquiera cochero... Las autoridades, los jefes del Estado, hasta los concejales, jamás iban a pie. Y así se perpetuaba la gran injusticia, hasta que un día se constituyese el *Gran Sindicato de Peatones,* cuyo primer artículo sería el uso obligatorio de la pistola contra los abusos de la humanidad que no anda con sus propios pies.

Felisa y Fernanda llegaron a quererse mucho. Para ella, el joven novelista era la gran pasión, la única pasión de su vida. Aprovechando la libertad en que su marido la dejaba—el cual, ni remotamente había demostrado nunca ser celoso—, veía a Fernando por la mañana, por la tarde y, muchas veces, por la noche.

Pero Fernando comenzó a sentir un odio al marido cada día más acentuado, paralelo al amor que sentía por Felisa. Hasta que un día, el dilema fué planteado, aterrador:

—O él o yo, Felisa. Aunque tú me digas, aunque tú me jures que no tienes con él nada que ver, que dormís separados cada uno en su habitación, yo bien sé que de vez en vez, cuando a él se le antoje, cuando a él se le figure, irá a tu cama, y, aunque pasivamente por tu parte, serás suya.., ¡de otro! Porque yo soy tu marido, el único hombre que tiene derecho a poseerte, ¿lo sabes? De manera que es preciso, necesario, que lo dejéis..., a menos que prefieras a él...

Y le refirió el caso de María de la Soledad, que nunca fué de los dos, que o fué suya plenamente, o fué del marido... ¡Aquello era nobleza, dentro de la pasión!

—Si no quieres huír de él aquí, porque estamos en España, nos vamos a Francia, al país hermoso y liberal, elogiado por todos los hombres inteligentes que lo han visto... Pero es preciso que te decidas. ¿Lo oyes? ¿No me respondes?

—No seas loco, Fernando. Si yo no soy, en realidad, la mujer de mi marido, que éste anda entretenido e interesado con otras mujeres; si a mí no me desea, ni me busca, ni me llama; si es para mí como un verdadero hermano, noble y generoso, ¿por qué llenarlo de afrenta, por qué publicar su deshonor? ¿Qué culpa tiene él de que la naturaleza hu-

mana sea como es? ¿No soy tuya plenamente? ¿No sabes que de nadie fuí sino tuya y de Ernesto? No saques las cosas de quicio... Es más: tú mismo me has dicho cómo te cansaste de Soledad, que sería más hermosa que yo. Si a mí me tuvieses siempre, es seguro que te hastiarías. Yo, por mí, no; sé que siempre estaría a tu lado, que no te abandonaría nunca...

—Es decir, que no quieres.

—No es que no quiera. Piénsalo bien y verás cómo es un disparate lo que dices...

—No debes vestir con su dinero, ni comer de su pan.

—Es verdad. Pero yo tengo la conciencia tranquila, porque sé lo bueno que es, de que mientras yo no lo ponga en ridículo, mientras por la calle nadie pueda decir que su mujer tiene un amante, en el fondo reconoce que yo tengo, como él, derecho al placer y a la felicidad. Muchas veces le he oído decir que las infidelidades de la mujer, en sí—y no habiendo hijos, mejor—, no tienen más importancia que la de los prejuicios y el escándalo... El es rico, y yo nada tengo. Pero ¿acaso no le di mi corazón y mi virginidad? ¿Acaso no le fuí fiel durante diez años? Si esto no vale ni el pan que me como...

—Felisa, tú no me quieres. ¡No me quieres! Si me quisieras, si fueses tan mía como yo soy tuyo, pensarías como yo, y de ti misma hubiera salido lo que te he dicho...

—¡Que no te quiero! Bien se conoce que, a pesar

de tu inteligencia y tu imaginación, eres un niño. Si no lo fueses, sabrías que la mujer que cae a los treinta años, tras una vida sin mancha, se agarra como un náufrago al hombre que originó su caída, a menos que tenga temperamento de Mesalina. ¡Pero esto de los sentimientos es tan sutil, que no bastan las palabras para expresarlos! Yo quiero a mi marido; pero...

—¡Ah! ¿Lo quieres?—rugió Fernando.

—Calla. Déjame hablar. Le quiero—no me has dejado terminar—, pero ya no como a hombre, pues ni él me desea ni yo lo deseo, sino con fraternidad, con un sentimiento de hermana menor, casi de hija o casi, por paradójico que parezca, como madre que le ve descarriado, entre amigos beodos y amigas alegres...

—Es decir, que tú a él no lo dejas...

—¿Por qué ni para qué? Tú mismo te convencerás...

—Mira, yo no soy un sinvergüenza ni un chulo, que, por lo visto, eso es lo que buscabas en mí...

—¡Fernando, mira lo que dices!

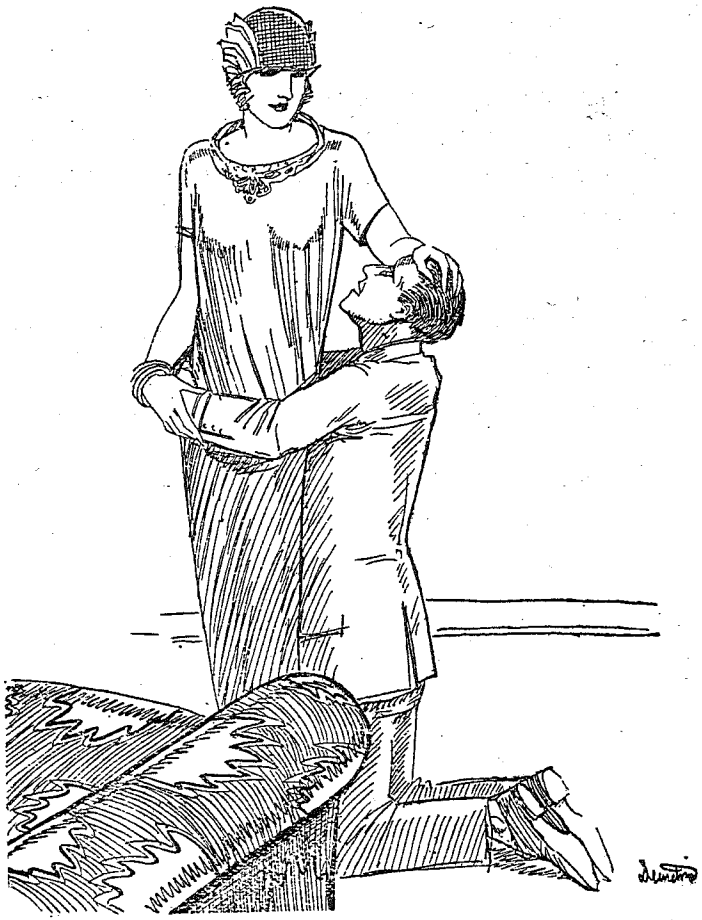
Y su voz era grave, pastosa, emocionada. Sus ojos se arrasaron de lágrimas. Pero él se enfureció más.

—Sí; tú eres el verdadero tipo de mujer adúltera, que es como decir prostituta.

—¡Eres un canalla!

—Y tú una *golfa*...

Ella precipitadamente se puso el abrigo, cogió el



Se arrodilló ante ella...

sombrero, el manguito, y salió, dando un portazo... Pero él salió detrás, la llamó, la hizo volver, pidió perdón, se arrodilló ante ella, que ahora lloraba de emoción, viendo llorar a aquel hombrecito pasional, de espíritu roído por los celos.

Y como nada hay que provoque la sensualidad como las lágrimas, pronto sellaron el armisticio...

Porque eso, y no otra cosa, representaba la reconciliación: un armisticio, una tregua. Cuando los celos se apoderan de un alma, no huyen fácilmente, sino que crecen y se multiplican... Y no era sólo del marido, lógicamente odiado, después de todo, sino que los sentía de todo y de todos, de seres imaginarios. Cuando llegaba Felisa la examinaba despacio, creyendo ver señales, huellas de besos... Las misma señales que él había hecho, luego creía que las habían marcado otros labios, otros dedos, otra boca...

—Te han mordido. Sí, sí...

Y la llevaba frente al espejo.

—Mira, mira...

Creía que si se había dado a él sin grandes dificultades, con más motivos se habría dado a otros más famosos, más fuertes, más guapos que él...

—¿Cómo te informaste de mi domicilio cuando me enviaste tu primera carta anónima?

—Fuí a las oficinas de *Arte Moderno,* donde leía versos tuyos, y pregunté...

—¿Fuiste tú misma?

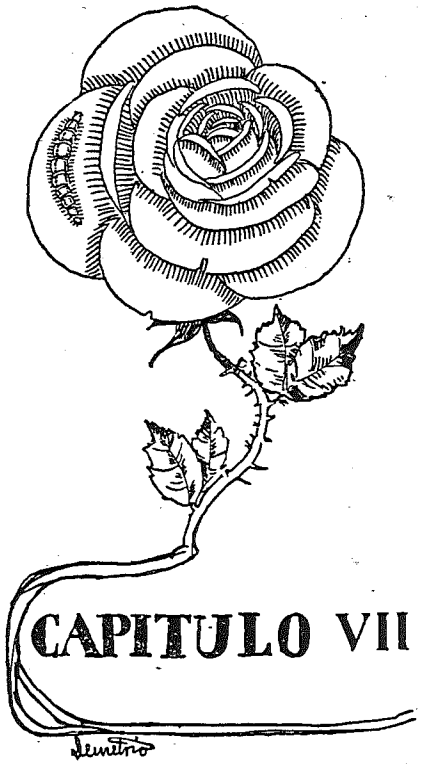
—Yo misma...

—Te dedicas, por lo visto, a preguntar los domicilios de los escritores cuyos retratos te gustan... Porque supongo que no querrás convencerme de que yo he sido el único... ¿Crees que soy tonto?

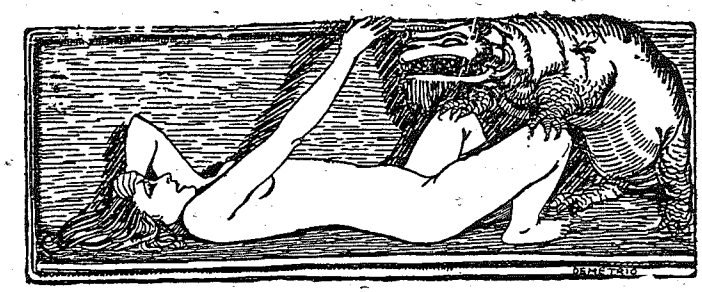
Ella sufría, pero no se molestaba en el fondo contra él, porque veía la ceguedad de amor que había en las dudas, en las acusaciones. Pero pronto surgía otra vez el dilema, cada vez más agobiador:

—Y la prueba es que no quieres abandonar a tu marido... ¡Habrás conocido a tantos hombres! Si realmente sólo hubieses sido mi amante, no vacilarías en seguirme hasta el fin del mundo, a través de las mayores locuras y de las más terribles aberraciones...





CAPITULO VII



VII

Y cada día, la idea obsesionante iba adentrando más en su cerebro: el marido y él eran incompatibles.

Primero, su voluntad insinuaba débilmente un capricho diabólico: indicar al marido que su mujer le engañaba, sin decirle con quién. Sabiendo él que Ernesto no ignoraba la falta de su esposa, creería a Felisa más suya, menos del marido; la posesión de la amada sería más completa, más verdadera, menos *engañosa.* Pero desechaba este malabarismo de su espíritu, por antojársele disparatado.

Luego, la idea fué creciendo en su espíritu, engordando como la célebre serpiente que Blasco Ibáñez describe en *Cañas y barro,* y se enroscó en su alma, y le impuso la decisión trágica, inconcebible, brutal, absurda: él mismo se lo escribiría al marido, en un anónimo diabólico, y le daría las señas

de la casa, el nombre del seductor, del amante, la hora en que más seguro era encontrarlos, ¡y le enviaría, además, una llave del piso!

Se entusiasmó con su idea maligna y estúpida. Le pareció genial la ocurrencia, cogió la pluma y, desfigurando la letra cuanto pudo, escribió:

"Soy, mi querido Ernesto, un buen amigo tuyo. Tu deshonra me duele como propia, porque te profeso entrañable afecto, profunda amistad. Siento el dolor que voy a causarte. Pero ¿qué remedio?

"Tu mujer te engaña con un jovenzuelo escritor, que se llama Fernando Zaldívar, que vive en Santa Engracia, 113 duplicado, tercero, interior derecha. Allí va tu mujer *todos* los días, sobre todo, a las siete de la tarde, mientras tú juegas a la ruleta en el Círculo o te regodeas con una meretriz. ¡No corras tanto, porque para buscar a una perdida no tienes que ir muy lejos: la tienes en tu casa, la vistes lujosamente y tiene el coche a la puerta!...

"Te envío una llave del piso, que el otro día, siguiendo yo a tu mujer, la vi en el suelo. Desátala del cartón, métela en tu bolsillo y abre tú mismo la puerta del *nido*... ¡Pero ponte gafas ahumadas, porque podrías presenciar un volcán en erupción encima del lecho!...

"Algún día sabrás quién soy. Hoy no te puede dar su nombre.—*Un amigo íntimo.*"

Después quiso apuñalar más el corazón o la dignidad del marido, y añadió la siguiente nota:

"Además, y por esto te lo aviso principalmente, el

querido es un botarate, un chiquillo que todo lo pregona, que todo lo cuenta en los cafés y en las tertulias... Tú verás si es o no verdad: ¿Es cierto que Felisa tiene *dos lunares,* como reza el célebre cantar, el uno encima del corazón; el otro, en medio de la nalga derecha, y éste tiene unos pelitos muy traviesos?... Eso dice *él.*"

Se sintió satisfecho de su obra; echó la carta, y esperó...

Al día siguiente vió con bastante claridad lo que había hecho, y sintió horror y, sobre todo, miedo, mucho miedo, no sólo por él, sino por ella, por la buena y enamorada Felisa... ¡Había vendido a la pobre y abnegada mujer! Era, más que un canalla, un inconsciente, un mentecato. La gran estupidez de su obsesión, de sus celos absurdos, ahora la comprendía...

Por la mañana no vino Felisa. Esto, que ocurría muchas veces, hoy producíale al desventurado joven terribles sobresaltos.

A las tres de la tarde salió, buscó un coche, y unas casas más abajo, por donde ella había de pasar, esperó... ¡Qué tarde más horrible! ¡Estaba pagando caro su cretinismo, su memez alucinante!

A las seis, recordó que se había olvidado de un detalle quizá interesante: poner un papelito de goma en la puerta de su piso, y así, luego podría saber si el marido había ido o no en busca de Felisa. Bajó del coche, pidió en un estanco el papel y corrió a su casa...

Al poco de regresar, ella pasó. La llamó, muy apurado:

—Ven, ven, sube; ya te contaré.

Y dando al cochero las señas de una *maison meublée,* subieron al coche.

Ella, asustada, inquiría:

—Pero ¿qué pasa? ¡Por Dios, dímelo!...

Y rápidamente, sin tenerla pensada, urdió la mentira...

—Verás. He recibido un anónimo...

—Enséñamelo...

—No puedo: lo he roto, loco de ira y desesperación... Un anónimo vil y cobarde, en que me decían haber descubierto nuestras relaciones...

—No es posible... Si apenas nadie me conoce...

—¡Ya lo creo que es posible! Me daban tu nombre, el de tu marido... Y me decían aún más: que iban a escribirle también a tu esposo... Yo, en vista de esto, he creído prudente... por ti...

—No te comprendo, Fernando. Has hecho bien, muy bien; lo que yo hubiera hecho... Pero tú, tú, que...

El aparentó enfurecerse:

—Pues ahora mismo volvemos, subimos, y ojalá...

—No; ya es tarde, y yo bendigo a Dios por haberte dado tan claro juicio, cuando yo te creía tan trastornado... Más vale así... Pero creo que, por si acaso a él le han escrito, conviene que yo vaya a casa...

—Por mí, no. Ahora, por ti...

—Claro que por mí. ¿Por quién iba a ser? Sí; es lo mejor. Avisa al cochero, y que pare en Santa Bárbara, y desde allí, en un instante, a casa...

Cuando se quedó solo en el coche y ordenó marchar sin rumbo, hacia la Castellana, hacia donde el auriga quisiese, volvió a aplicarse otra vez idéntico calificativo: ¡Imbécil! Porque su actitud de ahora, su actitud desde que escribió el anónimo, le parecía que podría servir de definición exacta de lo que es un cretino... ¿No venía él acariciando el propósito de deslindar los campos entre él y el marido, y que las circunstancias obligasen a la realización del dilema: *él o yo?*

Cuando bajó del vehículo anduvo sin rumbo, por calles extraviadas. A las diez, rendido, compró en un bar una ración de jamón y un panecillo, y se dirigió a su casa.

Al llegar pudo observar que el papelito permanecía intacto. Esto fué para él un sedante magnífico, y se acostó después de la frugal cena, durmiendo de un tirón hasta las once de la mañana, en que el timbre le despertó...

Era un continental de Felisa. Cuatro palabras. Que no la esperase ni aquel día ni al siguiente. Al otro, que la aguardase en un coche, en la Avenida de Menéndez Pelayo, junto a la verja del Retiro, al final...

Salió Fernando antes de almorzar, y como no pensaba volver hasta la noche, puso otro papelito en la puerta...

Cuando regresó a acostarse, le dió el corazón un

vuelco tremendo. El papel estaba roto, no desprendido, sino partido... ¡Habían entrado al piso! Se le erizaban los cabellos... ¿Estaría dentro el marido, dispuesto a matarlo como a un conejo? No se atrevía a entrar... ¡Y no entró! Volvió sobre sus pasos, y buscó alojamiento en un hotel...

Cuando se vieron en el sitio que ella había indicado, él tuvo una gran sorpresa al escuchar:

—Estuve esta mañana en tu casa, y no estabas... ¡Y eso que era temprano! Tú no has dormido allí...

Entonces él comprendió que su papel durante aquellos días no podía ser más triste ni más desairado, y se creyó en el deber de rectificar. Y apelando a sus resoluciones, siempre extremas, dijo:

—La prueba de que no hay nada de lo que tú supones es que vengo a decirte que, o nos vemos en mi casa, como siempre, o hemos terminado...

Y Felisa, a quien aquella resolución halagaba en el fondo, accedió. Por otra parte, estaba tranquila. No creía que Ernesto hubiese recibido anónimos. Nada observó ella en estos días. Precisamente, desde anteayer estaba de viaje, en el campo, con sus amigos de siempre. Ella misma los vió marchar en el auto, con los trajes de caza y las escopetas... Además, aun cuando Ernesto recibiese anónimos, seguramente no haría caso: los despreciaría merecidamente...

Fueron *al nido.* Pero, a pesar de que iban transcurridos dos o tres días de abstinencia, *no pudo ser.* Fernando se desesperaba, y su depresión aumentaba

a medida que crecía su interés por quedar *como un hombre.* Sólo acertaba a comprender que el anónimo enviado envolvía una trascendencia trágica, imposible de olvidar. ¡Si el marido viniese!... ¡Casi nada! Si el marido llegaba, su visita no sería *de cumplido,* etiquetosa y dulce... ¡Si llegaba, vendría a matar! Y Fernando pensaba en las sensaciones que produciría una bala al romper y quemar los tejidos, internándose en el pecho, en el vientre, ¡quién sabe si en la cabeza!...

Pero el marido no llegó aquel día ni al otro... Pasaron casi dos semanas... Fernando fué olvidándose de Ernesto y del anónimo. Sus energías renacían; sus caricias eran como siempre, vehementes, arrebatadoras... Sólo Felisa parecía desengañada, triste... Comenzaba a comprender que el pecado, la traición a un hombre, no compensan, no retribuyen lo que se cree *antes*... ¡Oh, tragedia inenarrable, expresada sólo con estas dos palabras: *antes* y *después!* Vislumbraba que un marido vale siempre más que un amante, porque éste tiene todos los inconvenientes del esposo, sin ninguna de sus ventajas... Y, a ratos, pensaba: "Sin duda, el matrimonio es un error grave, una aberración contra *natura.* Pero el matrimonio con adulterio es mil veces peor y más insoportable. Es como quien lleva sobre sí el peso angustioso de una cadena, y para distraerse se echa otra encima..."

—Sí; sin duda, mejor que buscar amantes—pensaba Felisa—, es reconquistar al marido... ¿Cómo?

Procurando a la vez que él nos reconquiste... Si lleva bigote, debemos hacer que se lo quite. Si va rasurado, obligándole a que se deje la barba... Y nosotras, cambiando de manera de ser y de vivir, siendo paradójicas, coquetas, presumidas... O bien haciendo un viaje juntos o cada cual por su lado... El caso es renovarse, transformarse; pero siempre entreteniéndonos con el mismo juguete, porque si no, es peor, peor...

¡Si fuera posible volver al hogar, rompiendo antes la segunda cadena! Pero esto era muy difícil...

Y en esta disposición de ánimo se hallaba Felisa una tarde, recostada en la cama, junto a Fernando, que leía, cuando oyeron girar una llave en la cerradura... Ella creyó que alguien se había equivocado. Pero Fernando se quedó mudo, abrumado, como si un peso enorme le hubiese caído sobre sus nervios, sobre su cerebro...

Fernando sabía que era el marido. Sabía que venía a lavar su honor—y Calderón de la Barca se le aparecía ahora como un saurio gigantesco, de pesadilla—, y en el tiempo transcurrido desde el anónimo, veía lo fríamente que la venganza vendría preparada...

El pasador estaba *echado* por dentro... ¡No se olvidaba él de esta sencilla prevención desde que *lo esperaba!* ¡Cobardía singular! *Lo esperaba,* temía su llegada y, sin embargo, allí estaba, como si no temiese, como si el anónimo fuese refrendado en

todos sus extremos... Sólo el inocente detalle del cerrojo...

El timbre comenzó a sonar... Llamaba sin interrupción... El dedo que apretaba, probablemente el mismo que apretaría luego en el arma homicida, parecía no tener prisa, ni en que abrieran ni en irse...

—Pero ¿quién llamará, Dios mío? Y antes probaron a abrir...

Fernando no contestaba. Pero cuando vió que Felisa se incorporaba para salir, la detuvo, lívido, y susurró:

—Es *él*...

—¿Qué dices, por Dios?

El joven se vistió de prisa, sin preocuparse ya de ella, y, temblando, vacilando, se dirigió a la puerta, y sin abrir la ventanilla, balbució:

—¿Quién es?

Y una voz varonil, clara, tranquila, contestó:

—Soy yo...

¿Para qué decir más? ¿Para qué pronunciar su nombre, si al decir "Soy yo", no podía ser otro?

—No puedo abrir...

—Abra usted—dijo la voz clara, con un imperio vehemente, pero tranquilo.

Entonces Fernando recordó una cosa, que hasta entonces no se le había ocurrido.. ¡Tanto era su miedo! En la mesilla de noche tenía un revólver... Y dijo:

—Espere...

Y corrió, cogió el arma, y, al volver, mecánica-



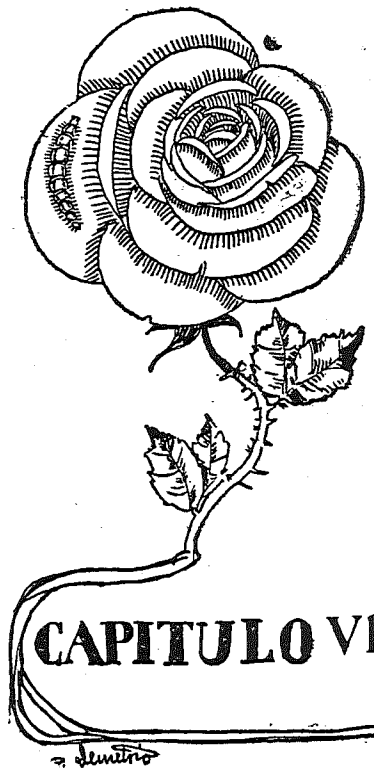
—Es "él"...

mente, viendo apenas que aquello era su única salvación, abrió la ventanilla y, casi sin apuntar, disparó...

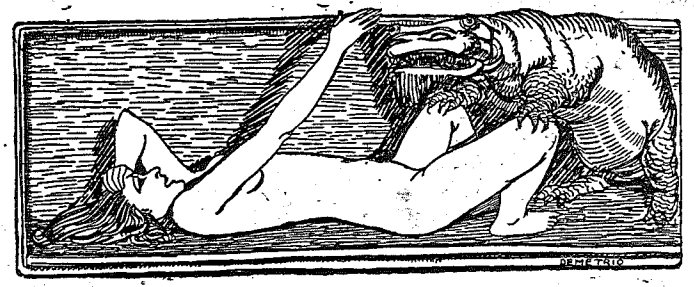
El cuerpo de Ernesto cayó con estrépito junto a la puerta, sin soltar la pistola que tenía en la mano. Felisa acudió, loca, al ruido de la detonación, y el olor del disparo la impresionó más que el disparo mismo... (Y el mismo olor obsesionante tuvo en el olfato durante mucho tiempo.) Después, a una indicación de Fernando, que más bien fué un gesto, ella salió, saltando por encima del cuerpo inerte... ¡Si había saltado antes por cima del deber, ahora saltaba sobre el cuerpo de su marido!... ¿Qué más daba?

Fernando, cuando ella hubo salido, huyó...





CAPITULO VIII



VIII

Soy incorregible, sin duda... Las páginas de esta mi historia, o de mis memorias, si lo preferís, avanzan, crecen, y el objeto de este libro sigue sin cumplir.

Y es el caso que, en realidad, yo no he faltado a mis promesas de brevedad, de trazar sólo a grandes rasgos, a saltos esquemáticos, la vida del autor de mis líneas. ¡Es tan intensa, tan llena de vida!

Ernesto no murió. Trasladado a su casa, no denunció al agresor... A los veinte días curaba del todo, asistido por la esposa, abnegada, arrepentida...

Fernando se refugió en un pueblo de Castilla, donde encontró esa cordialidad con que en las pequeñas ciudades se acoge a los forasteros... Allí fundó una revista literaria, que *no se costeaba,* y vivió tres años. Allí conoció a Carmita Méndez, la que más tarde fué su mujer. Allí olvidó a Felisa...



... bonita, delicada, grácil...

El pueblo era grande. Radicaba sobre tres cerros consecutivos, y las cuestas, las rampas y las callejuelas estrechas daban a Urbepina un aspecto raro, de ciudad fenicia y mora a la vez...

Carmita era hija de un rico tendero de ultramarinos, cuya panza, como medio globo inflado, imponía respeto a los compradores y risas a los rapazuelos. Se llamaba el comerciante Casimiro, y estaba casado con una opulenta jamona, cuyos ardores inextinguibles no habían podido calmar ni él, ni el médico, ni el cura, ni el dependiente de la tienda...

Carmita, en cambio, parecía el reverso de sus padres. Ni tenía en el vientre la obesidad del padre, ni los ardores sanguíneos de la madre. Era una chica clorótica, bonita, delicada, grácil. Negros los ojos y el pelo, la boca pequeña, era una flor de azucena en el fango carnal de aquel matrimonio de ultramarinos.

Fernando, harto de pasión y de carne, se enamoró de la jovencita pálida, a pesar de los padres y de la tienda.

Ella, romántica, ingénua, le quiso desde el primer día y le besó desde la primera noche. La boca de Carmita era como un capullo de rosa. Sus dientecitos, como alfileres, se clavaban en la boca del novio; pero de una manera natural, casi mecánica, sin apasionamientos, sin estremecimientos, secamente.

La madre, que, como todas las madres jóvenes y livianas, quería desembarazarse—justas compensa-

ciones, señores—de su única hija, alentó aquellos amores, y a los seis meses Fernando se arrodillaba con Carmita para recibir la bendición de ritual.

Al día siguiente de la boda, el comerciante marchó a la capital de la provincia, y la suegra de Fernando sostuvo con éste una interesante conversación.

Carmita no se había levantado aún. Fernando, en el comedor, terminaba de desayunar. Doña Pepa, la suegra, entró, besó a su hijo político y le preguntó:

—¿Cómo has tratado a tu mujercita?

—Yo creo que bien. Ya sabe usted que Carmita está anémica, que tiene un carácter apocado...

—Lo sé. Mi mayor tormento es ver a mi hija tan sosa, tan apagada. No se parece en nada a mí... Porque yo...

—Es verdad que son ustedes muy diferentes. No parece hija de usted... Ni hermana siquiera, aunque por la edad que usted representa, parece menor que ella...

—¡Guasón!

—En serio. Y si no se ofende usted...

—¿Qué? Di...

—Pues le diré que, como mujer, me gusta más la madre que la hija...

—¡Guasón!

—De verdad.

—¡Embustero!

—¿Cómo se lo voy a demostrar?

—No lo podría creer.

—Pues créalo. Me gusta usted más que mi mujer...

—Y aunque fuese así, ¿qué? También me gustas tú más que mi marido, y sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Que me aguanto.

—Pues yo no estoy dispuesto a aguantarme.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Pues querernos.

—Ya nos queremos como madre e hijo.

—Querernos como hombre y mujer...

—¡Qué locura!

—Locura, la mía por usted...

—Sí; loco, loco...

—Pero de remate... Mire usted...

—¡Por Dios, no seas animal, Fernando!...

—No puedo remediarlo. Perdone usted, pero mire...

—¡Qué bárbaro! ¡Quita, quita!...

—No, ¡por Dios!... Déjeme usted...

—Déjame tú.

—No quiero.

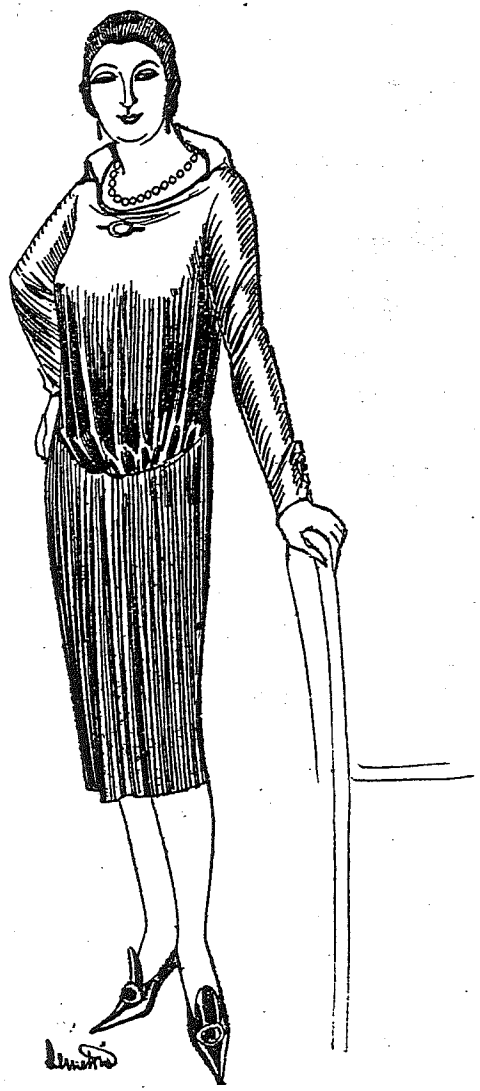
—No puedo.

—¡Hermosa mía!

—Aquí, no... Ven...

A los pocos días, asqueado Fernando, el joven matrimonio se trasladó a Madrid. Con los restos de la fortuna de él, los seis mil duros que dieron sus suegros y los ingresos *literarios* de nuestro hombre, podían *comenzar* a vivir...

Se instalaron en un piso modesto y limpio, en los



¡Que me aguanto...!

extremos del barrio *salmantino*—ya sé que no se llama Salamanca por la ciudad de este nombre, sino por el marqués, ¿eh?—, y Fernando comenzó de nuevo su labor.

Escribió una novela erótica con el nombre de *La mujer gratuita.* Se publicó y fué un éxito loco. La novela, que produjo escándalo, más aparente que real, sobre todo en aquellos hombres hipócritas y farsantes, de bajos fondos anímicos, de inmundos lodazales de lujuria extraviada, pero de irreprochable conducta aparente, se vendió enormemente, copiosamente.

Se describía en ella una mujer que quiso conocer todas las sensaciones posibles e imposibles de la materia vibrante, y que para conseguirlo agotó todos los medios imaginables y algunos que nadie puede imaginar.

Y de aquí arranca la gran desventura de Fernando. Veréis:

Para que *La mujer gratuita* tuviese *calor de realidad,* fué ensayando, realizando con Carmita lo que imaginaba en la protagonista. Y su mujer, que había engordado, que había sustituído la palidez por el bermellón, fué despertando sensualmente, y a los tres meses de prácticas abominables era un turbión de lujuria desatada. Era un turbión, y era, además, una criatura insaciable. Es curioso el despertar de fuego de ciertas naturalezas, gélidas antes. Bajo la superficie de hielo, tersa y brillante, corren a veces aguas hirvientes. ¡Ay de quien rompa la super-

ficie, que morirá abrasado por las corrientes en ebullición!

Y como Fernando, en realidad, era una naturaleza, en parte, frustrada por precocidades funestas, no pudo resistir los cien grados de temperatura, y sucumbió. Pero el volcán de ella estaba en plena erupción, arrollador, avasallador, desolador, terrible, y exigía nuevas víctimas, que caían entre llamas por una irresistible fuerza de atracción. ¡El imán diabólico, infernal, de ciertos cráteres humanos!

Un día hubo un diálogo, que epilogó la separación entre los cónyuges:

—Cubres mi frente de fango y de lodo, mujer infame, y vas a morir como lo que eres...

—No me importa la muerte. Tú fuiste el demonio que despertó el infierno que latía en lo más profundo de mi ser. Ya no tiene remedio. ¿Yo qué culpa tengo? Yo era una mujer para la que no existían los deseos sexuales. Tú, obligándome a lo que yo no quería ni deseaba, fuiste lanzándome a un mundo no presentido jamás...

—No podrás nunca disculparte de haber deshonrado mi apellido... El tuyo no podías deshonrarlo, porque de sobra lo estaba... Tu madre...

—Eres un canalla miserable. Mi madre es eso: mi madre, y para mí, basta y sobra. Ni puedo discutirla ni tolerar que la ofendan. Tú sabías cómo mi madre se comportaba. ¿No temiste el refrán del palo y de la astilla? No quiero discutir contigo. Te

he dicho que la muerte no me importa, ni me importas tú, que eres un guiñapo humano, un pelele que no puede satisfacerme. ¿Está claro?

Fernando no tenía valor para matar. Ni tenía valor ni sentía la nostalgia ni el deseo de tenerlo. Reconocíase en el fondo culpable del fuego en que ardía la esposa, atormentada e infeliz. ¿No la había obligado él, entre otras cosas, a yacer, en su presencia, con otras y con otros? Hay una justicia, inmanente e implacable, que dicta sus leyes inapelables a los reos.

Optó, pues, por la separación. Y como no había descendencia, el problema quedaba bastante simplificado.

Era el caso de *La adulterada adúltera,* que él había escrito años antes con una clarividencia profética y singular. El caso de las adúlteras falsificadas por el marido, el caso de autosugestión, el caso del marido que comienza apagando la luz, simulando un amante, deshonrándose a sí mismo, paladeando el placer morboso, malsano y nauseabundo de verse autovejado, autoengañado, mientras los diálogos restallantes se mantienen en voz baja sobre un lecho lleno de maldita y perversa lubricidad...

No tenía derecho a quejarse, y sólo le era permitido, en la única posible dignificación, retirarse, avergonzado y maltrecho, de su propia obra...

Dió a luz por entonces, en un año, tres novelas, de éxito definitivo y resonante, de esos éxitos que abruman y avergüenzan más que enorgullecen, por-

que son trozos sangrantes, humeantes, de vida llena de lodo, de vida sellada por las maldiciones de la prevaricación moral, de la traición a la dignidad humana... La primera se llamó *Vidas de abismo;* la segunda, *Entre rameras,* y la tercera, *Fuego maldito.*

La consagración de Fernando Zaldívar como novelista de público, *de venta,* estaba hecha.

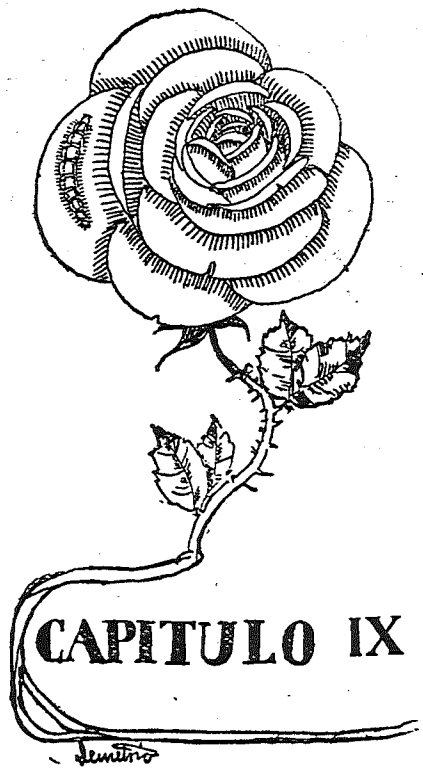
Y así fué cuando nací yo, dos años después. *Rosa de carne* estuvo anunciándose durante más de un año. El público la esperaba impaciente, me esperaba con los brazos abiertos.

Como ve el lector, avanzamos. En cuanto relate, a grandes rasgos, el esquema de mi asunto, de mi ser, comenzaré el objeto de estas páginas, refiriendo parte de mis memorias.

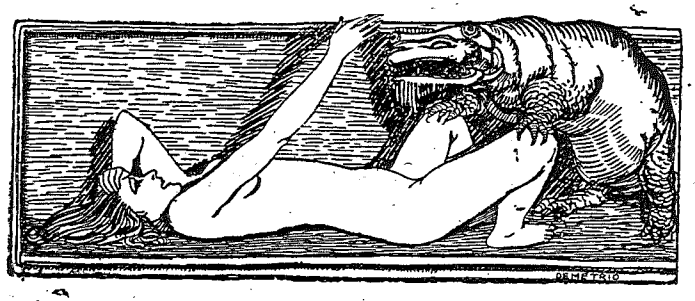
¿Me he producido hasta aquí con pesadez, con lentitud?

Yo creo que no.





CAPITULO IX



IX

Me llamo, pues, *Rosa de carne.* No estaría bien que pasase a referir mis memorias, y más que mis memorias, mis impresiones, sin decir, siquiera brevemente, en resumen, el asunto que me dió la vida. Claro es que, así relatado, no podréis juzgarme bien, pues, en realidad, una novela de cerca de cuatrocientas páginas, no puede extractarse con exactitud en unos cuantos párrafos.

La protagonista de mis páginas se llama Rosa del Castillo, y por ser mujer sólo materia, sólo carne, sólo placer físico, sólo lujuria de los sentidos, Fernando Zaldívar me bautizó *Rosa de carne.*

Rosa vivía en una aldea levantina, que se llamaba "Morablanca", valga la contradicción en cuanto a las moras de carne, pues ya es sabido que morasfrutos, hay negras y blancas. La aldea, la aldehue-

la, mejor dicho—sólo existían unas sesenta casas—, estaba asentada al pie de una montaña grandiosa y abrupta, llena de pinos y matorrales, llamada de *El Gallo,* rica en cuevas profundas, algunas de longitud incalculada y misteriosa, y en toda clase de caza menor. Los habitantes de Morablanca eran, no había para qué decirlo, contrabandistas y cazadores furtivos. La sierra era propiedad del Estado.

Morablanca era un caserío, cuyos habitantes disfrutaban de la felicidad posible. Tenían el pretexto para vivir allí de unas tierras baldías, estériles, que cultivaban las mujeres y los niños. La tierra, a regañadientes, con jadeos y cansancio, daba pan para las personas y cebada para los animales, maíz para el ganado de cerda y frutos escasos para postre de humanos y cerdos. Los hombres, con sus antiguas escopetas de pistón, de las que se cargan por la boca, desde los trece años se adiestraban en el ejercicio cinegético, y, en realidad, se enriquecían con la caza, que proporcionaba, no sólo su carne sabrosa, sino trajes, jamones y yeguas, al vender las piezas en los pueblos cercanos. Y esto, de día. Que durante la noche, la sierra se veía surcada desde el extremo opuesto en que el mar chocaba contra las rocas, hasta la aldea, por caballerías cargadas de tabaco llegado de las costas morunas. Y así, los *morablanqueses* inundaban los alrededores, no sólo de conejos, liebres y perdices, sino también de pastillas de tabaco, ricas y baratas. ¿Podía darse mayor felicidad en la tierra? Cazar, vender tabaco, comer buen pan, beber buen vino y almacenar billetes de Banco... Higiene, emoción, salud, oxígeno, dinero... ¿Hay quien dé más?...

Vivían, pues, felices los buenos vecinos de Morablanca, hasta que un día...

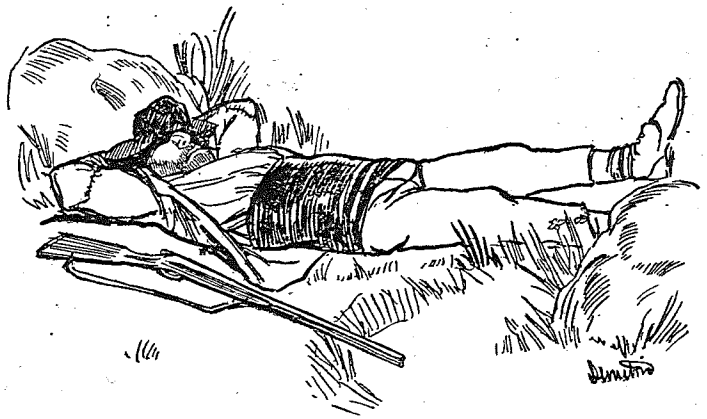
El Estado, celoso de sus intereses, adoptó, casi simultáneamente, dos resoluciones trascendentales... Arrendar la caza, la leña de monte bajo y los pastos, y establecer un puesto de *carabinieri* para perseguir el contrabando...

Y he aquí los beneficios que obtuvo el Estado —*la mano muerta* por excelencia, como le llaman los tratadistas de Derecho administrativo—, con tan importantes recursos, de la sierra de El Gallo: Por el arrendamiento de la caza, los pastos y aprovechamiento de leñas, seiscientas pesetas anuales; en cambio, los pinos fueron descortezados primero, y después fueron lenta y clandestinamente desapareciendo, hechos trozos y carbón.

En cuanto a los perseguidores del contrabando, acabaron en seguida por entenderse con los contrabandistas, obteniendo un tanto por ciento en el negocio...

Rosa del Castillo era hija de un matrimonio de Morablanca. El padre, que se llamaba José, era un hombre que, cuando salía de caza, miraba con amor las sombras propicias y acogedoras en verano, y los *carasoles* prometedores en invierno, amor que culminaba en tenderse cuan largo era y mirar al cielo... Era José un sibarita de la inacción, que si hu-

biese tenido los pies en las espaldas, hubiese caminado horas y horas sin la menor fatiga y sin expeler una gota de húmedo sudor... Era, en fin, José del Castillo un exquisito amador de la pereza, cuyo



Un exquisito amador de la pereza...

mayor placer lo experimentaba tendido, con la escopeta al alcance de la mano, sin dispararla casi nunca. Y cuando—*rara avis*—se hallaba de pie, permanecía rígido, sin jamás agacharse aunque se le cayese el alma o el arma. Como si tuviese huesos verticales en los riñones y en el estómago, jamás sus manos descendieron al suelo, menos cuando se tumbaba.

La mujer de José era la actividad con faldas. Parecía una ardilla, de nerviosa y ligera. Se llamaba Eufrasia, sufría lo que no puede decirse ante la parsimonia del esposo viejo, borracho y jugador.

Además, Eufrasia odiaba a José desde que fueron novios... ¡Noviazgo original!

José unía a las bellas cualidades apuntadas, la de ser un vesánico, un sátiro y un salvaje con las mujeres. Sus energías en reserva, no desgastadas ni ejercitadas en trabajo alguno, se acumulaban en los recovecos del ama y en los órganos sexuales. Además, era un bárbaro, que sólo hallaba placer en violentar, en forzar, en derribar, en tomar por asalto, brutalmente, las fortalezas que se interponían en su camino.

Y así conoció a Eufrasia. Tumbado bajo un pino, la joven—catorce años—tropezó con José. Iba ella a cortar leña, con un hacha recién afilada. José la invitó a sentarse. El la ayudaría. En un santiamén harían el haz. Se apoderó del arma, la escondió al decir que iba a comenzar la tarea, y al volver, sin decir nada, derribó a la joven, la trincó, la sujetó fuertemente... Fué un verdadero crimen. Pero en Morablanca jamás acudían a la justicia, hacia la que sentían un miedo y un odio definitivos y certeros. Cuando en la aldea un hombre mataba a otro, al homicida se le imponía la pena de destierro, y al dar cuenta del hecho al juez del pueblo cabeza de partido, todos declaraban la muerte como un accidente de caza... Y el homicida ya sabía que no podía volver a la aldea en diez, en quince años, en lo que fuera condenado, por una sentencia sin considerandos y sin tinta. Pero el criminal había de llevar consigo a la familia...

En el caso de José, el padre de Eufrasia le impuso un dilema sencillo: el matrimonio o la pena capital. José, perplejo, sin poder ni siquiera sacudir su pereza, se encogió de hombros y dijo:

—Bueno; me casaré...

Y ni dijo ni hizo nada más. Ni se acostó con su mujer ni trabajó. La mujer se encargaba de todo, hasta de cazar conejos a la espera, al atardecer, después de terminar las faenas agrícolas...

No era guapa Eufrasia. Los ojos pequeños, el hocico saliente como el de un hurón; no sentía tampoco inquietudes ni deseos carnales. La vida de incesante trabajo que llevaba no la dejaban otro tiempo que el necesario para descansar por la noche.

De tan singular unión nació Rosa, hija del estupro brutal, de la infame y cobarde violación. No podía existir la menor duda de que *entonces* fué concebida. No hubo otra posibilidad. Era hija de la violencia de un sátiro, porque debo advertir que José había nacido quince años antes que Eufrasia. Hija de la barbarie de un violador, de un indolente, de un degenerado, lo curioso era la belleza singular con que nació, se desarrolló y vivió. Lógicamente, de aquel encuentro debió nacer un monstruo, un fenómeno repulsivo, y salió una belleza completa, perfecta, irreprochable.

Pero desde muy joven comenzó a demostrar, no su crueldad, sino su carencia de todo sentimiento humano. Cruel es quien conscientemente causa dolor, quien se complace en causarlo; pero no aquel



Pelaba vivos a los pollos...

que se haría al margen del sentimiento. ¿A quién se le ocurriría tildar de crueldad a una estatua, a una roca, a un árbol? Rosa del Castillo, nacida hombre, hubiera sido un cirujano excelente.

Pelaba vivos a los pájaros que cogía con cepos, a los pollos o gallinas que iban a ser muertos, para después examinar sus movimientos, su manera *de conducirse* sin el traje natural.

Pero lo que más preocupaba a su madre era la inclinación tenaz que desde los ocho años demostró la chiquilla en reunirse con los chicos, en dominarlos, en hacerles sufrir, en perderse con ellos, uno a uno, por las sinuosidades y espesuras de la sierra. Todos los chicos de la aldea fueron sus novios. A medida que fué creciendo, prefería los chicos de más edad que ella, y cuando contaba ya catorce años, sólo hacía caso a los hombres hechos y derechos.

Rosa era alta, muy alta; las piernas, robustas, firmes, ágiles; el pecho alto, bien constituído; las caderas no muy amplias, como nacidas para montar a caballo; los ojos, zarcos, grandes, un poco adormecidos al mirar fijamente; la boca, grande, enseñando al sonreír los dientes no muy chicos, pero blancos y perfectos; el pelo, negrísimo; la tez, trigueña. La expresión del rostro, con la boca ligeramente entreabierta siempre, era de lascivia, incitadora y procaz; rostro que no inspiraba respeto alguno... Son rostros-retos los que tienen las mujeres como Rosita.

Perezosa, como el padre, no había quien la hiciera trabajar en las faenas del campo. La necia declaración de las cédulas personales femeninas, al hablar del oficio o profesión, estaba realmente justificada en nuestra chica. ¿Conocéis por ventura ofensa mayor a las hembras y declaración pornográfica mayor que escribir que doña Fulana tiene como profesión su sexo? Las cédulas podían decir *su casa, su familia,* lo que fuere; pero nunca *su sexo.*

No hay para qué decir la perturbación que causó en aquella feliz Arcadia la irrupción de ganados ajenos, cazadores y *carabinieri.*

Se habían quedado con la caza unos *señores de Madrid,* una Asociación compuesta por quince o veinte socios.

En cuanto visitaron la sierra y vieron lo que abundaban las perdices y los conejos, decidieron crear la plaza de guarda jurado, medida necesaria, según ellos. Bajaron a la aldea, se informaron por el pedáneo, y éste les recomendó como único candidato lógico a José, el padre de Rosa, que, por su vagancia indómita, bien podía aspirar al cargo. Dicen luego, por los campos españoles, cuando quiérese expresar la máxima inercia de un individuo, que *es más gandul que la chaqueta de un guarda.* ¿Cómo expresar la haraganería de José, siendo guarda, si antes de serlo era con creces más vago que la referida prenda?

Y guarda fué José, con casa nueva, que en un sitio estratégico mandaron construir con piedra y

barro los arrendatarios. ¡Guarda fué José! ¡Cuántos guardianes, en el campo y en la sociedad, son iguales a José del Castillo! ¡Cuántos, encargados de vigilar intereses materiales, roban! ¡Cuántos, encargados de examinar oro, se lo llevan a su casa! ¡Y cuántos, en fin, encomendados a practicar y desarrollar la actividad, se tumban a la bartola!

Perdonad estas filosofías trasnochadas en una novela que, como yo, debe atender a la amenidad, sobre todo...

Una novela, según un ilustre compañero de mi autor, debe reunir tres cualidades esenciales: ambiente, personajes, acción. Es decir, que una novela donde no haya o no se describan bien los personajes, en que no exista *ambiente* y en la que no pase nada, no es una novela... ¡Y cuántas, cuántas, sin embargo, no tienen ninguna de las tres cosas, y como novelas se venden!

El ambiente, mi ambiente, creo haber dicho lo suficiente para que os forméis una idea, por vaga que sea, de él. De los personajes, conocéis a Rosita, a sus padres. Ahora vais a conocer a Enrique Regalado, y lo vais a conocer así, como su apellido: gratis.

Enrique era uno de los socios de la entidad cinegética madrileña. ¿Edad? Veinte años, soltero; pelo rubio, nariz aguileña, color dorado-trigueño, estatura mediana, ojos negros. Señales características: una cicatriz en la mejilla derecha, estigma ori-



... cuando sus ojos miraban...

ginado por un cuchillo que le clavó un compañero de colegio jugando al toro.

Este chico, de familia rica, sobrino del ilustre don Fernando, principal accionista de la caza, se enamoró en seguida de Rosa, la cual, a su vez, correspondió a las palabras del mancebo con hechos palpables, sin dar importancia a lo que para ella no tenía ninguna. Y como él mostrase extrañeza, al no oír lamentos o gemidos más o menos sinceros, y dijese:

—Sé buena y fiel, y no lo perderás. ¿He sido yo el primero, verdad?

Ella, riendo, contestó:

—¡Cualquiera sabe quién ha sido el primero ni quién será el último! Tú me gustas, y quiero que me lleves a Madrid. ¿Me llevarás, mi vida?

—¿Y tus padres? Pero ¿de verdad que yo no he sido...?

Su risa se desgranaba como un chisporroteo ruidoso, al decir:

—¡Yo creí que los señoritos de Madrid eran más *avisaos!* ¡Jesús, Jesús! Pues ahora, más que nunca, quiero ir a la Corte, y si quiero, veo que podré casarme... y pasar... ¡Ay, qué risa! Pero llévame a Madrid, porque si no...—añadió, *poniéndose muy seria*—, porque si no... te voy a dar muchos disgustos, paletito de la Corte...

—Pero ¿y tus padres?

—¡No te preocupes de ellos! Mi padre seguirá de

guarda, y mi madre, quizá yo venga por ella un día, para que me distraiga con su compañía...

Si las mujeres, en general, tienen un extraordinario poder de adaptación, de asimilación mental, espiritual o moral, Rosa del Castillo lo poseía en grado máximo. En cuanto oyó cuatro conversaciones a los señoritos, hablaba como ellos, y bien pronto comprendió que su medio natural era *aquél.* Cuando sus ojos miraban, parecían magnetizar a la víctima, que ya sólo acertaba a obedecer, llorando, suplicando, mintiendo...

En unas cuantas sesiones se apoderó por completo de la voluntad de Enrique Regalado. Aparte del magnetismo de aquellos ojos, Rosa ¡era tan bonita, tan perfecta!

Le dijo a su madre:

—Voy a irme a Madrid, madre. Quiero y debo ser rica... Cuando crea que lo soy suficiente, te llamaré o vendré por ti, pero sólo por ti... *El otro,* que se quede aquí...

Y la madre no dijo nada. No tenía otra hija, adoraba en ella, a pesar de la monstruosidad de su origen; pero la creía sobrenatural, no sabía si del cielo o del infierno, pero desde luego ajena a este mundo y superior a él. Pero no dijo nada. Tenía fe ciega en el destino de su hija.

—Bueno; lo que quieras, sí...

Eran las tres contestaciones que, por variar, también usaba Enrique con Rosa. Pero cuanto más dócil y dominado se presentaba él, más cruel, más *suya*

iba apareciendo ella. Con todos los amigos y *consocios* le puso Rosa *prácticamente* en ridículo, según el no menos ridículo prejuicio.

* * *

Cuando Rosa del Castillo llegó a Madrid tenía diez y seis años. Vino sola, con dinero de Enrique, el cual la esperaba en la estación. Fué un día de mayo, a las diez de una mañana de sol madrileño.

—Pronto—dijo decidida, al bajar—, llévame a casa de una modista. Un traje, unas medias, unos zapatos, un sombrero, un bolso, unos pendientes, una pulsera, unas sortijas...

—Y ¿nada más?—preguntó él, zalamero.

—Claro que sí; algo más: unos billetes de los grandes, cuantos más, mejor, para ir completando el equipo... Quiero aprender a leer, a escribir, a bailar...

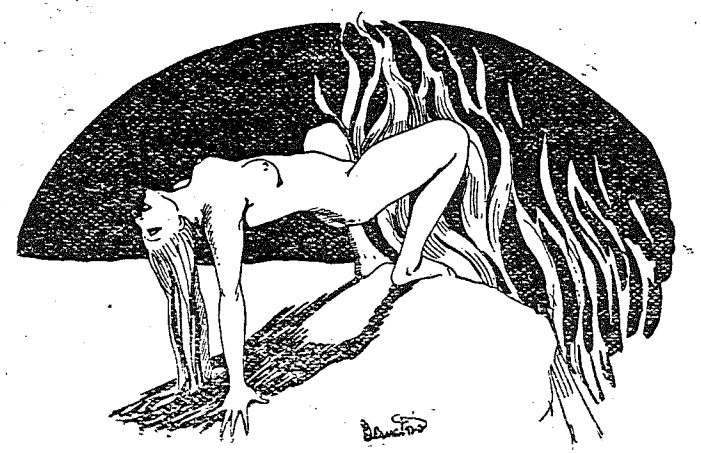
—Y ¿nada más?

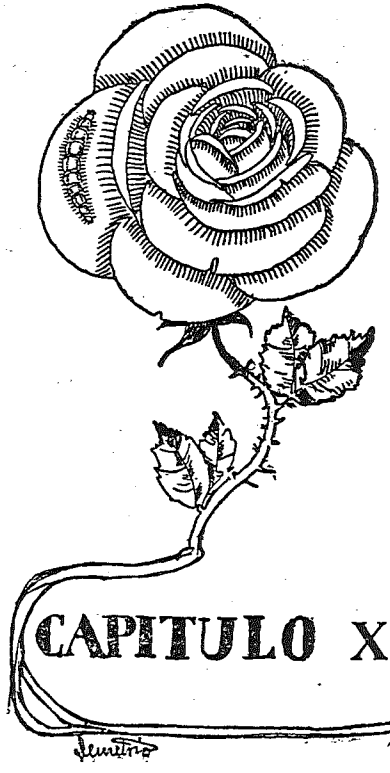
—Por ahora, está bien...

—Pues vamos a casa, a ver si te gusta tu casita... Allí te lo llevarán todo. Dos criadas aguardan órdenes...

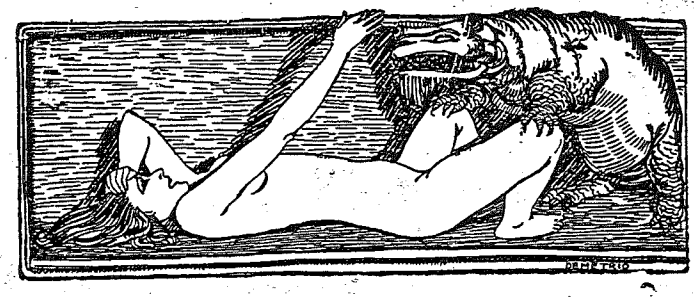
—¿Ah, sí? Pues hoy mismo se irán... O, mejor dicho, adelántate tú, y cuando llegue yo, que no estén, so *pánfilo*... ¿Tú crees que voy a tolerar que me vean llegar así, con el pelo de la dehesa? Ni en

la casa entraré... No, no te vayas, y obedece... Vamos primero a una tienda de esas que venden de todo... Luego, casa de la modista, y después de comprar cuanto dije, a casa...





CAPITULO X



X

Cuánto siento tener que *autoquintaesenciarme!* ¡Cuánto lamento no poder *transcribirme* íntegra, de la cruz a la fecha! Pero eso, después de todo, no tendría gracia. Sería algo así como una nueva edición de mí misma, y ya se encargará de ello Fernando Zaldívar cuando sea menester. Y si mi entrega íntegra en estas páginas no implicase resta en *el volumen,* éste llegaría a ser verdaderamente *polisárcico.*

Sin embargo, la consideración de que *aún no* he entrado en materia, de que no he comenzado todavía a justificar el título de *Historia de un libro* o *Memorias de una novela,* explican la condensación de mi *yo. De este capítulo*—¡que es el décimo, y Dios quiera que *nos toque!*—no pasa de que termine el *extracto de carne* y deje vía libre para el relato de algo de lo que he *visto* y *oído.*

Rosa del Castillo—*Rosa de carne*—era al año de estar en Madrid una señorita *entretenida* de altos vuelos, que admiraba a Pío Baroja y hasta leía los artículos de *Azorín*. Su librero la *surtía* bien, desde las obras filosóficas hasta las novelas más *avanzadas*. Bailaba mejor que nadan los cisnes, y por su aspecto de indolencia, de lujurioso cansancio; por su mirada *intencionadamente distraída*, parecía el finiquito de una raza aristocrática, de una gran familia *que está de vuelta de los siglos*..

Continuaba siendo la exclusiva de Enriquito, y como ella viese que el galán estaba cansado y a punto de volar, ideó un plan verdaderamente *bestial* —como dirían los *Enriquitos*—, de gran riesgo y, por lo mismo, de gran cosecha. Ya sabemos que el rendimiento siempre corre parejas con el riesgo. Lo difícil está en buscar un contacto entre dos corrientes paralelas, sin que dejen de ser paralelas. Es un problema geométrico, que no pueden resolver los geómetras, sino los poetas, los novelistas, los valientes o los héroes.

Rosa se dijo, ya que desde el primer momento de estar *en su ambiente* sabía monologar a maravilla:

"Enrique se va a ir, y si se va, he aquí el comienzo de la pendiente, de la cuesta rápida que generalmente descienden las mujeres que, sin ser grandes artistas, sólo se apoyan en su carne o en su sexo para vivir... ¡Vivir! Yo no me contento con *vivir*. ¡Cosa estúpida eso de vivir y sólo vivir! Vivir, así a secas, es sinónimo de *ir tirando*. Para vivir a secas es preferible morir. Es preciso, pues, triunfar, atesorar, derrochar y guardar a un tiempo: que el chorro de la abundancia sea tan rico, tan generoso, tan caudaloso, que podamos beber sin cesar, tirar el líquido por doquier y llenar todos los recipientes, los que haya hoy y otros enormes que se fabriquen después... Y Enrique *se va*... Veo que se va, si lo dejo... Pero yo he decidido que no se vaya, y para eso lo mismo de inútiles resultan los gestos agrios que los arrumacos; lo mismo de fatales y estériles son las caricias que los desprecios... Cuando el hastío llega sólo valen remedios sobrehumanos, remedios heroicos, remedios nada vulgares...

"Yo no quiero que se vaya Enrique. ¿Está claro? Pues Enrique no se irá..., no podrá irse... Ha de vivir *en mí*, junto a mí o de mi recuerdo... ¡Peor para él si es esto último! A mí me es igual. A mí lo único que no me es indiferente sería seguir así un mes, dos, tres meses, y la huída de él, y la caída mía, el descenso en la breve carrera... Enrique es rico, además de joven. Si sólo fuese joven sería cosa de abandonarle a su destino por mutua conveniencia. En ese caso, él, para mí, sólo habría sido el peldaño indispensable para llegar a Madrid. Ya me habría yo encargado de seguir el ascenso de todos los peldaños hasta el piso *principal*. Ni más arriba, que es pobreza, ni más abajo, que es miseria: en el *principal*, yo sólo puedo vivir en el piso principal del *baúl-mundo*.

"Pero Enrique es rico, además de joven, y no debe

irse, no puede irse... ¡Qué *borrón* para una mujer dominadora, que su primer amor oficial se le vaya sin que sea ella la que lo sustituya! Lo dicho: sería el *descenso,* camino del hospital.

"Así, pues, Enrique no puede irse... Y no se irá... No... Pero... Sí; eso es..., eso es... Nada de comedias, sino de veras, de verdad... Y yo, que no tengo corazón, que sé que no tengo corazón, que me alegra saber que no tengo corazón... Pues ya está: me pego un tiro en el corazón... Y no pasará nada, claro. Y si pasa, pues mejor; que llegué entonces al límite máximo: dejo de ser la querida de Enrique para ser la querida del Señor... Y digo esto, no por irreverencia, sino porque como yo no puedo ni debo ser monja, o sea esposa del Señor, puedo, digo yo, ser su querida, honoraria al menos, o sea *a medias.* ¿O no me explico? Yo creo que puedo ser la querida del Señor, sin que esto quiera decir que el Señor es mi querido... Eso es: ahora está claro... ¿A que voy a resultar más difusa que un presidente de la Lengua?

"Será preciso, pues, para mi plan, anunciarle oportunamente en dos o tres ocasiones que si yo supiera que no me amaba—me gusta más decir *amar* que *querer*—, me suicidaría... Y un día, con cualquier pretexto, le haré una escena, y a su presencia y con su misma pistola, me pegaré un tiro en el pecho... Puedo morir, y ya digo: no me importa. Pero si no muero, como un *ave fénix* resurgiré de las cenizas del hastío de Enrique, y seré su dueña absoluta:

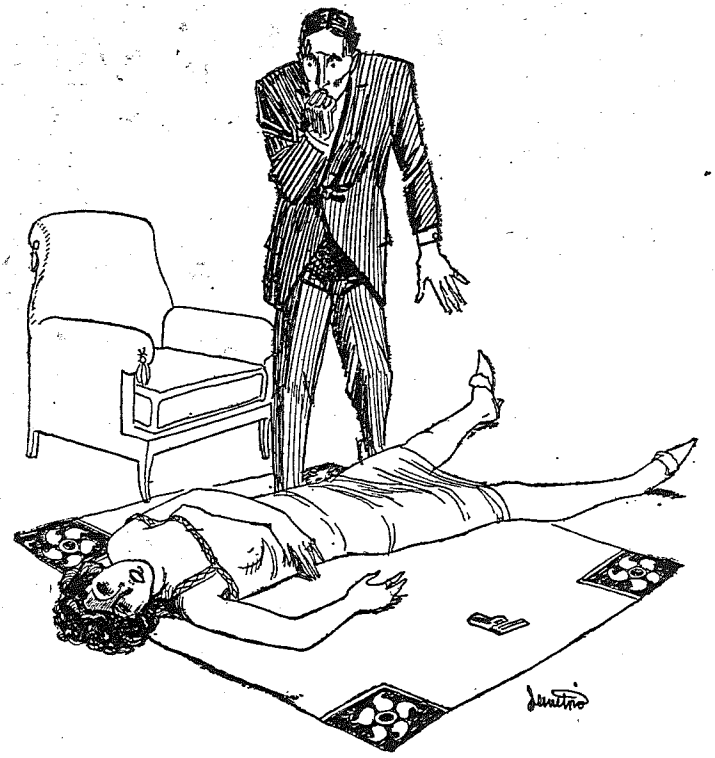
será él mi muñeco, mi juguete, mi *cosa*... No me casaré con él, por supuesto, porque yo no he nacido para esclava, sino para tirana, y en el mismo acto sagrado perdería las prerrogativas conquistadas por mí... El único antídoto contra la dominación femenina es el matrimonio, no lo que creen tantas pobrecitas...

"Mi triunfo va a ser, si acierto, no ya definitivo, sino abrumador... ¿Quién va a poner en duda *mi cariño,* mi gran pasión? Con lo idiotas e impresionables que son los hombres... "¡Se quiso matar por mí!" "¡Se pegó un tiro por *él!*" Cualquiera va a adivinar en esto la gran jugada de una gran calculadora de la vida, de una que en el juego del vivir anodino, juega *fuerte,* lo arriesga todo, esperando el pleno, aspirando sólo al pleno, con desprecio de los *adornos—calles, tresillos, caballos*—y hasta de los *laterales*... Me ha gustado la ruleta desde que tuve la fortuna de verla... Fué en Monte Carlo, después de Niza... Perdí mucho, pero tuve la *fortuna* de conocer a la gran diablesa... Bueno; yo no perdí nada... Enrique liquidó allí sus pinares conquenses...

"De modo que ya sé: el tirito, y a Roma por todo. Pero, repito: el tirito de verdad, a todo riesgo... ¡Qué lástima que de los seguros de vida esté excluído durante algunos años el suicidio! Era una magnífica ocasión para, si moría, dejar asegurado el bienestar de mi madre, no porque en realidad me importe esa pobre campesina, sino para que se acordase de mí... A veces pienso que las personas sen-

sibles, asequibles a todos los afectos, son más felices que yo... ¡Quién sabe! Los seres *buenos*—débiles porque se dejan llevar de la emoción, del dolor, del placer, de la alegría, en vez de ser ellos los propulsores de estas cosas, los *irradiadores* de todo esto, como me ocurre a mí—pasan, según parece, muy pocos ratos tranquilos. En el fondo, bondad e inquietud son dos palabras sinónimas... No es que deba una ser mala o ser buena, en primer lugar porque cada cual es como es, independientemente de nuestra voluntad, y en segundo término, porque el ideal es no ser bueno ni malo, no alegrarse ni entristecerse ante el bien ajeno, y convertirse una en *motor* creador de pasiones y sentimientos; pero con un perfecto *aislador* y con un *transformador* para nosotros... Que los demás vayan y vengan, griten y lloren, rían y se alegren por nosotros; pero estando nosotros al margen de las corrientes humanas, *galvánicas* o mortales... Yo no sé lo que es el llanto... Dicen que el arma principal para las mujeres es ésa: el llanto. Yo no sé lo que es eso. Si algunas lágrimas han inundado mis pupilas fueron de rabia o de ira... ¿Por qué soy así? No me importa, y sólo sé que estoy contenta de ser como soy... No temo al dolor y lo soporto físicamente muy bien, cara a cara. Dolores morales, para mí claro que no existen... Ambición fría, sí; pero sin vehemencia, con un estoicismo que los filósofos envidiarían...

"¿Que no tengo corazón? ¡Bah! ¿Para qué sirve el emblema de esa piltrafa? Las personas de gran



Y la tragedia se impuso con su realidad de plomo.

corazón, *todo corazón,* juran dar la vida por el ser amado, y nunca, casi nunca la dan. El corazón, en el momento supremo, se encoge, acelera sus latidos, tanto más veloces cuanto más débiles... Y yo, sí; yo voy quizá a dar la vida por un hombre, que quizá tampoco tiene corazón... Yo, mujer sin *víscera noble,* voy a suicidarme *por amor.* Es curioso, ¿verdad? Por supuesto, yo siempre he pasado por ser una muchacha *todo corazón*... ¡Y bien lo voy a *demostrar!*

"¡El corazón! Por lo pronto, comienza dando este señor corazón el gran timo: los cardíacos suelen vivir mucho tiempo. Casi todas las lesiones de corazón *se compensan.* Es decir, que el corazón es tan gran embustero que miente hasta en sus propias dolencias. El corazón es el principal nido de la cobardía. Los valientes, los verdaderamente valientes, como yo, no tienen corazón. Decir que un hombre tiene *un gran corazón* porque *aguanta,* porque es muy hombre, es una solemne estupidez. No hablo de los pobres cardíacos u hombres de corazón que quieren ser valientes, y van al peligro lívidos, *tragándose el paquete,* o sea tragándose la propia víscera. El corazón, como gran receptor emocional, es la letrina del miedo. El corazón en seguida se asusta y echa a correr... Si se alegra, corre, y si llora, corre... El corazón todo lo arregla a carrera abierta, como lo que es: como un cobarde... Los hombres buenos, esos que son capaces de abrazar a su mayor enemigo en un momento dado, porque se le

ha muerto la mujer o porque los ha perniquebrado un camión, son eso: hombres *de corazón.* No servirían ni para gobernantes ni para guerreros. El corazón es la rémora de la Humanidad. No hay que gritar *¡Sursum corda!,* sino al revés: ¡Abajo los corazones! ¡Muera el corazón!

"¡El corazón! Es el suburbio de los sufrimientos, la alcantarilla de los necios remordimientos, el Albañal de las estúpidas preocupaciones... ¡Ah, si se pudiera vivir sin corazón! El mundo sería perfecto, cómodo, útil, lo que no es ni lo será nunca por culpa de *él*..."

* * *

Y un día, en el gabinete próximo a la alcoba de Rosa sonó un disparo...

A presencia de Enrique, y tras decir: *No me quieres, y sin ti no quiero vivir*... Y la tragedia se impuso con su realidad de plomo.

El pobre Enrique, consternado, no sabía qué pensar. Por fin, fué al teléfono y avisó a la Casa de Socorro. Y Rosa fué trasladada al Hospital.

Los días transcurrían lentos, como si cada minuto estuviese preñado de horas... Rosa, luchando con la muerte, se debatía en la estrecha cama.

Enrique, poco a poco iba estando *orgulloso.* Los amigos le felicitaban. Las mujeres le miraban con malsana curiosidad. Los periódicos hablaban de él, sin señalarlo con su nombre, pero aludiéndole bien

directamente... No todos tienen un suicidio en su haber, o, por lo menos, un intento de suicidio tan grave. Rosa se había disparado al corazón, y por milagro el proyectil se había desviado un *milímetro*... Aun así, los médicos aseguraban la imposibilidad de salvación...

Lo que declaró Rosa al juez fué: Que creyendo que su novio ya no la quería, y a pesar de no tener que formular cargos concretos contra él, había decidido morir...

Los periódicos, que en el primer día del *suceso*, a tres columnas, hablaban del *Suicidio por amor, Aun existe el amor* y demás clichés reporteriles, seguían ocupándose a diario de Rosa, y tejiendo la maraña anecdótica de casi todas las novelas de la vida...

Y el orgullo de Enrique iba engrosando... Y a medida que este triste orgullo crecía, notaba que quería a Rosa como nunca, como no creía—pensaba el infeliz—que la quería...

Los días pasaban y Rosa no moría... Hasta que una mañana los médicos, muy pensativos por su error, declararon que quizá no muriera...

Aquella noche, Rosa tuvo una fiebre altísima. Volvieron los doctores a mostrarse pesimistas, y a la mañana siguiente, la enferma entraba en una mejoría franca, decidida, enérgica...

Rosa había triunfado *en toda la línea*..., o mejor dicho, en el *pleno*. Le había tocado un premio superior al *gordo* de Navidad, porque Enrique tenía más

de veinte millones de pesetas; por lo menos, en cuanto muriesen unos *tíos*...

* * *

Cuando Rosa entró de nuevo en *su casa* respiraba satisfecha, a pesar de que el aire parecía faltarle... Estas paradojas son muy frecuentes en la vida. Apoyada en el hombro del hombre, de *su* Enrique —nunca mejor hallado el pronombre posesivo—, Rosa entornaba los ojos, reasumiendo el drama que tan resonante éxito había tenido. Dolor físico no lo había sentido. El disparo le había hecho la impresión—creía ella recordar—de algo caliente, muy caliente, que la empujase hacia atrás, hasta hacerla caer en el lecho... Después, nada. El cerebro, que iba alejándose, alejándose, como si los recuerdos y la consciencia fuesen cayendo blandamente en el lecho sin fin del vacío... Nada. De los vómitos de sangre, de aquellos terribles ataques de hemoptisis que los periódicos se complacían en *narrar*, ella no recordaba nada. Después, la fiebre no la dejó tampoco darse cuenta, y a los ocho días despertó en aquella camita blanca de la sala de pago del Hospital...

Luego, las monjas, que veían la lividez de Enrique, que llevaba impresas en la cara las preocupaciones de su espíritu atormentado, solían decir a Rosa:

—¿Por qué hizo esa locura? ¿No ve cómo su no-

vio la quiere y la cuida y sufre más que usted? ¿Está arrepentida *de corazón?*

¡Siempre el corazón en los labios! ¡Siempre el corazón como cimbel de los prejuicios, de las hipocresías, de los fariseísmos! ¿Sería cosa de *creer* en el corazón? Pero ella sabía que no, que las palabras, por arraigadas que estén en el lenguaje, no crean, no pueden crear lo inexistente...

Y respondía a las monjitas enfermeras:

—Sí; me pesa, madre, y estoy arrepentida de verdad, de... *eso.*

Lo que sí recordaba, como cosa lejana, era el acoso romántico de un alumno interno del Hospital, que se le declaró una noche, casi tartamudeando por la emoción:

—Mi sueño—decía el futuro Hipócrates y actual hipócrita—ha sido una mujer como usted, capaz de morir por amor... Señorita, yo estoy enamorado de usted...

Y blandiendo la jeringuilla, le administró una inyección de aceite alcanforado. Luego prosiguió:

—Sí, Rosa; estoy loco por usted, y *el otro,* ese hombre torvo y vulgar que viene a verla, no es digno de usted... Si usted me quisiera un poquitín..., yo daría mi vida por usted. Hablo con el corazón...

El estudiante era seco, desmirriado, con esa *esbeltez* esquelética que admiran las mujeres enfermas y decadentes. Rosa lo comparaba con Enrique, y sonreía. Y él continuaba:

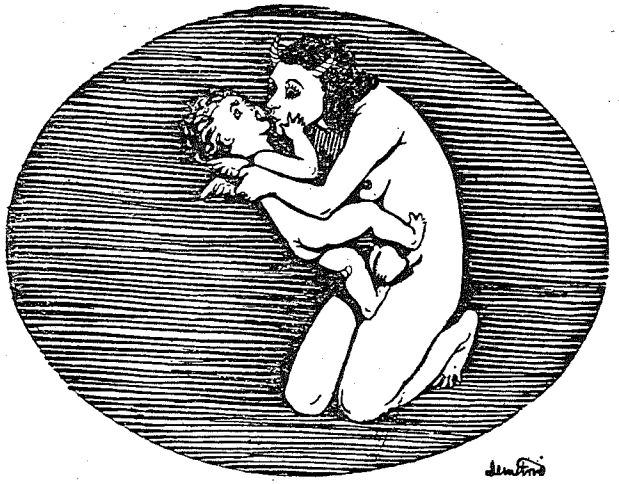
—Mis sueños de gloria, mi porvenir, lo pongo a sus pies, Rosa...

—Por ahora, déjelos en los pies... de la cama. Y déjeme a mí. Se lo suplico...

¡A ella hablarle de sueños de gloria y de porvenir, cuando acababa de *incrustarse*—esta era la palabra—en la vida de un hombre joven, guapo y rico, que iba a ser millonario!... "A incrustarse" con más fuerza que las leyes, con más eficacia que las escrituras públicas, dignas hermanas de las *públicas* mujeres... Era para reirse, a pesar de la inmovilidad a que se veía forzada... ¡Pobre estudiante, taimado y *empollón,* que quería presentar a sus amigos y compañeros de clase la conquista de la señorita *romántica* en el propio lecho del dolor!...

... Pero un día, ya en franca convalecencia, Rosa sintió bullir, no su corazón, sino el inapelable arponazo del sexo... Esta había sido su única necesidad imperiosa desde chiquilla. Cuando se presentaba el deseo como un lobo hambriento, Rosa sentía como un latir de sus entrañas, como un cosquilleo eléctrico que hacía rebotar de una sima a otra de la lujuría todo el haz vivo de su sistema nervioso... Y había entonces de entregarse al primer pasajero, y hasta ella misma se sentía violadora, tomando a veces ofensivas sangrientas... Y nunca olvidaría aquella tarde septembrina, en la cima de su sierra nativa, cuando ella, acometida por la fiera, oteaba en el purísimo horizonte, mientras una lluvia fina, apenas perceptible, envolvía el aire de más lujuriosa

fragancia, con el olor a tierra mojada... Rosa tenía entonces quince años... Sentada en el más alto peñasco, bajo un pino centenario que susurraba su canción milenaria, en la más alta cumbre, la endiablada muchacha sentíase acometida por el enemigo de ojos de turquesa... Y acertó a pasar por allí Toñín, un chiquillo blanco como la lana de los albos



corderos pascuales, inocente como una paloma virginal... La serenidad de la tarde—lo recordaba bien Rosa ahora, entre la comodidad laxa de su vida burguesa—era apocalíptica... Los valles, los barrancos, que se abismaban en un vértigo de varios kilómetros, tenían la solemnidad trágicorreligiosa del juicio final, presentido en las calmas profundas de

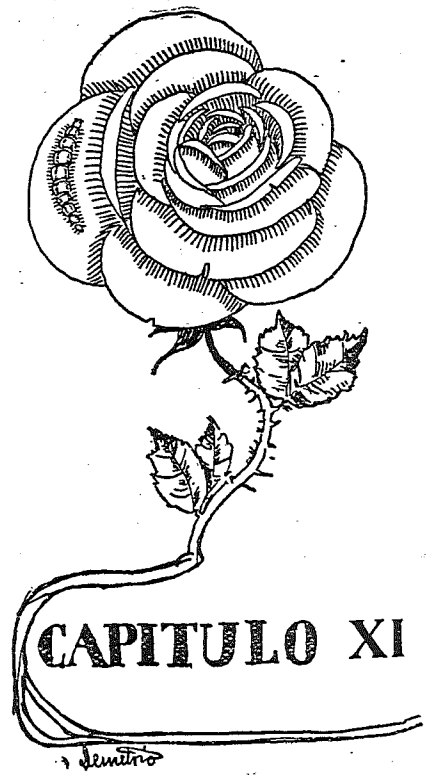
la Naturaleza... Parecía que iba a surgir Moisés blandiendo sus Doce Tablas raciales, o que la trompeta de la Eternidad Absoluta iba a dejar oír sus alaridos grandiosos... Y Rosa, en ese marco, con esa decoración indescriptible, violó a Toñín... El chico se resistía, arreboladas sus mejillas; pero su naturaleza, hostigada, hipnotizada por la niña perversa, despertó... Rosa no satisfacía su sed con aquellas puras e inmaculadas comuniones, que eran como cópulas colombófilas, como contactos de pajaritas de las nieves, y quiso ahondar, proseguir... Toñín quería huír, aterrado. Y ella, abrazada al cuello del chiquillo, no abrió la cárcel hasta que el pobre era un guiñapo con rosas de sangre...

... Y así, aquella noche del Hospital sintió latir fuertemente *el corazón* del lobo blanco... El alumno interno comenzó, con la jeringuilla en la mano, su monótona canción... Y ella, con la diestra febril, aprisionó la del estudiante... Lo demás ocurrió, entre el sopor de los demás enfermos, en la penumbra imponente de aquella sala de dolor... Y mientras, instantes después, el joven atribuía la aventura a un amor elaborado a través de sus prédicas balbucientes, ella sentía las náuseas fatales que dejaba la fiera tras sus embestidas implacables...

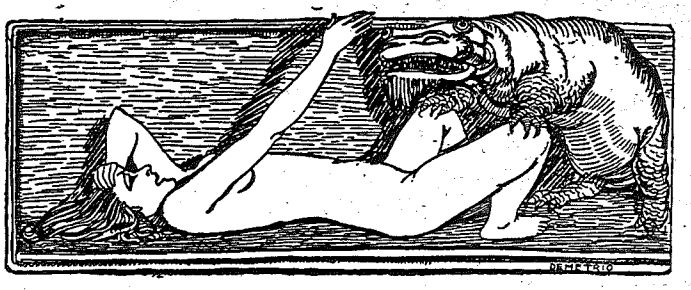
Al día siguiente, el estudiante quiso ratificar su agradecimiento... Y recibió una bofetada rotunda de la enferma, que, indignada, no parecía *recordar*... Hasta el propio estudiante vaciló, dudó de la realidad...

Sonreía, respiraba satisfecha, a pesar de no respirar bien, Rosa del Castillo al entrar, en este segundo ciclo de su vida triunfante, en *su* casa...





CAPITULO XI



XI

¡No cumplí mi palabra! Pero demostraré que soy buen pagador, y que si tardo un poco en satisfacer lo prometido, sé pagar, no ya intereses de demora, a veces justos, sino sumas importantes como indemnización de perjuicios... Ya sé que hay quien, por ser cornudo o mal nacido, o prostituta más o menos encubierta, quiere que le den dinero encima... ¡Hay seres para los que la palabra *encima* es la más voluptuosa del diccionario! Pero no me refería yo a las indemnizaciones que piden cuantos, por no tener honor, quieren cotizar uno imaginario, el que quizá tuvieron un día lejano... Hablaba de que, si aún no terminé *la esencia de rosa,* haré merced al lector de otros capítulos amenos... ¿No es la distracción, la amenidad, la que más debe buscarse y lo que más se cotiza en la literatura novelesca, pese a cuantos camellos prego-

nan lo contrario, añorando la fuga de la esposa? El lector que quiere especializarse en los misterios de la química, por ejemplo, no lee a Cervantes. Faltan, sí, novelistas científicos; pero aunque lamentemos su ausencia, es asunto que no incumbe a los novelistas *de la vida.* Si un escritor pretende hacer en una obra soporífera, machacona e imbécil, la novela del castillo del Asta, o la de Carlos II, o la de Felipe V, como otros han hecho la de Felipe II, merecerá el aplauso de los críticos sesudos—que son los que carecen de seso—y el asentimiento de cabeza de media docena de hombres serios—los más jocosos—y de otra media de ciudadanos representativos—que son los que no podrían representar ni el papel de criado silente en la comedia de la vida—. Pero esa novela obtendría a la vez, simultáneamente, automáticamente, el desprecio y la indiferencia del público, único crítico de los artistas. Los que aparentan despreciar al público, en vista de que éste no les hace caso, ¿para qué imprimen sus obras, para qué hacen gemir a las prensas, si con mecanografiar media docena de copias verían satisfechos sus pujos de selección? Son tan necios y tan vanidosos los que así proceden, que al despreciar al público de hoy, apelan al público de mañana, que es *la posteridad.* Pero todo escritor que publica libros o escribe para periódicos y revistas, si sólo busca el fallo tardío de las generaciones futuras, se ahorrará tiempo y dinero enviando su original a un museo o a un archivo, y allí la magna obra podrá tranqui-



Rosa triunfó...

lamente dormir hasta que el público futuro entone el "¡Eureka!" ansiado por los huesos mondos del autor pretérito.

Pero como estas disquisiciones, en medio de mis informalidades, resultan inaguantables — que diría algún *señor* de ambos sexos—, intentaré condensar en unos párrafos el final de Rosa del Castillo, para entrar en el relato, también fugaz y breve, de algo de lo que yo he visto, de lo que he oído, de lo que sé, como libro que ha pasado por muchas manos...

Rosa triunfó, con arreglo a su plan. Pero le faltaba, siendo ella libre, la cadena con la que enroscar férreamente el cuello de Enrique Regalado. Un reconocimiento científico dió a la serrana el convencimiento de que *jamás* podría tener hijos. Si Rosa era hija de un acto monstruoso, la Naturaleza habíala hecho híbrida, como si fuese producto de dos razas diversas. El museo de perversiones, con grandes galerías laberínticas, que atesoraba Rosa en las profundidades de su piso *interior,* no podía tener el máximo: la reproducción de un fenómeno anímico tan singular.

Pero ¿era preciso tener un hijo? Pues Rosa lo tendría, a pesar del fallo de los seguidores de Galeno—y no aludo a su esposa, la *galena,* tan en boga a la hora de ahora—. Rosa marchó a Francia, visitó Lourdes, como último tribunal para pedir fecundación... En una noche tranquila, clara, diáfana, entró Rosa en la gran ciudad católica, tan llena de bellos parajes, con centenares de grutas y con

centenares de gentes beatas, que olían *a agrio,* a rebaño que buscaba el cayado del pastor. No en balde la religión pinta a Jesús como un gran conductor de ovejas, más o menos descarriadas...

Lo primero que quiso hacer la hija del guarda fué bañarse... Estaba, ¿cómo no?, en el mejor hotel, y el cuarto de aseo era un mito tan irreal como el mito religioso que reunía a los peregrinos, a los congregantes y a los curiosos—que si lo eran de verdad tenían que salir de allí más que aprisa, o fingirse accidentados y pedir baño en la sagrada piscina—. Ya se lo dijo una dama enlutada y alta, como una aparición tétrica, que hacía las veces de conserje de aquella hospedería pretenciosa y cristiana:

—Aquí la gente viene a lavar el alma, o en última instancia contra los desahucios de los caseros de la ciencia... ¿Lavar el cuerpo, como no sea leprado, en la santa piscina? Sería contrario al dogma... Aquí pida cera, estampitas, rosarios, virgencitas de barro, chucherías místicas... Si quiere explayar la vista y el ánimo contra la opresora visión de los moribundos, de los paralíticos, de los atacados por mil dolencias incurables, suba en el funicular al Pico de Jer...

—Ese pico lo conozco yo de sobra...

—Entonces a la señorita no le queda más que un recurso...

—Largarme con viento fresco...

—Con el viento que dé el tiempo; pero irse. ¿Manda más la señora?

—Sí. Veo que las ventanas o los balconcillos con pretensiones de balcón no tienen cierre contra la luz. Porque este tul blanco no pretenderá dejar a oscuras, frente a la claridad del día, la estancia...

—Aquí se viene a madrugar, señora. Con los primeros destellos del alba, los devotos (que a lo mejor vienen de tierras más que lejanas) comienzan a desfilar; las congregaciones elevan a grito pelado sus endechas hacia lo alto, mientras los vendedores ambulantes (medallas, escapularios, estampas, velas, libritos con la leyenda, etc., etc.) pregonan sus mercancías con un tesón digno de loa... ¿Ve usted si habrá peregrinos y turistas? Pues para cada visitante de esta famosa ciudad hay doscientos vendedores, que en la lucha comercial, ventilada a voces, buscan el cliente devoto... ¿Manda algo más la señora?

—Sí. Que me diga a qué hora sale el primer tren...

* * *

... Y, sin embargo, el milagro se hizo en Lourdes para Rosa. ¡En Lourdes! Ningún paraje más bello. Ninguna tierra más simpática. Ninguna leyenda religiosa más henchida de poesía. ¡Pero cuántos explotando vilmente, groseramente, la ilusión y la fe religiosas! ¡Cuántos cerdos hollando el sagrado recinto! ¡Cuántos mercaderes en el templo! ¡Cuánta inmoralidad, cuánto abuso, cuánto fango bajo la rosada fe de las almas maltrechas y de los cuerpos malheridos!

En Lourdes se hizo el milagro del hijo... Antes de postrarse bajo la Virgen de la gruta, Rosa quiso hacerse la ilusión de que su alma podía lavarse, al igual que otros órganos, con una irrigación espiritual. Y en la misma iglesia de la leyenda se postró tras la rejilla sagrada—cánula del alma—, y desgranó al oído de un fraile de luengas barbas y aún más luenga historia, parte de sus pecados, con la lista fresca de los siete capitales. Y al final confesó sus inquietudes, sus anhelos de un hijo, sin ocultar su pensamiento material y grosero al pretender una prolongación de sus abrasadas entrañas. El padre la atajó:

—Piensa durante el día y durante la próxima noche si realmente quieres un hijo para tus designios civiles. Y si persistes en el propósito, ven mañana a esta misma hora y confiésate de nuevo...

El fraile se mesaba las barbas, como si meditase muy honda, muy profundamente. Ella interpretó mal los vocablos del padre. Y dijo la pecadora incorregible:

—¿Tiene usted algunos polvos milagrosos? ¡Qué alegría! Yo seré su esclava, y en mi tierra podrá arrojar la anhelada semilla...

El confesor la interrumpió:

—¿Qué dices, desgraciada? Sin perjuicio de que

la caridad me incite a satisfacer tus deseos, que a eso y otras cosas peores estamos obligados los siervos de Cristo (¡hasta a convertirnos en furiosos demonios que azotan y violan a las vírgenes locas!), no has comprendido mis palabras. Yo podré yacer, si me place tu presencia, en un jergón para castigar tu soberbia deshonesta, inmunizándote contra la lujuria para un rato largo; pero eso será, si ha de ser, después *del hijo,* de tu verbo, que se hará carne, y no de tu carne, grandísima... pecadora. Reza cien salves y quinientos credos.

No comprendió Rosa, y con un "Hasta mañana" salió del recinto bendito hacia la gruta del milagro.

* * *

Y fué. *Fiat lux.* Rosa tuvo un hijo en unas horas. Un hijo que bien podía ser suyo, puesto que acababa de nacer y sólo el confesor sabía quién era su santa madre. En cuanto al padre, el buen fraile hacíase la ilusión de que era suyo.

En las afueras de la ciudad recibió, de manos del padre, la pecadora, el delicado envoltorio, que contenía un niño rosado, con unos ojos azules que parecían saber ya de muchos paisajes.

—Tiene tres días. Llegaste a tiempo. ¡Quién sabe si has hecho, pretendiendo una obra mala por sus intenciones, una buena acción por sus resultados! Este ángel te debe la vida... Vete mañana en el primer tren. Esta noche recibirás mi visita. Advierte a la regenta que recibirás a un padre espiritual... Y procuraré ser lo menos espiritual que pueda. Me gustas, me places... y quiera Dios que pueda transmitirte esta complacencia. Hasta luego...

—¿Quién es la verdadera madre?

—Nada puedo decirte. Pero Dios sabe que si esta criatura puede llamarse, con arreglo a las palabras idiotas, sacrílego, podría ser llamado con propiedad *el hijo místico,* el hijo religioso, hijo de la religión... Bástete saber que su madre lo es doblemente, y que este ángel puede ser un nuevo Mesías, porque es hijo de Dios...

Rosa parecía hacerse un lío con aquellas palabras hereticoteológicas, y no comprendía bien, aunque débilmente colegía el divino origen del ángel rubio, ya su hijo.

Aquella noche, mientras esperaba al barbudo fraile, Rosa escribía:

"Mi queridísimo Enrique del alma: No he querido comunicarte la gratísima nueva hasta hacerlo desde Lourdes, por un voto previo que había de cumplir. ¡Voy a ser madre pronto! ¡Un hijo tuyo, Enrique! ¡Un hijo nuestro! ¿Comprendes mi alegría de delirio? Pero—he de cumplir el voto en todas sus partes—tú no has de verlo hasta dentro de unos meses. Yo no quiero ni pretendo que te cases conmigo. ¡Eso, nunca! Tú eres libre para buscarte compañera legítima. Sólo quiero que reconozcas a este hijo *natural.* Esto es natural, y yo nunca me salí de la naturalidad de las cosas. ¡Venga un abrazo, grandísi-



—¡Calla, calla y hablaré lo que tú quieras!...

mo Enrique! ¡Un hijo tuyo! ¡Un hijo nuestro! Estoy loca, soy feliz...

"Desde la santa ciudad te llega la buena nueva. Primera condición de la sagrada promesa, del pacto santo que hice con Jesús. Toma otro abrazo, y mil besos, y mil bocados chiquitines, y mil puñaladas con el rojo estilete que tanto te hiere y te hace desfallecer. Tuya, tuya, tuya.—*Rosa.*

"¡Ah! Se me olvidaba decirte..."

Llamaron a la puerta.

—¡Pase, padre Fabián!

Llegaba el fraile, con los ojos bajos, con las manos embutidas en las amplias mangas del sayal. Rosa sintió al verle un impulso, justiciero a la vez que satánico, de insultar a aquel bergante, al que tanto debía, sin embargo. Le escupió a la cara, mientras la boca seguía escupiendo:

—¡Miserable! ¡Fariseo! ¡Réprobo! Has de confesarte conmigo, si no quieres que mi boca se convierta en el pregón eterno de tu vergonzosa conducta... Seré tuya tan sólo si de confesor perjuro te conviertes en penitente trémulo que confiesa sus culpas... ¡Habla, o grito, o rompo mis venas vociferando quién eres!...

Estaba roja, apoplética, la triunfadora aventurera de la vida. Había ido subiendo el diapasón de su voz, que de susurro era ya trueno de anatema. El fraile imploró de rodillas:

—¡Calla, calla y hablaré lo que tú quieras, lo que tú mandes!... Precisamente siento necesidad de co-

municar con alguien mis graves pecados de oveja descarriada de la recta senda... Como el asno que iba de león vestido, yo parezco un santo con los hábitos de castidad, siendo un irredento demonio de lujuria y de perdición... Hablaré, me confesaré a ti, sobre quien quería saciar aviesamente la sed inextinguible que me abrasa y me abrasará de por vida, si Dios, en su misericordiosa grandeza, no se apiada de mí... ¿Qué quieres que te diga? ¿Por dónde quieres que comience la roja sandía de mi sangrienta vida?...

El farsante lloraba, quizá por primera vez en su vida. Seguía de rodillas, con los brazos en cruz, implorando caridad y silencio:

—¡Pero por tu vida, por tu madre, por este angelito, a quien llegarás a querer como tuyo, te imploro que no grites, que no me descubras, que no lances sobre el oculto lodazal de mi alma el fango del menosprecio público! ¡Por tu nombre bonito, por tu cara, más bella aún!...

—¿Dónde aprendiste el español?

—He recorrido España entera con otro colega en hábitos y en infamias, descalzos, pero con recia suela en el espíritu, aparentando rezar y violando doncellas, a veces demasiado jóvenes... Con sangre de mis venas fuí aprendiendo tu idioma, más enérgico, más viril que el mío; pero menos dulce en la expresión y en el acento... ¡Si yo te contara! ¡Si yo algún día me decidiese a relatar por escrito mi vida!... Entré en la Orden, de buena fe, a los dieciocho años...

Luego fuí descendiendo uno a uno, pero con rapidez de vértigo, los peldaños que conducen al infierno... Comprendí tarde que, lejos de sentir vocación religiosa, mi cuerpo y mi alma llevaban las indelebles huellas del Malo Incorregible... Ya no era tiempo de retroceder, ni yo quiero colgar los hábitos, con los que puedo más fácilmente practicar los ritos perversos de mi alma negra... Ya ves que no me disculpo y soy justo. Pregunta lo que quieras, hermana...

Rosa de carne, al oír la paternal invocación, sintióse herida como por un rayo. Sus miembros percibieron como una descarga eléctrica, seguida de un frío intenso que se adentraba por la piel y le calaba los huesos ateridos. Fué reaccionando poco a poco, hasta decir:

—¡Nunca dijiste una verdad mayor! ¡Somos hermanos, sí! Yo, como tú, tengo el alma podrida por todos los malos deseos y por todas las maldades... ¡He llegado hasta desear a mi padre, un monstruo de liviandad y pereza! Ahora mismo te deseo a ti, al verte tan semejante a mí, tan hermano mío, tan despreciable y tan vil como yo... Te creí hipócrita, y sentí hacia ti un odio feroz. Pero confiesas, y te deseo... ¡Ven a mí y húndete conmigo en la laguna Estigia del fango impalpable, del fango que nos hunde de cada vez más, y en el que queremos hundirnos cada minuto más para mantener la sensación y el placer a la misma altura! ¡Miserable, canalla, fiera, que llevas todas las lacras en tu alma, ven a mí

para amarte y aborrecerte a un mismo tiempo, para ser tuya y despedazarte con mis dientes, con sumo deseo y con odio máximo, con placer y con dolor, con dicha y con rabia!...

Se *había soltado el pelo,* en el sentido figurado y en el real, y su aspecto, de furia divina y hermosa, acabó por enloquecer al fraile, que, aullando, en un ulular de fiera de los primitivos tiempos, se abrazó a ella con la boca abierta, con la faz de loco, mientras Rosa gritaba no sé qué voces de onomatopeya... Y así cayeron al suelo, el mejor lecho que podía recibir a aquellos bárbaros, que llevaban dentro todas las fieras innobles y sinuosas del arca de Noé...

* * *

—De tu vida sólo quiero saber una cosa: la historia del niño. Lo demás no me interesa, ni tú mismo, que eres como yo. Dime cómo ha nacido, de quién es... ¿No crees que debo saberlo, puesto que va a ser, y lo es ya, mío?

—Precisamente por eso debías ignorarlo todo. Piensa que al saber los detalles de su origen, el nuevo pecado original se interpondrá entre él y tú, impidiendo que lo sientas tuyo, como si fuera fruto de tu vientre...

—¡Horror! Un hijo mío, de verdad mío... Me conozco lo suficiente para horrorizarme ante ese pensamiento... Por algo la Naturaleza me formó estéril. En cuanto a ese temor que indicas, es necio: yo

jamás podría sentirme madre, como no me siento hija...

—¿No te sentiste hermana mía?

—Sí y no. Me sentí igual a ti, hermana tuya, y al mismo tiempo me arrollaron los impulsos de fundirme con una ciénaga de idéntico barro que la mía... Pero no sería capaz del menor sacrificio por ti, a menos que en determinados momentos obrase a lomos del instinto, del deseo o del capricho... Dime, pues, ¿de quién es hijo Enriquito, que es como se llamará?

—Tocas el único punto de mi vida que quisiera ocultar, no sólo a ti, sino a mí mismo. El hijo ha nacido en un convento...

—¿El hijo? ¿Eres tú el padre?

—Creo que sí.

—¿Era virgen su madre?

—En cuerpo y en alma era pura y blanca como la hostia sagrada...

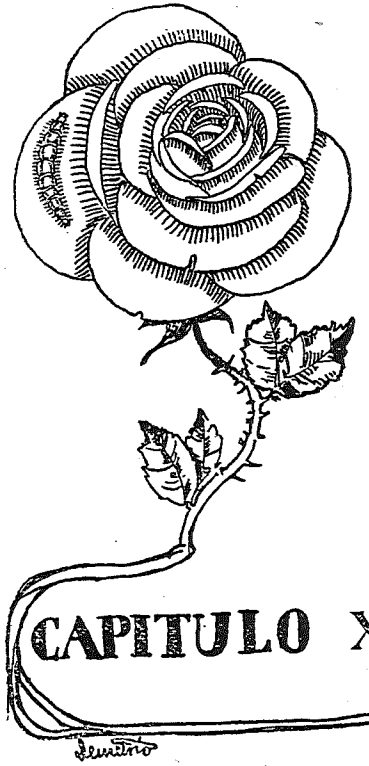
—¿Entonces?

—Fué... un engaño, en colaboración con quien todo lo puede...

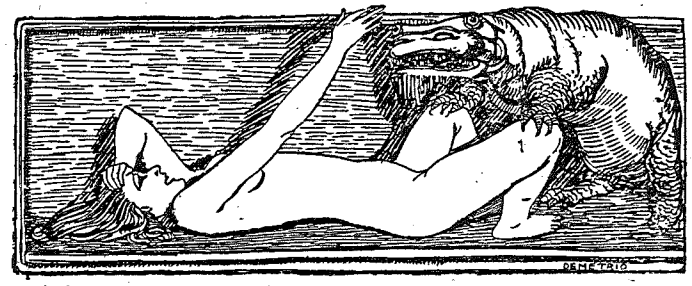
—No sigas. No me digas más. Por muy hondos que creamos estar, se abren abismos de vértigo ante nuestros pies... No quiero saber más. Márchate. Que Dios te dé una buena hora...

—Adiós, hermana...

—Me parece que, si acaso, soy tu prima, padre... Vete, vete...



CAPITULO XII



XII

Poco he de referir para dar cima a la condensación de *mi asunto*. Calculé mal. Creía que con muy pocas páginas tendría espacio suficiente para esquematizar o *esqueletizar* la trama que me dió nombre. De mi error se infiere que este libro ha de alcanzar grandes proporciones materiales o ha de resultar incompleto. Ni siquiera sé si terminaré la labor que me impuse. A lo mejor un fuego, o la ira de algún cornudo, me destruye, y adiós ilusiones, proyectos... Los libros no tenemos ni el triste consuelo de contratar un seguro de vida... Después de todo, la vida de los hombres no está más garantizada que la nuestra.

Rosa de Carne consiguió que Enrique Regalado reconociese, como hijo natural, a Enriquín. A poco, unas fiebres tifoideas postraban en el lecho al *padre*, que fallecía cuarenta días después, entre los solícitos

cuidados de Rosa, y previo testamento a favor del infante. Enrique había heredado ya a los tíos millonarios.

Fué después, desde la opulencia de su belleza y de sus millones, Rosa del Castillo, dueña de los destinos de España durante varias y espaciadas etapas... Había un jefe político que, si era muy listo y se hallaba preparado para gobernar, tenía debilidad por las mujeres. Don Froilán se preciaba de ser, a más de *muy hombre, muy galante con las damas.* Y Rosa, que lo tenía entendido así, fué a visitar al prócer, presidente a la sazón. Iba a *pedirle un favor.* Y la merced fué que el político, senil y con la baba pródiga, se encaprichó primero y se enamoró más tarde de la nueva amiga, que por ser *inmensamente* rica hacía creer al gobernante en la sinceridad de los favores otorgados por la heroína.

* * *

Un día, el fraile de Lourdes se presentó a Rosa. Venía a reclamar al *heredero,* al infante, al príncipe, *al hijo de Dios...* Y Rosa lo entregó, previa *muerte civil* del cachorro. Un médico certificó la defunción, un conserje de cementerio recibió *el cadáver,* y un sepulturero lanzó paletadas de yeso sobre los ladrillos que guardaban una muñeca de catorce reales, embutida en una cajita blanca...

Ni supo, ni quiso saber Rosa las razones del padre Fabián para que Enriquito se alejase de su

mamita guapa. Sólo oyó hablar de deberes de conciencia, de remordimientos, de culpas, para lavar las cuales, la dos veces madre y el otras tantas veces padre, habían abandonado los respectivos claustros, condenando a la pena capital los hábitos...

Y Rosa vió marchar a Enrique sin una contracción de su cara bella. El niño tampoco lo sintió, porque apenas había convivido con la *mamá...*

* * *

Una mañana, mientras desayunaba Rosa, ésta leyó que el Estado sacaba a subasta la Sierra donde la *mujer* nació... Rosa fué la dueña de la Sierra del Gallo quince días después.

Otra mañana Rosa decidió hacer *arqueo* de su fortuna, y llamó a su administrador, un adán desgalichado y pancín, que no sabía hacerse el nudo de la corbata, que usaba botas de elástico, se mordía las uñas y se llamaba Robustiano Rodríguez y Rodríguez. Rosa ayudó al feo contador en la empresa, y, al cabo de varios días, la ex campesina se enteró de que poseía diez y siete millones de pesetas en números *redondos...* ¡Casi todas las había *heredado* de Enriquito, que en Francia sabe Dios la suerte que correría en manos de los renegados padres!

Rosa se asomó desde la cima de su genio aventurero, y por primera vez sintió el vértigo de la altura y perdió la serenidad de águila que había presidido su vida...

Entonces hizo testamento. Dejó la Sierra nativa a su madre, y con el resto creó instituciones de caridad, asilos, premios, sanatorios, todo con el nombre de *Rosa del Castillo.* Y después Rosa se suicidó por *segunda vez,* pero ahora sin cálculo, por amor al arte de suprimirse, empachada de *cálculos,* que hasta en la vejiga los tenía... Se abrió *un pulso*...

La curia sagrada echó tierra al suicidio, achacándolo a accidente... Rosa de Carne fué considerada como una mujer de extraordinaria sensibilidad, modelo de filantropía, que casi merecía un altar...

Su vida, su pobre vida seca, se convirtió de pronto en un manantial caudaloso, y con su sangre se redimió del pecado inocente... Ella fué como fué porque fué así... ¿Qué culpa tuvo ella? El erial de pronto fué jardín... Con su sangre florecen y florecerán millones de rosas...

* * *

Ya veis cómo todo llega. ¡Ya sabéis mi asunto! Mi asunto *en esquema.* Ya me leeréis otra vez *completo.* Ahora entro yo en funciones. No voy a referir paso a paso mis memorias. Al azar entresacaré del laberinto de mis recuerdos. He pasado por muchas, por muchísimas manos. Unas afiladas como garras, otras recias como zarpas, otras toscas como pezuñas atacadas de glosopeda... Unas ágiles, finas, sabias en hacer vibrar todo el cordaje del placer; otras taimadas, sinuosas, zigzagueantes como reptiles... Unas

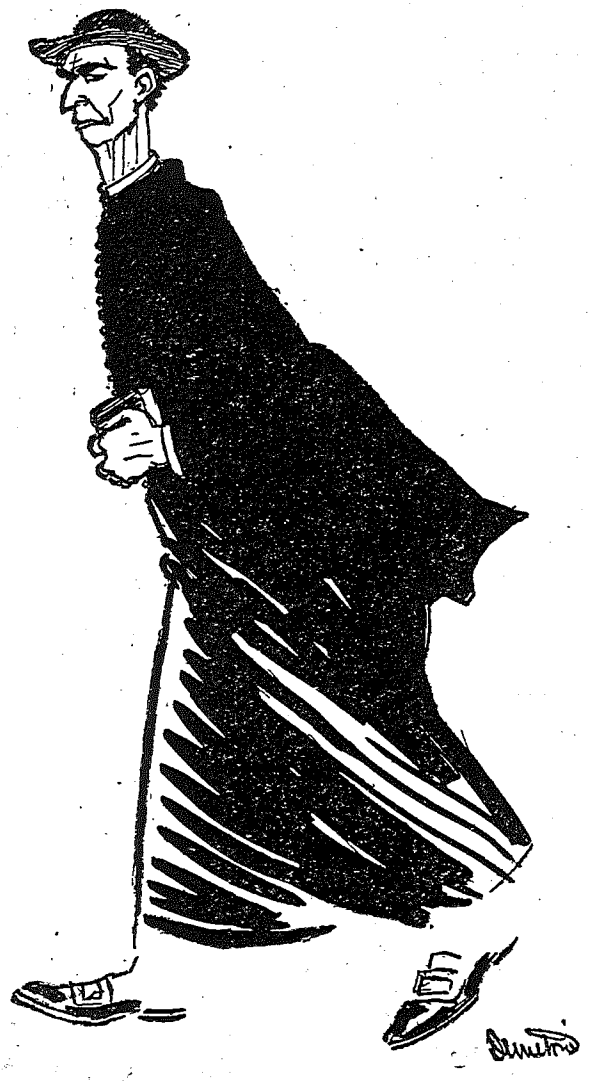
capacitadas por sus actos para echar bendiciones; otras, varias veces manchadas de sangre... Manos nobles, manos asesinas, manos sensuales, rústicas, perfumadas, malolientes... ¡A todas las sufrí, con todas gocé! Porque los dedos, al hacer pasar mis hojas, me producen un cosquilleo semejante al que experimentan las vírgenes que en la soledad esterilizan sus horas grises...

¡Atención! Va a comenzar el desfile de algunos trozos de la película de mi vida... Los asustadizos, los hipócritas, los que desean con fervor inmundo la mujer del prójimo y se dan golpes de pecho ante un cura pleno de satánica lujuria, que cierren el libro, que lo tiren lejos de sí... Yo hablo sólo para los buenos y sencillos, para los espíritus abiertos a la intimidad de la charla cordial...

* * *

Reconcentro mi atención para recoger lo más saliente. Y como acabo de estampar la palabra cura, viene a mí el recuerdo de Rosendo Mino, que me leyó con verdadero frenesí. Y después de leerme se dedicó a otra tarea: releerme despacio, meditando, paladeando las líneas, como si yo fuese el Kempis o la vida de un santo ejemplar. Y me llevaba bajo su sotana, en el bolsillo de una fina chaqueta de punto.

El padre Rosendo era alto, enjuto, con los ojos algo redondos y abultados—de buho—, con la nariz corva, en una frustrada pretensión de pico de ave de



Era alto, enjuto...

rapiña, con las manos esqueléticas y largas, con la boca como la de un buzón de Correos, y el pelo hirsuto, con amagos de puercoespín, más puerco que lo otro.

* * *

Como don Rosendo era un hipócrita redomado, que siempre iba con los ojos bajos, con la mirada en el santo suelo, las mamás preferían que sus hijas confesasen con aquel pozo negro de malas pasiones. ¡Cuántas veces, yendo yo sobre el corazón de aquel fariseo, mis hojas se coloreaban por el rubor ante las preguntas y las frases del encubierto cínico!

—¿Y dices que tu novio te ha besado?

—Sí, padre.

—¿Te besa todos los días?

—Sí, padre.

—Y te cogerá las manos...

—También.

—Y te las conducirá hasta...

—....

—¡Contesta! Todo hay que decirlo.

—Sí, padre.

—Y allí se detendrán con malsana complacencia, retirando él entonces las suyas....

—Sí...

—Para explorar análogos parajes...

A veces, al llegar aquí, la joven hipaba, avergonzada. Pero el buitre seguía picoteando implacable en la dolorida llaga del rubor...

—¿Y qué notas cuando hacéis eso? ¿Placer?

—Claro...

—Placer que luego, al recordarlo a solas, quiere ser repetido...

—Sí, padre.

—Y entonces tú...

—Sí...

—¿No tiene, pues, secretos tu cuerpo para el novio?

—No, padre.

—¿Sus manos lo han recorrido todo, todo, todo?

—Casi todo.

—¿Cómo casi todo? Veamos, veamos qué sitios quedan inéditos...

Y así seguía el siniestro y repulsivo *representante* de Cristo, que un día puso a una viudita en el trance de pedir a gritos lo que su espíritu repudiaba y su cuerpo quería... Se llamaba Alicia Mascarells. Era la mujer más hermosa de aquel pueblo norteño. Se había quedado viuda hacía dos años. Ella tenía veintitrés. Su marido, un marino joven y hermoso, había muerto de una pulmonía. Se habían amado, ella y su esposo, durante el año que duró el matrimonio, impetuosa y completamente enamorados, con una pasión renovada con las horas del descanso nocturno, que eran alternadas con nuevos himnos a la vida. Se habían amado tanto y tantas veces, que no habían tenido tiempo de hacer un hijo. Ya es sabido que la fecundación de la hembra requiere cierto reposo después de lanzada la semilla,

y una vida sexual intensa no es la más a propósito para la procreación, a base de que no haya paréntesis calmosos.

Y, aún la luna de miel en su plenitud, murió el marino, y nunca mejor dicho que quedó Alicia con *la miel en los labios.*

Y tierra tan preparada para recibir la semilla humana y cumplir el precepto divino, fué hollada por don Rosendo, después de tres confesiones seguidas. Pintaba primero el bellaco el cuadro de tentaciones en que la joven se vería envuelta, antes de triunfar el espíritu sobre la ardiente carne solitaria.

—Tienes que imaginarte a un hombre joven y hermoso, que te besa la boca y acaricia los rosados *interruptores* de tus senos, que son la llave de la luz del placer... Piensa en ello esta noche, y vuelve mañana. Esta es mi penitencia.

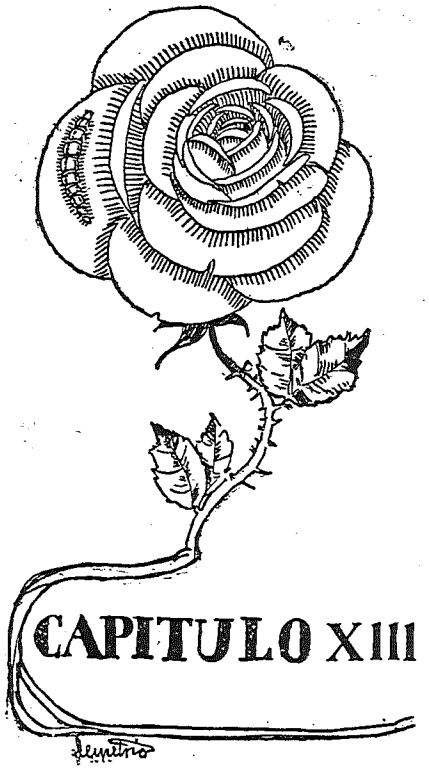
Al día siguiente la orden era:

—Sustituye tú misma al esposo, y vuelve mañana.

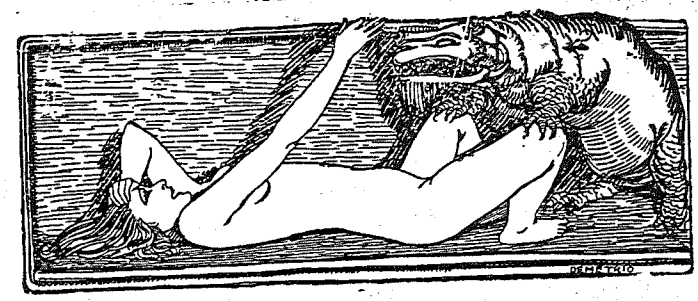
Hasta que ella dijo:

—¿Quiere usted confesarme esta noche en casa? Debo tener fiebre y...

—Iré, hija mía, iré, y no olvides tener agua caliente...



CAPITULO XIII



XIII

Una modista muy guapa, que regentaba un establecimiento muy favorecido por bellas y linajudas damas, me adquirió de manos de su doncella, adonde había ido yo a parar por mediación de su novio, un sargento de Infantería, que me había pedido a una hermosa cocinera, la cual me había sacado del despacho de su señor, un profundo ensayista a quien sólo leían tres personas: el linotipista, el corrector de pruebas y el propio escritor...

Esta modista se llamaba Juana. Juanita de Juan y Juan. Alta. Morena. Con los ojos de gacela, dulces, grises. Tenía treinta y nueve años de edad, la boca pequeña, la nariz algo respingona, los dientes chiquitines, la piel muy blanca, muy tersa y el pelo blanco por completo. Parecía empolvado el pelo de Juanita. Era una belleza incitante, algo rara, pero que despertaba grandes pasiones. Al reír, unos ho-

yuelos en medio de las mejillas—un hoyuelo para cada mejilla—daban al rostro una expresión de simpatía decisiva. Reía por todo, con cualquier pretexto, y al no reír, sonreía, con una sonrisa estirada, profunda, con lo que los hoyuelos estaban sin cesar iluminando el rostro. Dos cualidades presidían el carácter de Juanita, una de ellas, sobre todo, rara en las modistas y en los sastres: la formalidad, traducida en puntualidad, y reserva, una gran reserva para guardar un secreto... Muchas clientes habían adivinado el hermetismo de Juanita y ésta había accedido muchas, muchísimas veces, a ceder su dormitorio particular... En el piso de enfrente había una sastrería, de manera que el *truco* del ingreso secreto era fácil... Y, además, Juanita no percibía retribución alguna por estas cesiones de su lecho. Bien es verdad que las favorecidas no regateaban nunca la cuenta... Las facturas de Juanita eran cheques a la vista.

¡Si el lecho de Juanita hablase! Claro que si él no habla, yo sí puedo hablar, ya que, durante quince días y desde encima de una de las mesillas, yo vi y oí muchas cosas...

Brevemente, como corresponde a mi ser sintético, transcribiré algunas escenas. Cuando venga una línea de puntos suspensivos, ya sabéis: el amor y el deseo triunfan y se ven satisfechos. Porque, eso sí, sólo el amor unía a los comparecientes en la alcoba de la bella e inteligente Juanita. Yo creo que lo que más seducía a las seducidas o enamoradas, era poder decir, sin mentir, al esposo, cuando les preguntaban:

—¿Dónde estuviste?

—Casa de la modista.

—¿Toda la tarde?

—Toda la tarde. Chico, me cansé de esperar. Esa Juanita cada día tiene más clientela y trabaja más. Si no fuera por lo contenta que estoy de ella y de su trabajo...

Oíd. Se levanta el telón... de la alcoba. Los personajes son siempre los mismos, aunque en cada escena diferentes: *Ella* y *El*.

* * *

ELLA *(Todavía abrazándole)*.—Creía que no podrías venir hoy tampoco...

EL *(Después de besarla larga y silenciosamente)*. Esas comisiones... Esos majaderos... No me dejan vivir... Luego, tu marido es tan necio que todo es preguntarme, con la mirada o con la lengua: ¿Cuándo, cuándo? Dile que no sea tan necio: que no puedo olvidarle, y que antes de que yo me vaya del Poder será ministro...

ELLA.—No es él solo el impaciente. Yo también quiero que el pobre sea ministro en seguida. Precisamente, de eso quería yo hablarte. Pero como tú eres tan largo, has hablado antes... Pero esa habilidad no

te vale conmigo. El ha de ser ministro antes de ocho días. Es el plazo que te doy, si quieres verme otra vez desnuda... ¿No dices que tanto me quieres, que te gusto más que cuantas conociste? Pues si hay algo de verdad en ello, vamos a verlo. Yo te pido, te exijo, te suplico que, sea como sea, le hagas ministro, ya que lo has hecho antes otra cosa...

EL.—Pero, ¿y si no se va ninguno de los actuales?

ELLA.—Tú me has dicho otras veces que siempre tienes en tus ministerios alguno o algunos a quienes puedes mandar como lo que son: como a criados. Despacha a uno y mete a Heliodoro.

EL.—Pero, hija, en Instrucción pública está al frente un hombre, no un criado. Y no voy a llevar a tu marido a Gobernación... ¡Si al menos se marchase el de Gracia y Justicia!

ELLA.—O el de Fomento, o el que sea. Tú sabes que es igual. Y si es que ahora te niegas a satisfacer la ambición más grande de nuestras vidas... ¡Oyeme! ¡Apiádate! Nos conoces de siempre... Me casé con Heliodoro porque decía que él sería ministro y yo quería ser la señora del ministro... Algunos decían que él era un imbécil, pero tú me aseguraste que eso no era un obstáculo para sus aspiraciones, que calificabas de legítimas... Si ahora, que eres por tercera vez presidente, no me complaces... ¡Danos esa alegría!

(Ella le abraza. Después se desnuda. El, balbuciente, la atrae hacia sí.)

ELLA.—¿Lo harás?

EL.—Sí, le haré, claro que le haré... Pero ahora vamos a hacerlo nosotros...

... ...

* * *

ELLA.—¿Y dices que te ha suspendido de nuevo?

EL.—Como lo oyes. La ha tomado conmigo. Cualquiera diría que sabe o sospecha que yo...

ELLA.—¡Pobrecito mío! ¡Qué ha de sospechar! Yo me río, porque no deja de tener gracia que él dé calabazas al *novio* de su señora... ¡Ríe tú también, chiquillo mío! ¿Qué te importa que él te dé *cates* si yo te beso y te quiero? ¿No habrías sentido más mis calabazas que las suyas, que él te hubiera *aprobado* mientras yo te hubiese *suspendido* el día que me seguiste cuando *salí de misa* aquel domingo?

EL.—No, si en realidad no me importa. ¡Si él supiera que mientras me *suspende,* yo *suspendo* en mis brazos lo que él más quiere! Esta canalladita que le jugamos, venga a cuantos estudiantes él les proporciona dolor con su mal entendida rectitud... ¡Ven aquí, chiquilla!

ELLA.—¿Cuándo te vas? *(Le besa.)* ¿No te irás mañana? *(Le besa otra vez.)* Yo no quiero que te vayas mañana. *(Otro beso.)* Y pasado, que es domingo, y él se va a Toledo, no te irás. *(Otro beso.)*

EL.—No, no me iré, y si quieres, me quedaré para siempre y huiremos juntos, siempre juntos...

... ...
... ...
... ...

* * *

EL.—¿En qué piensas?

ELLA.—No sé... Ahora mismo, no sé... Hace un momento, mientras te desnudabas, pensaba en que esto que hago no está bien... Hace mes y medio que me casé, y en vez de alegrarme y enmendarme en vista del éxito de mi simulación, reincido y vengo a verte... ¡Bien creyó el pobre que yo era tan virgen como las de la letanía! ¡Bien me adiestraste, pérfido!

EL *(Abrazándola).*—¡Bah! No pienses en eso... En cuanto a tu marido, tiene gracia que él, profesor de Psicología, no acierte a comprender que no le quieres, y que si le diste el *sí* fué para facilitar el feliz advenimiento de *lo nuestro,* que bulle en tus entrañas...

ELLA.—¡Calla, calla! Me da miedo... ¿Cómo pude caer en tus brazos, siendo casado, y queriéndote tanto tu mujer, tan amiga mía? Debo ser muy mala, muy mala, y a veces me dan intenciones de matarme...

EL.—No eres, querida mía, ni buena ni mala.. Caíste porque yo me enamoré de ti y no te disgusté... Nada más. Después han venido las cosas favorables...

ELLA.—Pero esto no debe seguir así, y no seguirá... Mi instinto me dice que aún estoy a tiempo de rectificar, y que si no lo hago, nos acaecerán a ti y a mí graves desgracias... El viaje largo que tienes proyectado adelántalo, aceléralo... Vete, y cortemos para siempre... Por nuestro amor, yo me sacrifico por ti, tú por mí... ¿No eres capaz?

EL.—¡Quién sabe si tienes razón! Yo creo que no, que es una tontería terminar este idilio tan cómodo, tan sabroso... Pero... ¡quién sabe! Después de todo, así conservaremos un recuerdo puro y santo, *el recuerdo,* por excelencia, de nuestra vida, que perfumará nuestras horas futuras... Y quizá nos demos una prueba de amor grande sacrificándonos en plena pasión... Del mismo modo que, a veces, es más valiente el que sabe reprimirse y no contesta a una insolencia que quien se va derecho a pisotear al ofensor... *(Se abrazan fuertemente. El murmura:)* Pero antes desquitémonos de la despedida. Amémonos esta tarde durante tres horas bárbara y salvajemente.

ELLA.—Sí, sí, lo que quieras, lo que quieras...

... ...
... ...
... ...
... ...

* * *

ELLA.—Te advierto que Gervasio sospecha algo.

ELLA.—No lo creas...



ELLA.—Pues así parece... Ayer me dijo que parecía que te quería más a ti que a él...

ELLA.—¿Cómo va a creer que tú y yo vamos a querernos *así?* Yo puedo ser tu madre... o tu padre, mejor tu padre...

LA OTRA.—Por lo menos, tienes más barba que él. Y muchísima más que Gervasio...

ELLA.—¿Quieres mucho a tu novio? Dime la verdad...

LA OTRA.—Son dos cariños diferentes. No te lo puedo explicar bien. Contigo me siento mujer y hombre a la vez, y con él soy sólo hembra, que siente la necesidad de... no sé cómo decirlo... de ser eso... hembra.

ELLA.—Pues has de reñir con él... Has de ser mía, sólo mía... Ven, ven aquí... Te quiero como nunca he querido, y tengo celos del aire que entra por tu boca... por esta boca... que yo he besado... tantas veces...

... ...

Juanita era soltera. Había tenido muchos amantes, *oficiales* y de corazón. Durante los días que permanecí en su mesilla de noche, mientras me estuvo leyendo, vi cinco o seis rostros diferentes, pero todos decorosos. Supe algo de la historia de Juanita. Había sido *iniciada* por un estudiante de Derecho, hijo de unos millonarios levantinos y levantiscos... Observad que he dicho *iniciada,* y no seducida, ni engañada, ni deshonrada... Estos calificativos, hijos del fariseísmo ambiente, no responden nunca a la realí-

dad. Os lo digo yo, que no soy mujer, ni hombre, sino un libro que habla... Yo me río del valor que se necesita para afirmar que a determinada mujer le han administrado treinta centímetros de *sonda* contra la voluntad de la receptora. ¡Y con lo que *duele* las primeras veces! ¿Que han sido *débiles* algunas mujeres, colaborando en la pérdida de sus colonias? Conforme. Pero la *debilidad, el dejar hacer y dejar pasar* no es una razón para que luego griten como víctimas, después de haber probado la apetitosa confitura. Don Juan no existe, y es, si acaso, un simple recolector de lo que se cae de los árboles frutales de las mujeres que están *en su punto*. Don Juan sólo existe, si acaso, cuando roba y viola. Pero entonces se comete un delito penado por las conciencias honradas antes de estarlo por los códigos. Lo que ocurre es que muchas convierten el cerrado compás de sus piernas en ángulo agudo y hasta recto, por cálculo, porque saben que muchas van al altar tras haber ofrendado la virginidad, y que la mujer que se entrega por primera vez tiene luego a su lado a *todo el mundo* para obligar al seductor a casarse y *reparar el daño*. ¿Quién no menosprecia al hombre que no se casa tras haber huído con la novia? ¿Podrá nadie dudar de que la mujer que huye con un *galán* es por su voluntad, y que si luego el hombre se *raja* no es señal de nada sino de que ella no supo cautivar al hombre o no estuvo acertada al *consentir*? Si el hombre que se niega a casarse es un canalla, la mujer debe alegrarse de ello, por haberlo conocido, y *más vale tarde que nunca*. Además de que todas estas cuestiones giran alrededor de *la atracción de sexos*, y el femenino ejerce un terrible poder de sugestión sobre los hombres, y, por lo tanto, en estas cuestiones, *no existe la responsabilidad*. Lo demás es desventajosísimo para los hombres, y si se clama en favor de la *igualdad de sexos*, aún más razón recibe mi tesis. Es muy cómodo dejar entrar el placer con las puertas abiertas de par en par y luego sacar una sábana para secarse las lágrimas y gritar, entre la fruición de las comadres:

—¿Y mi honra? ¡Me han quitado la honra! ¡Me la han quitado! ¡Me *lo* han quitado!

Juanita se entregó a su novio, y como lo quería, quiso casarse con él. El chico amaba a la modistilla, y consultó con sus padres, porque era menor de edad. La contestación que recibió el estudiante fué un telegrama ordenándole la inmediata incorporación al hogar paterno. Marchó el joven, tras una noche tumultuosa con su novia. A los quince días de silencio, el padre de Juanita hizo una visita a los autores del seductor. Regresó con diez mil duros en el bolsillo y el compromiso de no volver a hablar más de aquel asunto. En cuanto al joven, no volvió a verlo Juanita hasta quince años después. Con el dinero *se estableció*, y a los diez años de trabajo, la casa *Juanita* era de las más concurridas e importantes de Madrid. Un día se presentó en el establecimiento su *iniciador* con su señora. Juanita conoció en el acto a quien no podía olvidar. Y dijo a aquella señora, elegante,

guapa, rubia, que no podía adquirir nueva clientela, que estaba abrumada de trabajo...

Pasaron dos años. Un hombre, vestido pobremente, entró en el taller de Juanita. Preguntó por ella, que le recibió en seguida. Era *él.*

—Me he arruinado, soy pobre y viudo... ¿Quieres casarte conmigo?

—Si es verdad lo que dices, sí... Yo soy rica y estarás a cuerpo de rey, a condición de que sepas que durante *tu ausencia* no te he sido fiel... De ahora en adelante, claro, sería otra cosa... Tráeme tus papeles cuando quieras, o no me los traigas nunca. Puedes quedarte en casa desde ahora. Lo que quiero es que me demuestres que no tienes un céntimo y que eres viudo...

El hombre dijo:

—Mira: vengo disfrazado; voy a morir. Estoy muy enfermo. Pero antes quise *convencerme* de que obré mal no uniendo mi destino al tuyo... Mi mujer, que es tan rica como yo, no me quiere, y me engaña..., es decir, me engañaba, porque ya lo sé... Voy a morir esta noche... Entre mi deshonra y mi enfermedad me han convencido de que debo suicidarme. Pero *quise* antes saber lo idiota y cobarde que fuí contigo, que me querías... ¿Por qué no supe rebelarme contra la barbarie y la cerrazón de mi padre? ¿No era yo inmensamente rico?

—Yo te diría que te quedes, que vivas conmigo, pero... no puedo, ni quiero en esas condiciones. Eres rico, y por rico me repudiaron los tuyos... No eres



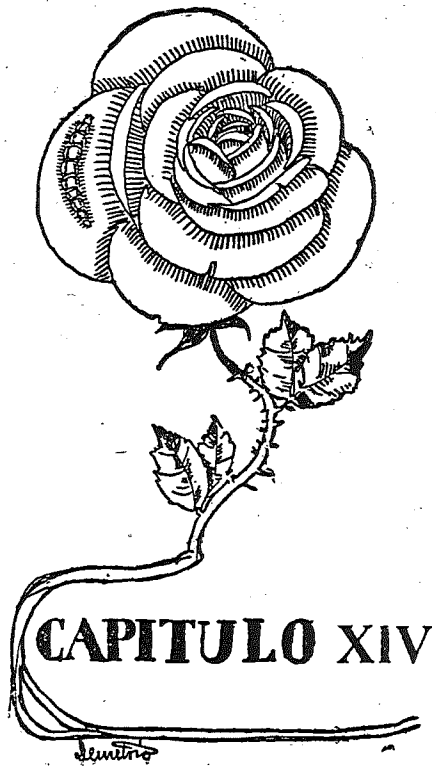
... y visitó la tumba del suicida...

libre... Márchate y no digas esas tonterías de matarte... Vete al extranjero y te curarán, si aquí perdiste las esperanzas, y te distraerás... Adiós...

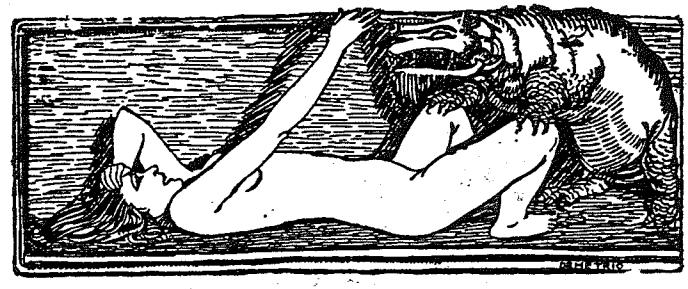
El ex novio de Juanita se mató aquella misma noche. Dejaba tres hijos legalmente suyos. Juanita lloró durante muchos días, y vistió luto, y visitó la tumba del suicida. La viuda, al enterarse, dicen que dijo:

—¡Qué desvergonzada! El haber estado enredada con el vicioso del muerto no creo que la autorice para ofenderme con escándalo...



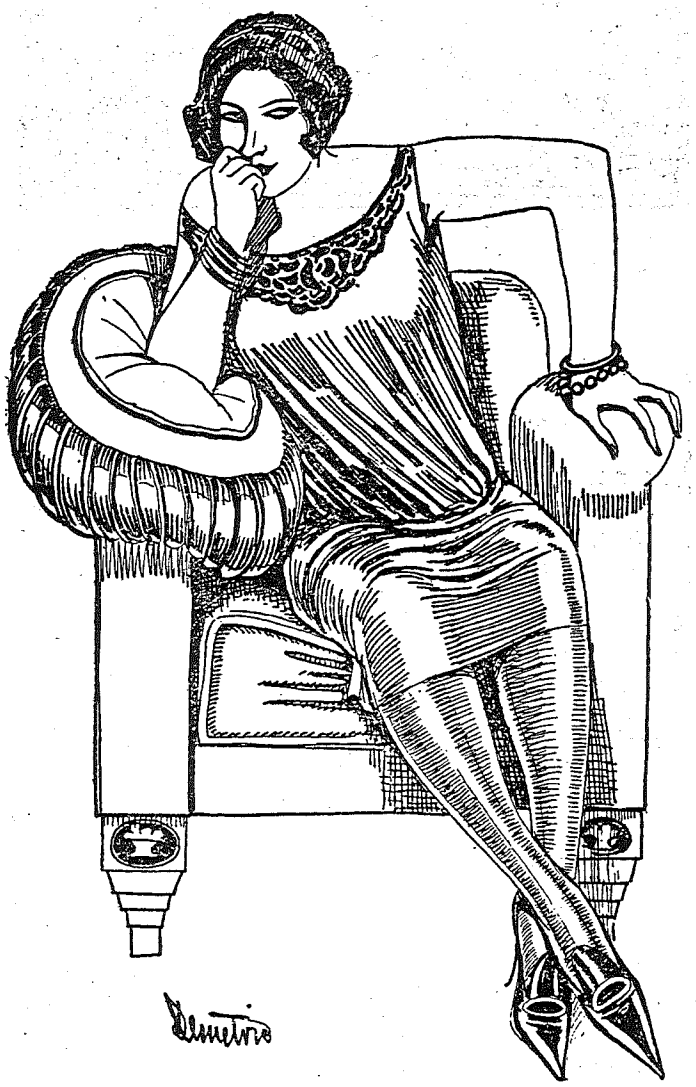


CAPITULO XIV



XIV

Había tomado algún cariño a Juanita, cuyos dedos me producían un delicioso cosquilleo, cuando mi dueña *me prestó* a una parroquiana circunstancial, que estaba de paso en Madrid. Esta señora, que se llamaba Renata Mínguez, era alta, bien formada, morena, de pelo negro, de dientes no muy blancos, pero de unos pechos tan duros, que parecían *artificiales,* aunque eran más naturales que los *pases* de Villalta. En el tren me leyó Renata con bastante interés, y al llegar a su casa, me tiró sobre la cama, de donde me recogió su esposo, un señor de luengas barbas negras, en cuyo fondo sonreía una boca muy roja y muy chica, que recordaba la de Mariano José de Larra, el más grande escritor satírico que hubo hasta hoy. Este barbudo se llamaba Gonzalo del Molino Quizás, y era el más afamado de los jurisconsultos zaragozanos, que



Aquel diálogo impresionó tanto a Renata.

en la egregia ciudad del Pilar trabajaba con un éxito nunca igualado. Al tenerme en sus manos y leer mi título me arrojó otra vez sobre la cama con ira; pero a poco aprehendióme de nuevo, me acarició, me abrió y leyó al azar un párrafo, y me guardó amorosamente en un bolsillo de su americana, que era, por cierto, vieja y se la ponía sólo para estar dentro de casa. ¡Cuántos han hecho conmigo lo que hizo el señor Molino: arrojarme de sí, para en seguida buscarme, poseerme como a una mujer bella, joven y deseada! Y es que los hombres, al principio, manifiestan mal sus sentimientos, porque están acostumbrados a llevarlos cubiertos con el ropaje de los convencionalismos y los prejuicios; pero al darse cuenta de que están solos, reaccionan y prestan oídos a las llamadas de su interior.

Renata le había sido fiel, en el sentido material, a su esposo. ¡Quién me iba a decir que yo iba a presenciar el origen de su caída y la caída misma!

Un día se desarrolló entre los cónyuges el siguiente diálogo, a los postres de una buena comida:

—¡Chica, no puedes figurarte lo que he visto! ¡Qué barbaridad! ¡No puedes figurártelo!

—¿Qué es ello?

—Ya sabes que acompañé a mi amigo Julián Bastos, con su mujer, a la operación que le han hecho...

—¿De apendicitis?

—Sí. Pero la apendicitis verdadera la tenía en otro sitio... ¡Qué bárbaro, qué bruto!

—No te entiendo.

—Ni falta que te hace... Pero, en fin, ya que he comenzado... ¡Es un asno, más que un asno!

—¿Quién?

—Bastos. ¿No te digo que *más que un asno?*

—¡Ah, ya caigo! Pero... ¿a cuento de qué me dices eso?

—Mujer, a cuento de nada... Pero me ha hecho tal efecto, como a todos los que estábamos allí, incluso a los médicos, que no he resistido a la tentación de contártelo... Si te he molestado, perdona...

—No; a mí, no. En todo caso, la molestia será, digo yo, para quien... ¡Jesús, Jesús, qué barbaridad iba yo a decir! ¡Me has contagiado, chico! ¿Y tardará mucho en curar de la apendicitis, de la que le han operado, se entiende, no de la que tanto os ha llamado la atención?

—Unos quince días.

—Por cierto que le debo visita a su mujer. ¡Pobre María!

—¿Pobre? ¿Por qué?

—Hombre, pobre porque tiene a su esposo *operado,* y por... lo otro, digo, creo, no sé... ¿No crees?

—¡Qué quieres que te diga! Extraordinario, verdaderamente extraordinario me parece el caso... No es lo mismo decirlo que verlo...

—Claro que no será lo mismo. Pero ya me imagino, ya...

—¡Y tan calladito que lo tenía el muy pillo, el *monstruo* más bien!

—No iba a ir enseñando o pregonando el... de-

fecto... o lo que sea... Pero ¿hay tanta diferencia entre lo suyo y... lo tuyo?

—Cerca de dos palmos.

—No será tan fiero el león...

—¡Cuando yo te lo digo!

—No lo creo...

—Pues pregúntaselo a su mujer...

—¿Es que ella puede establecer... comparaciones?

—No; pero si tú le dices y ella te dice, podrás formarte una idea....

—¡Qué disparate! Jamás me atrevería a hablar a Maruja de tal cosa... o cosaza, según tú.

Aquel diálogo impresionó tanto a Renata, que hasta *soñó* varias veces con *aquello.* Y durante los espasmos conyugales, a pesar suyo, pensaba en aquello, e iba hallando lo de Gonzalo deleznable... Hasta que el deseo cristalizó... Ella *quería,* necesitaba ver para creer... Frecuentó la casa del convaleciente, se hizo íntima de su mujer, se insinuó con el *bárbaro,* hasta que él no tuvo más que alargar la mano y coger el fruto, demasiado en sazón...

Y en su propia casa, en la de la adúltera, se consumó, a presencia mía... Yo estaba encima de un baúl... ¡Cosas del mundo! Gonzalo estaba realizando un *corto* viaje...

—¡Qué locura, qué locura! ¿Por qué ha venido usted?—decía Renata, pareciendo olvidar que él venía por convenio expreso, mientras miraba, miraba y no a los ojos...

Total: como yo, al ser un libro que escribe, no

voy a caer en la vulgaridad de ser un escritor *pecaminoso,* no os refiero la escena, entre otras cosas porque no es necesario, y vuestra imaginación suplirá mi pudor... Sólo os diré lo que pensaba Renata al marcharse el marido de su amiga, después de convencerse por quinta vez de que *el león no es tan fiero como lo pintan:*

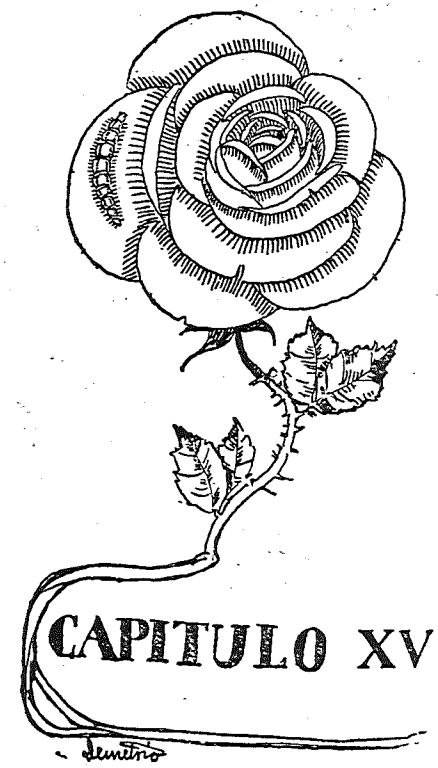
—Es tan ridículo lo que me decía Gonzalo, como si se quisiese zaherir a un andarín por tener las piernas largas y los pies grandes... Yo vivía en el limbo...

Yo creo que quien vivía en el limbo era el ilustre pleitista. Es insensato hablar a una mujer de lo que él le habló a la suya. Un marido puede tener con su mujer todas las libertades *empíricas* que quiera. Puede hablarle de todo, incluso convertirla en querida, evitándose tenerla fuera del hogar; pero a base de no exacerbar el sensualismo con cosas o personas *reales,* al alcance de la mano...

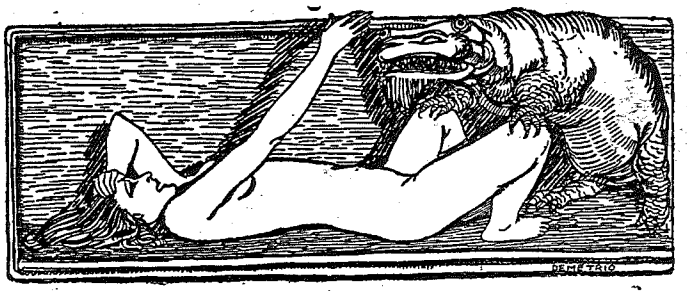
Aparte de que, después de todo, la infidelidad no tiene más trascendencia que la que se le da en España a través de unos siglos de fanatismo religioso e indisolubilidad del *lazo.* El matrimonio, aquí en España, es eso; un *lazo* indisoluble, insostenible e insoportable. Es decir, que quien se casa es cazado con *lazo.* Enhorabuena a los amantes eternos, de Teruel o de Cuenca. Pero los demás, los que no se consideren *esclavos,* tienen derecho a la libertad, que es el divorcio. En ningún sitio se le da la importancia trágica que entre nosotros al adulterio, que es

una simple travesura del sexo, o del capricho, o de la neurastenia, o del histerismo. Aquí en esto se bate el *record* de la barbarie, llegando a considerar *sin honor* al pobre papanatas engañado, sin contar con que muchos hombres de talento han sido y son y serán cornudos, como argumento eterno contra la estulticia y la maldad sociales. Como se considera *manchado* al hijo, no de ramera, porque la ramera, en el sentido depresivo, no existe, y una mujer tiene perfecto derecho a hacer de su cuerpo y de su sexo el *uso* y el *abuso* que le dé la gana, de la mujer que se salió de las normas *morales.* En esto llegamos casi todos, yo, novela, la primera, a lanzar el ultraje—*supuesto* ultraje, repito, pero inexistente—contra el primer adversario que nos irrita un poco las glándulas biliares.

Es preciso ir desterrado de los corazones y de los cerebros tantas telarañas de estulticia y maldad, maldad inconsciente en gran parte, y así haremos verdadera MORAL, con mayúsculas; y hasta haremos patria. Que en esto, para muchos, hacer moral y hacer patria es como *hacer...* de cuerpo, y yo me imagino así a los fariseos, continuadores de la ignorancia y del sentido inicuo de la vida: en cuclillas. Es preciso incorporarse, estar derechos, mirar de frente y no al suelo, hasta que no nos cieguen ni los rayos del sol...



CAPITULO XV



XV

He caído en una estantería de vecinos pelmazos. Una novela soporífera, estúpida, que se titula *Almas adentro* y un libro de *Ensayos* que se llama *Con el telescopio.* Ambos han protestado cuando la mano humana me colocó entre ellos. Pero el libro de ensayos, por lo menos, se ha limitado a gruñir, desahogo onomatopéyico que había aprendido de su autor, que tiene no sé cuántas cruces más o menos grandes. Pero la novela ha dicho:

—¡Qué escándalo! ¡Venir yo a abrazar, aunque involuntariamente, a un libro que figura en la lista negra de *La Pelea,* el periódico de los curas! ¡Yo, que soy todo pulcritud, comedimiento, prejuicios hechos papel impreso!

—En primer lugar—le he contestado—el periódico ese de los curas no tiene lectores ni entre los mismos

que visten hábitos. En cuanto a ti, ya tenía verdaderas ganas de decir unas cuantas cosas de tus hermanas, las novelas de cemento armado...

—¿Tendrás valor para insultarme encima, grandísima sinvergüenza?

—El insulto, el improperio, la procacidad son patrimonio, querida hermana, de ti y de los tuyos... Yo no digo sino verdades, en tanto que tus defensores, que al defenderte no tienen otro designio que el de prolongar el analfabetismo y la estulticia, han tomado de algún tiempo a esta parte una actitud de rabalera, de vendedora de la plaza de la Cebada. No hace mucho un periódico de los vuestros, al decir que debía perseguirse a sangre y fuego la difamación, llenaba de injurias a un escritor... ¡Es decir, que para combatir la injuria tu periódico no veía otro camino que el de injuriar!...

—¡Calla, lenguaraz, libro herético e inmoral!

—¡Ya salió aquello! ¡Si precisamente de la inmoralidad quería yo hablarte! Vamos a ver, pobrecita mía, ¿qué entiendes tú por libro inmoral?

—Yo entiendo por libro inmoral a todo aquel que no se somete a la censura eclesiástica...

—¡Acabáramos! Menos mal que eres franca, y eso es una buena cualidad que me complazco en subrayar a tu favor... Pero ¿tú crees que un escritor que se estime en algo puede admitir, o más aún, puede escribir sometido, no ya a la censura de Iglesia, sino a otra cualquiera?

—Claro que lo creo. ¿No se admiten periodistas

a sueldo de una empresa, para que defiendan personas o ideas determinadas? ¿Pues por qué no han de admitirse novelistas a sueldo, o *censurados?* ¿Es que la imaginación no puede concebir tramas que no rocen los dogmas religiosos o morales, entendiendo por moral sólo la que propugna la religión católica?

—El novelista puede concebir, ¿cómo no?, una historia que no roce ni la camisa de su autor. Y, si es honrado, la escribirá. Pero ¿y si se le ocurre otra en que uno o varios personajes estén enfermos de alguno de los siete pecados capitales?

—Entonces el novelista debe hacer que triunfe, al final, el bien, la religión, el pundonor, la caballerosidad, la hidalguía...

—Es decir, que, según tú, el novelista debe ser un narrador de parábolas religiosas, un predicador ameno, que pone su inventiva y su pluma al servicio de la Iglesia, de la burguesía, del orden establecido...

—Desde luego. De lo contrario, el escritor es un ser diabólico, al que es preciso exterminar. Nos está haciendo mucha falta resucitar la Santa Inquisición.

—Desengáñate. No hay más Inquisición que la de la Belleza, el Arte y la Vida, el buen sentido, la justicia, la bondad...

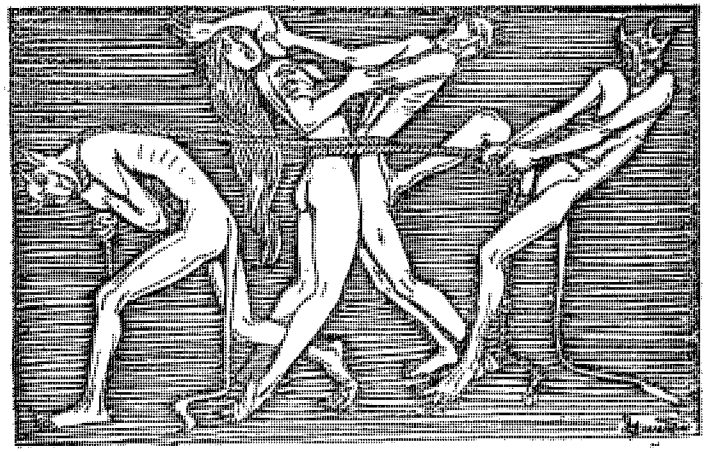
—¡Ah, la bondad!

—Sí, la bondad... ¡Si el hombre independiente acepta todos los postulados de la Moral Universal! Lo que no se puede admitir es el fariseísmo, la hipocresía, el querer que se silencien las cosas, practicando en privado lo que se abomina en público, que-

riendo olvidar que el mejor desinfectante contra las llagas y lacras de la sociedad es la luz... El sol es el mejor cauterio contra los microbios... ¿A qué ese miedo a la verdad, a la realidad?

—Pero no te desvíes. Has defendido antes la bondad... ¿Por qué crear personajes *malos* entonces?

—Pero ¿qué tiene que ver la bondad, es decir, que el autor sea un hombre bueno, con el espectáculo que se ofrece a su vista? El escritor sólo puede y debe



escribir lo que ve... La novela es copia de la vida, dosificada por la fantasía. Pero aunque sólo sea realidad, sin dosis de imaginación, la novela es una cosa santa y tan respetable como cualquiera de las otras bellas artes... La supuesta inmoralidad, pues, estará en la vida y en los hombres, no en las novelas, que son cuadros, pinturas o esculturas de seres vivientes... El novelista no es un predicador. Y aunque tenga sus ideas, en los personajes de sus novelas no tiene ninguna, y unos serán ateos y otros místicos, unos buenos y otros malos... ¡Como en la vida! Vosotros creéis que el novelista debe ocultar la verdad, es decir, que, según esa teoría peregrina, el pintor de una mujer fea debe *sacarla* guapa, y el escultor de una vieja debe cincelar un cuerpo venusiano... ¡Nada de horrores! ¡Nada de vicios! ¡Como si la vida no estuviese llena de horrores, de vicios, de injusticias, de monstruosidades! ¡Hasta algunos gobernantes, influídos por vuestro farisaico espejismo, han ido a veces contra los escritores honrados, contra las novelas, en vez de tratar de modificar las costumbres y la vida de relación! Sería como si, en vez de combatir la usura, se persiguiese a las novelas que retratan tipos de usureros...

—Pero es que la moral sexual...

—Tocas el punto más interesante de la cuestión, y al que yo quería ir. ¡La moral sexual! Dí más claro otra cosa: la única moral. Vuestras gentes directoras quieren a todo trance que la moral sólo gire alrededor del sexo. ¡Eso sí que es una inmoralidad! Todo lo demás no tiene importancia: ni la gula, ni la pereza, ni la avaricia, ni la ira, ni la soberbia, ni la envidia. Todo esto puede disculparse y se disculpa fácilmente. De los pecados de la gula se dice: "¡Bah! ¡Hay que comer, que la vida es breve!" Y los frailes engordan, dando ejemplo. De la avaricia se piensa: "¡La vida es tan dura!" Y se fomenta el ahorro, y el vil ejemplo de la hormiga. La ira



se achaca a los nervios, como la soberbia y el orgullo. A la envidia se la viste con ropajes de emulación, de estímulo, mientras se palidece de ese repugnante delito. La pereza es glorificada a diario y considerada como ideal, simbolizada por la Lotería nacional. ¡Sólo es pecado la lujuria, que es simplemente un defecto como otro cualquiera, más disculpable que ninguno, puesto que nos hace gozar como ninguno, y puesto que con él va la procreación de la especie!... Este es un proceso de siglos de dominación religiosa. Fíjate: los frailes, todos los que visten por la cabeza, oficialmente se libraron de ese pecado, con el voto obligatorio de castidad. Quedaban, pues, libres y, claro, les convenía ponerlo de pararrayos único, puesto que la Humanidad, hombres y mujeres, quedaban mezclados, unos junto a otros, entre los arponazos ineludibles de la carne...; y ellos, los hombres de sotana, viendo el espectáculo y cultivando con fervor todos los restantes pecados... Y así, los hombres de iglesia se enriquecían, atesoraban, se apoderaban del mundo, mientras subían a los púlpitos para atemorizar a los crédulos y cándidos con el horrible pecado de la carne... ¡Con el pecado de la carne, de donde procedemos, y que vive con nosotros! ¿Comprendes, desdichada, el gran truco? Con esa sola preocupación tenían bastante las mujeres y los hombres, mientras los ambiciosos solitarios se apoderaban de las riquezas y de las conciencias... Y se hizo radicar el honor allí, en el punto vulnerable y eternamente vul-

nerado, en el sexo... La mujer que *se dejase,* estaba deshonrada... El hombre que fuese engañado por su mujer, apestado también... El que robase, el que asesinase, era más persona decente que quien infringiese el sexto mandamiento... Por fortuna, aunque con un retraso de siglos, el buen sentido va imponiéndose, y si ya hay países donde no se da importancia a la virginidad de las hembras, en la misma España la lógica hace su camino y va estimándose que ser buena o mala persona no depende del número de actos carnales verificados...

—¡Horror! ¡Cómo se conoce que estás condenada!

—Al hablar así me hago la cuenta de que no soy un libro, sino un hombre, porque aun cuando no lo sea en carne y hueso sé de la vida humana más que los hombres mismos, porque un libro, y sobre todo una novela bien orientada, como creo serlo, sabe más *humanidad* que los humanos...

—En eso sí te doy la razón, pero me indignan las cosas que has dicho...

—Pues aún tengo que decir algunas más...

—¿Todavía?

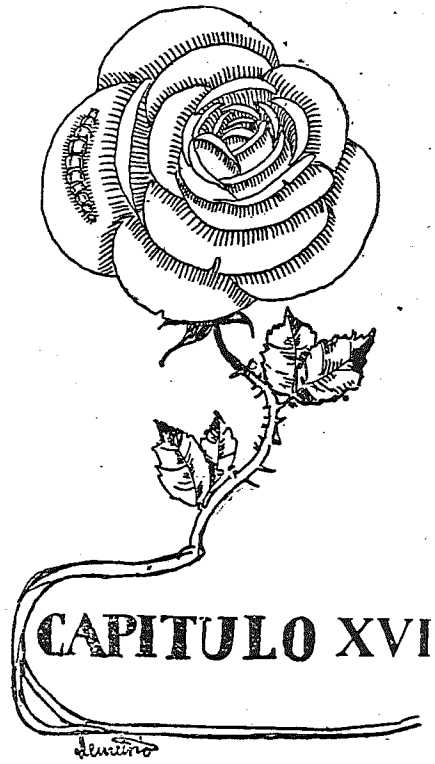
—Sí, aún no he terminado... Es que hay otra cosa mucho más grave. Recordarás que al hablar de que los profesionales de la religión estaban libres del pecado ineludible de la carne, añadí que lo estaban *oficialmente*... Sólo nominalmente, pues en la realidad resulta que son muy pocos religiosos los que no caen y se regodean con los contactos carnales... Unos hipócritamente, otros con *escándalo,* los de más allá

en juegos de inversión, los otros rindiendo culto a Onán, bien pocos se libran del fuero carnal... ¿Cuántos no cometen *pecado* de adulterio? ¿Cuántos no *deshonran* vírgenes? ¿Cuántos no tienen concubina? Hay excepciones, claro, pero ten en cuenta que en los hombres del *siglo* los hay a la vez que no buscan ayuntamiento con hembra, o porque son anormales, o porque su naturaleza está muerta, en la impotencia, en la abstracción... Aparte de que vivir del tráfico espiritual, a expensas del misterio inquietante del más allá, es de por sí grosero y repugnante... Todo el que vive de una cosa, y la explota, hace comercio, y si éste es el inconveniente de los artistas, que han de vivir de su arte, ¿qué no diremos de los que explotan y se enriquecen a costa de la religión? El Arte debería darse gratuitamente, como un don divino, pero las necesidades materiales de la vida imponen sus leyes bárbaras, pero después de todo, los artistas no salen a la calle—aunque podrían hacerlo—a decir que son seres divinos, enviados por Dios... De todas las religiones, sólo la católica esgrime la delictiva falsedad contra los fueros de la naturaleza... Y fíjate que no he dicho el cristianismo, donde aparte de las negruras y pesimismos que encierra—delictivos e inmorales, ya que la salud pública es lo primero—hay tantas cosas grandes y sublimes, llenas de justicia... El catolicismo es una rama nefanda del cristianismo. Nadie más en pugna con Jesús que los que se llaman sus ministros. Nadie más anticristiano que los católicos... Pero, en fin, los católicos

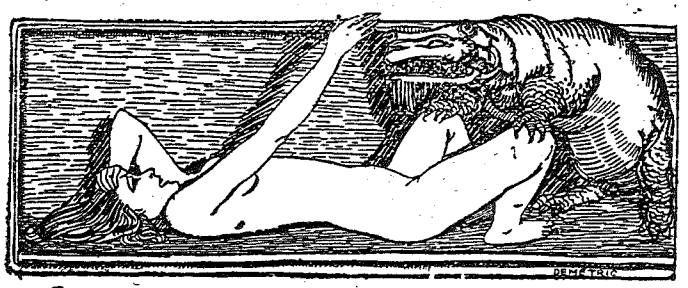
de buena fe son respetables, como todo lo que se dice y se hace con rectos y diáfanos propósitos, con honrados anhelos... Contra lo que yo voy es contra la mentira, contra los farsantes, contra los fariseos, contra los mercaderes del Templo... Y no hablemos más, si te parece, porque presumo que no voy a convencerte, o porque no me entiendes, o porque no quieres dejarte convencer...

Nada contestó la novela *Almas adentro*. Me fijé, y exhalaba unos tenues ronquidos. Se había quedado dormida. En cuanto al libro de *Ensayos,* continuó en su mutismo, sólo interrumpido por algún gruñido...





CAPITULO XVI



XVI

De las ciudades españolas que conozco—Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, etc. etc.—en ninguna he pasado tanto calor como en Murcia. Porque los libros estamos sujetos también a experimentar las sensaciones de calor y frío. Los libros sudamos, no sólo tinta, sino un líquido muy semejante al de los hombres, y esa pátina sucia que queda en nuestras hojas por los sitios manoseados con frecuencia por el lector, no es éste sólo quien la imprime, sino que nosotros colaboramos en esa sombría labor. Sudamos; y temblamos de frío, sobre todo cuando en invierno nos abandonan en medio de una corriente de aire, y nuestras pobre hojas, como huesos laminados, tiritan quejándose. Cuando un libro pierde la cubierta, es como si perdiese el pelo. Cuando le rasgan una hoja, es como si a ti, lector, te arrancasen una uña; y cuando nos tiran al suelo, o

nos queman, experimentamos lo que tú mismo sentirías si obrasen contra ti. Hay, pues, que respetar los libros, tanto como a los árboles, y más aún que a los animales. Un libro *animal* es un doctor en filosofía al lado de un analfabeto. Los libros nos subdividimos en tantos apartados como huesos tiene el cuerpo humano. Hay libros cerebrales, y respiratorios, y pulmonares, y sexuales, y pedestres. Y no creo que no sirvan al hombre los pies tanto como la cabeza. Todo es preciso en el organismo, y así todo libro merece respeto. En la orquesta literaria se precisan todos los instrumentos, desde la risa al llanto, pasando por la distracción y por el análisis. La fisiología no desdeña el estudio de los órganos genitales a pretexto de la moral. Del mismo modo, en el análisis o psicología, el novelista no puede pasar por alto los impulsos y las atracciones de los sexos. Sólo se requiere, en la orquesta aludida, que sea literario lo que se escribe, es decir, que la pluma la mueva un artista, un escritor, y no un mozo de mulas, o un cocinero más o menos afeminado, oliendo a tabaco u oliendo a rosas. Pero incluso los libros malos merecen respeto o compasión. Da pena destruir un árbol, aunque su tronco no esté derecho. Da lástima y sería un crimen destruir una criatura, a pretexto de raquitismo o malsana precocidad. Un perro, un gato, aunque cojeen, aunque no tengan la piel reluciente, tienen derecho a la vida. Pues un libro, aunque sea malo, aunque esté trazado por un comerciante de sardinas, o por un carnicero sin conciencia, o por un Ravachol de las letras, merece respeto, como las criaturas, como las plantas, como los animales... Sólo a los criminales natos, irresponsables, puede ocurrírsele colocar un libro, por teorías disolventes que contenga, por audacias que encierre, en rango inferior al de los lagartos. Un libro, pues, por malo que sea, no debe ser destruído.

Pero regresemos a Murcia. No os voy a describir la ciudad levantina, que, después de todo, se parece a París más que Madrid, porque el Segura es un Sena diminuto, como La Cierva es un Briand de juguete. Yo no puedo hacer descripciones, porque sólo conozco el mundo a retazos, y lo único que puedo describir son determinadas habitaciones, trozos de paisaje, personas; pero no ciudades, de las que sólo he visto algún trozo de calle, cuando no he ido encerrada en la maleta o en el bolso de mano.

He recordado el calor de Murcia porque no puedo olvidar aquella terrible sensación de ahogo y aquel *espectáculo* que presencié. Me dió mucha pena. Y lloré. ¿No había dicho antes que también lloramos los libros? Nuestras letras se humedecen, y a veces casi se borran, ciegas... Es que ha sido a fuerza de llorar...

Los pobres mentecatos que creen que Dios es el interventor de los actos humanos, algo así como un corredor de comercio o un agente de Bolsa de nuestras *acciones,* ¿qué dicen cada vez que surge un drama, donde sólo triunfa el dolor, que se ceba a

veces en quien jamás cometió el más leve desliz moral, la más insignificante transgresión ética? ¿Qué delito habían cometido aquellos padres? Criar una hija, *mirándose en ella* como en el más límpido lago de luz, para que un día los lleñe de vergüenza, ¿no es para morirse y para maldecir de... los que creen que Dios hace estas cosas? No. La vida es un pantano, donde viven miles de monstruos—instintos, pasiones—que no saben ni entienden de grandezas, de purezas, de misticismos, de ternuras. La vida humana es una cosa fatal, como la de las larvas. Nacemos, crecemos, procreamos y morimos. Estas son las únicas verdades absolutas del vivir. Después..., en los intermedios, devolvemos mal por bien, somos ingratos, nos avergonzamos ante los buenos, envidiamos lo que no tenemos y nos devoramos unos a otros sin el más insignificante resquicio de conciencia. Padres que abandonan a sus hijos, dejándolos morir de *necesidad;* hijos, como aquélla, que los asesinan sin piedad; hermanos que se traicionan; hermanos que yacen con sus hermanas, y padres que *inician* a sus hijas... Todo esto *lo sé;* no me lo han contado: lo he visto... Por eso, a veces me identifico tanto con lo que digo, que hablo, como hace un momento, olvidando que no soy humano, sino libro... Que el lector me perdone. Pero ¿cómo he de creer en la literatura *blanca,* si sólo veo cuadros hediondos, traiciones, felonías, bajos móviles, bajo la más alta bandera?... Hay hombres buenos, y mujeres mejores; pero son *la excepción de la regla general*... La



Sólo veo cuadros hediondos.

Humanidad, si materialmente es un montón de intestinos, de piltrafas llenas de pus, moralmente es la encarnación de la lepra, del cáncer, de la sífilis, del alcoholismo... Sólo de vez en vez los destellos de las almas, el resplandor de la hoguera del espíritu iluminan el fangal...

* * *

Se llamaba Pura. Purita. Unigénita. Sus padres no tenían en sus antecedentes hereditarios ni alcoholismo, ni sífilis. Sólo artritismo. Pero eso es lo normal. Hoy una persona *no artrítica* es un anormal, a no ser que nos empeñemos en confundir lo normal con *lo que debe ser.* El padre se llamaba Rosendo. Rosendo Mucho Más. La madre, Francisca. Paca Poco Menos. Ya he dicho que hay nombres que parecen anagramas burlescos.

El matrimonio tuvo, a los tres años de esperarlo con ansia, un hijo, que murió al cumplir los dos años. Y cuatro años después, y tras súplicas y rogativas al Altísimo, vino al mundo una niña: Purita. Rubia, como la madre, con los ojos grises, como el padre. Un reparto equitativo de cualidades físicas.

Necio sería, tras lo expuesto, decir la felicidad que al fin tuvieron Rosendo y Paca. Eran ricos, muy ricos, sin sobrinos, con parientes todos ricos. Su capital, de continuar la esterilidad de aquella unión, hubiese ido a los frailes o a las monjas, porque eran muy religiosos, al uso devoto y católico, y nada di-

lapidadores. La ilusión de don Rosendo, después del chocolate con picatostes, era el paseo por el campo, las patatas fritas y el arroz con leche, aparte de la misa entera y el rosario. Doña Francisquita era feliz con las novenas, con la confesión y comunión, los huevos duros y las visitas. Hacer y recibir visitas. Tener la casa bien puesta. Y almorzar sardinas fritas con mucho aceite calentito, mojando bien el pan en la pringue. Como se ve, gente buena, honrada, sencilla, sin complicaciones. Ni que decir tiene que en aquella casa no se leía ni la *buena* prensa. Ninguna *lectura,* ningún *mensajero* del alma. Ellos se comunicaban con Dios directamente.

Purita fué a un colegio de monjas, externa, y casi siempre su madre misma, con la criada, la llevaba y la recogía. Doña Paca no recordaba, cuando su hija cumplió los diez y siete años, haberla abandonado ni con las amiguitas ni con otras madres. Más bien las demás jóvenes iban a casa de Purita. Como hija única fué criada, educada, vigilada, mimada.

En la casa había un antiguo criado: Pablo. Llevaba catorce años al servicio de aquellos burgueses. Era casado, con seis hijos. Alto, guapo, con los ojos verdes, con la faz llena de ángulos, y leves protuberancias frontales.

Purita se había aburrido mucho en su vida de hija única. A los quince años su paso por la calle era un espectáculo de salacidad para muchos hombres. ¡Aquellas pantorrillas, aquellos pechos, aquella sonrisa, aquellos ojos entornados! ¡Aquella mata de



Llévame donde quieras, lejos de aquí.

pelo, suelta! Muchos viejos tenían que agarrarse a los hierros para no caer. Muchos estudiantes, del Instituto y de la Universidad, aullaban materialmente al ver a Purita. Era una mujer, un espléndido capullo de mujer vestida de corto.

Al único hombre que había visto de cerca Purita, fuera de su padre, era Pablo. Y se enamoró del criado, con la ceguedad e inconsciencia de los primeros pasos del instinto.

Para Pablo, la nena era un sueño de Paraíso, una visión de carne divina, de juventud enloquecedora. Pablo se enamoró de la chiquilla como una bestia en celo.

Y como no hubo ocasión de otra cosa que besos, abrazos y lascivias rápidas, la joven misma ideó la fuga.

Una noche salió de su alcoba Purita y se dirigió en busca de Pablo, que intentaba dormirse.

—¡Vámonos, Pablo!

—¿Dónde?

—Llévame donde quieras, lejos de aquí. Quiero ser tuya, tuya de verdad...

Y como el criado parecía dudar, ella le echó los brazos al cuello. Pablo ya no vaciló, porque para él la posesión de aquella virgen estaba por encima de todo... A la una de la madrugada salieron a la calle. Pablo recogió de su casa sus ahorros—seis mil reales—, y se fueron a la estación, para montar en un tren mixto que les llevase a Cartagena. El hasta entonces hombre honrado y fiel servidor, no se fijó en

que al día siguiente su mujer y sus hijos no tendrían dinero para alimentarse, ni alegría para seguir viviendo. Y menos aún hay que decir que Purita no pensó ni un momento en sus padres.

Los extraños amantes bajaron en Cartagena, y a mediodía tomaron un barco que los dejaría en Orán.

* * *

Los padres de Purita murieron antes de un mes de estar lejos de su única hija. Primero, el mazazo brutal los dejó idiotizados unos días. Luego presentaron en el Juzgado la denuncia contra el raptor. Más tarde, cuando a los veintidós días no sabían nada de su hija, cuando ya apenas tenían alientos, perdonaron, publicando unos anuncios en los periódicos llamándola sin condiciones. Con que volviese se consideraban felices. Don Rosendo murió de congestión. Doña Paca falleció porque su corazón claudicó y se negó a proseguir unos latidos inútiles.

La mujer del criado no murió, pero vió a sus hijos morderse materialmente los puños de hambre. En la ciudad la miraban como apestada, sin caridad, sin compasión. Hasta que un señor, volteriano, ateo, le dió cincuenta duros para comer. Y ya no sé más.

¿Cómo entré en aquella casa, y lo que no presencié lo supe? La cocinera, Rafaela, me adquirió por tres reales en una tienda de ultramarinos, por cesión de un dependiente aficionado a la lectura. ¡La

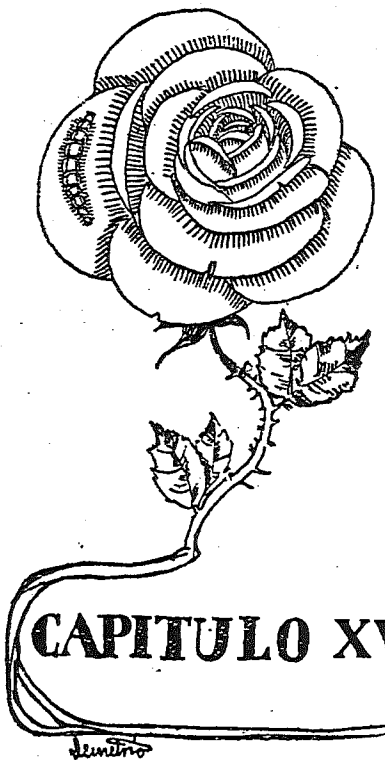
pobre cocinera sintió aquel drama como propio! Hasta renegó de mí, que apenas había llegado a la página 80, y me cedió gratis a la lavandera, como avergonzada de tenerme.

Ni don Rosendo, ni su señora, ni Purita, ni Pablo me vieron. ¡Y cualquiera que me hubiese sorprendido bajo el colchón de Rafaela hubiese quizá exclamado al verme!:

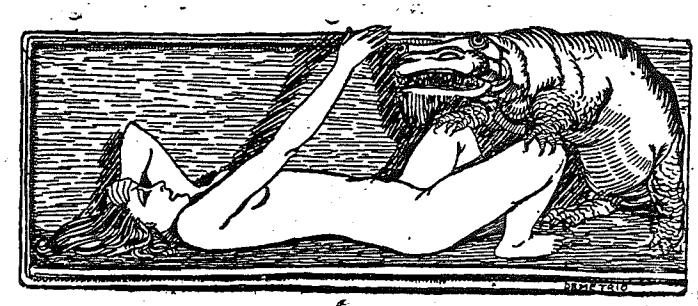
—¿Había en esta casa libros impíos, inmorales? ¡Ahora me explico la horrible fuga de Purita!

Rafaela, mi única lectora allí, aunque parcial contra mí a causa del horrendo drama, tenía un gran corazón y habría sido incapaz de hacer daño ni causar dolor a nadie, a sabiendas al menos. Lo único que se me ocurre es preguntar:

¿Sabían en realidad Purita y Pablo el daño que causaban? ¿Sospechaban lo criminal de su conducta?



CAPITULO XVII



XVII

En el intervalo de quince días tuve ocasión de contemplar un contraste curioso. Primero fuí a parar a manos de un novelista libertino, que escribía obras de regodeo sensual, describiendo escenas sucias. Este individuo odiaba a Fernando Zaldívar. En aquella casa, propiedad de don Benito Sirtes, que así se llamaba el sucio escritor, reinaba el orden más completo y la moral más austera. Su mujer, doña Genoveva, apenas sabía leer y, por supuesto, no se preocupaba lo más mínimo de la obra de su marido. Para colmo, la buena señora hasta era fiel al marido.

Allí se iba a misa todos los domingos y fiestas de guardar. En fin, una farsa ridícula.

A los pocos días, la criada me prestó a su novio, que era a la vez novio de la doncella de otro escritor, el ilustre don Jeremías Sándalo, uno de los más



... mujeres que *colaboraban*...

serios prestigios del país. Don Jeremías había organizado una campaña contra la llamada *pornografía,* en la que colaboraban muchos periodistas y escritores que por diez duros componían relatos indecentes, que firmaban con seudónimos y que enviaban para su publicación a *revistas* clandestinas.

Este señor Sándalo, a pesar de su apellido, olía mal, con hedor en el aliento, y su mujer era bastante guapa y tenía la desgracia de estar afectada de furor uterino. Doña Italia, que ése era su nombre, era lo que en el *argot* galante se llama una *furiosa coleccionista.* Bien es verdad que el marido había contribuído a prostituirla, primero llevando al hogar mujeres que *colaboraban* con el matrimonio, y luego hombres. Al principio, en esto de los hombres, Sándalo apelaba a los viajes, y en una ciudad importante, de noche, contrataba los agentes ejecutivos de su perversidad, que iban al hotel, a oscuras, la víspera de partir. Pero después fué en Madrid a plena luz, en el propio domicilio, donde se celebraban los repugnantes ritos.

El escritor sucio, viviendo cristianamente, y el escritor serio y moral, enfangado hasta la cabeza, constituyeron uno de los contrastes más fuertes que he visto. Luego he observado que en esto, como en todo, hay gran diferencia entre lo que se dice y lo que se hace. El mundo está lleno de farsantes, que obran en la vida privada de modo opuesto a sus aportaciones en la vida pública. Hombres buenos que matan, asesinos que materialmente no han asesinado

a nadie, moralistas depravados, e inmorales con el alma de monja pura... Este es el espectáculo que a un observador ofrece la Humanidad. De ahí que los hombres buenos sean perseguidos y vejados por la inmensa mayoría de las gentes. Y llamo hombres buenos a aquellos que sus actos, secretos y públicos, siguen la línea recta que les marca un corazón noble y generoso...

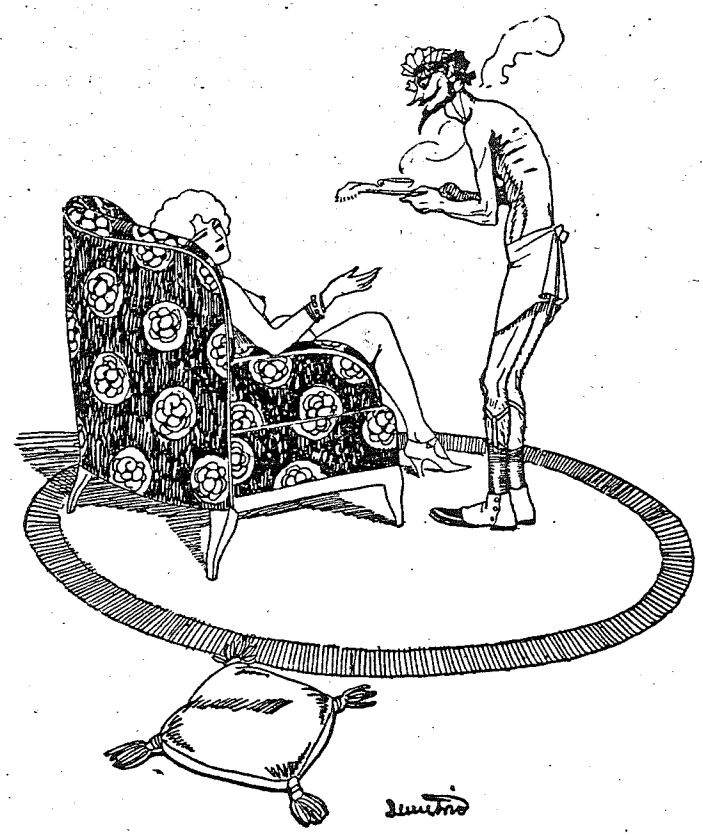
Observaréis que no he descrito físicamente los tipos de este breve capítulo. No quiero que se crean fotografiados más de cuatro, en quienes concurren ciertos rasgos apuntados. Porque no deja de tener gracia esto de sentirse *fotografiados* en una novela... Escritor ha habido que al describir a una lesbiana ha ofendido a tres o cuatro a la vez, sin querer aludir a nadie, por supuesto. Por cierto que a ese escritor una lectora, ingenua hasta el éxtasis, le preguntaba muy seria en una carta:

"Pero ¿es que existen mujeres que dedican sus preferencias sexuales a otras mujeres? Eso es imposible..."

* * *

Del domicilio de don Jeremías pasé, tras un viaje de tren, a casa de la entretenida de uno de los más grandes hombres de España, en el sentido del talento, probado en diversas y resonantes actividades.

Ella se llamaba Marta Martín. Alta, delgada, po-



El, como si fuera una criada...

seía un cuerpo artístico, de estatua divinamente modelada. Ojos negros, largas pestañas, boca grande, dientes muy blancos, labios finos, nariz griega. El nombre de él era Rafael de Cambados. Alto, huesudo, con amagos de tuberculosis, atormentado por las más *microscópicas* larvas de la lujuria. Cuando le conocí tenía cincuenta años. Y su sensualidad sólo despertaba de una forma que me dejó sorprendida.

Hacía desnudar por completo a su amante y se desnudaba él. Ella se sentaba frente a un velador, y Cambados, entonces, con un diminuto mandil blanco sujeto a la cintura y una cofia azul en la cabeza..., ¡servía el té! El, como si fuera una criada, una doncella. Marta hacía de señora. Y después del té venía... *lo otro,* la única posibilidad. Ya supondréis para lo que servía el pequeño mandil.

La habitación estaba llena de espejos, entre los cuales había unos dibujos pornográficos de los más ilustres dibujantes. ¡Así hacía el amor uno de los hombres de más positivo valor intelectual!

¿Qué misteriosas rarezas encierra la *pathos* de la lujuria? ¿Por qué misteriosos conductos llega a hombres que en la vida son ecuánimes, talentudos, hasta geniales? Preguntas son éstas que deben contestar los médicos y los novelistas, analizando casos patológicos. ¡La verdad es que el hombre constituye un triste ejemplar de maquinaria, donde, sin embargo, aletea el misterio del espíritu y de la inteligencia! La fisiología misma, incluyendo la de todos los seres, ¿no encierra diversos misterios, que ocultan,

como dijo el poeta, el último *porqué?* La sangre circula, pero ¿por qué? La digestión se verifica, pero ¿por qué? El placer se realiza, aunque tan fugazmente; pero ¿de dónde arranca y dónde acaba el misterio de la procreación?

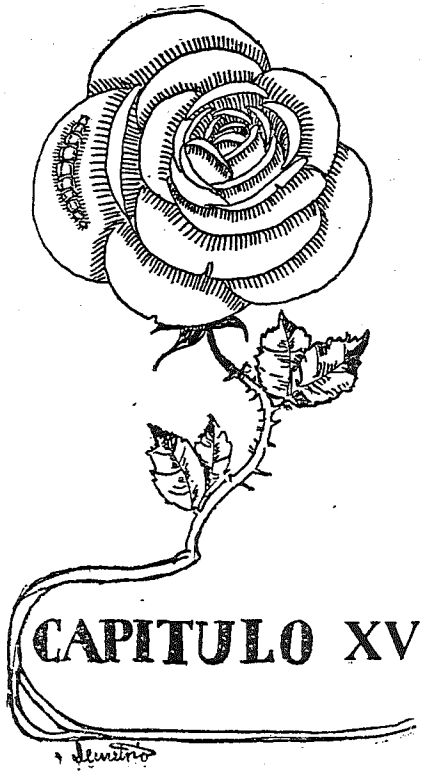
Y volviendo a lo anterior, ¿por qué Cambados, hombre cien veces ilustre, cerebro privilegiado, necesitaba para gozar servir el té de la forma dicha? ¡Y había que ver el tipo , como yo lo vi desde la tabla de un *etagère!* Con la cofia puesta, desnudo, con aquel cuerpo esquelético y aquella barba puntiaguda, con el mandil, con la bandeja en la mano. De tan ridículo el cuadro, era trágico y producía escalofríos. Servía el té haciendo reverencias; ella le autorizaba para sentarse, y entonces bebían a pequeños sorbos, en silencio, hasta que, de pronto, surgía el espolazo del deseo, y entonces... ¡cómo se le ponía la barbita, aquella barba de chivo! Yo creí ver una vez las pezuñas en vez de los zapatos...

Ella, Marta, parecía resignada, no gustosa. Pero aquel hombre, millonario además, ¡pagaba tan bien! Las dos rarezas que supe de Cambados fueron: una, la que vi, y otra, la que oí: aquel hombre, aquel cerebro de maravilla, ¡odiaba a su madre! El no acertaba a explicar por qué. Nunca hay razón para tal monstruosidad. Pero él no hallaba, no sabía hallar, el origen de aquel odio... ¡Pero, por lo que oí, la odiaba de veras!

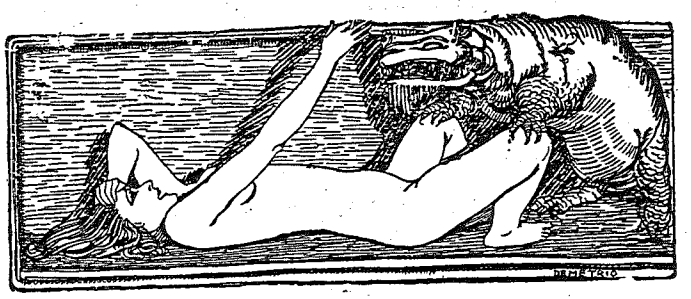
¿El manicomio? Pero ¿y el manicomio para los alienistas? ¿Locos de atar? Pero ¿quién ata a los

que van a atar a los locos? ¿Quién ata a los *loqueros?* ¿Quién dictamina sobre el estado mental de los especialistas? No hay más que un manicomio verdadero y legítimo: el Mundo.





CAPITULO XVIII



XVIII

¿Qué soy yo? Un libro. ¿Y qué es un libro? El lector, generalmente, cuando lee sin trabajo unas páginas queda bajo la impresión de que *aquello* ha sido redactado sin esfuerzo. Parece como si la amenidad fuese un lubrificante que hace resbalar la atención del lector sin huellas dolorosas. Es decir, que a mayor facilidad en la lectura corresponde una mayor ingratitud o incomprensión del que lee. Otros libros, duros, inhóspitos, soporíferos, monótonos como un desierto, de esos que cuesta Dios y ayuda hincarles el diente, dejan en el heroico lector la impresión extenuante de haber sufrido una operación quirúrgica sin cloroformo ni otros anestésicos. Pero de este dolor emerge cierto respeto al escritor, respeto, por otra parte, hijo de la modestia del abnegado amante de la lectura:

—Mucho trabajo me ha costado leer esto. Pero si

yo he realizado tan intensa e ingrata tarea sólo con leerlo, ¿qué empresa gigantesca no habrá llevado a cabo el autor?

Todos los libros, mis hermanos, desde el Kempis al *Gamiani,* suponen, sin embargo, trabajos, esfuerzos, dolores, energías empleadas, como en todos los alumbramientos de vida. Lo que más me interesa del esfuerzo que realizo al escribir—por misteriosos y desconocidos dictados que a ello me impulsan—es dejar, como libro, esta sensación de que un libro es un ser viviente, consciente, cuya vida sólo tiene los riesgos generales a los demás seres, con la ventaja a nuestro favor de que la nuestra puede prolongarse y casi ser más eterna en un medio culto y propicio. Los libros tenemos dos vidas: una, la material, que lleva consigo además la otra, que es la del espíritu, que a su vez se materializa en nuevos seres, que son las nuevas ediciones.

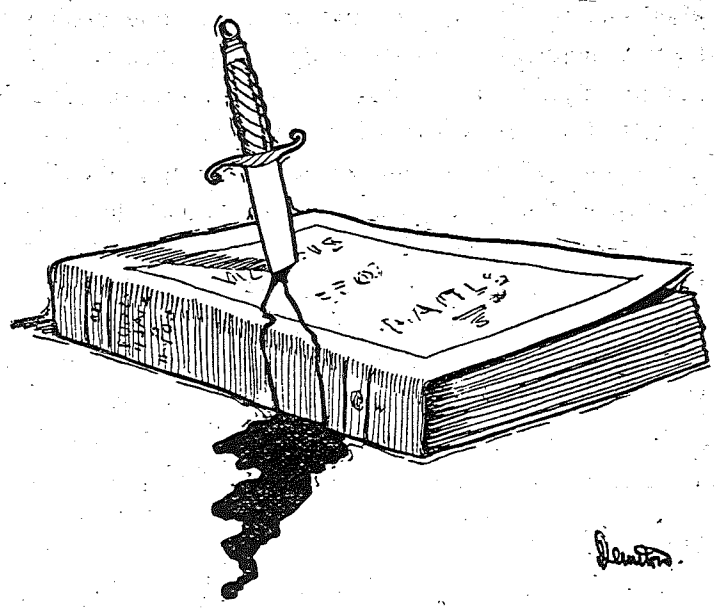
Pero los libros fáciles, amenos, que se leen con gusto, las novelas, sobre todo, no están escritas con esa facilidad que puede creer un lector frívolo y superficial. No. Una novela es primero un largo proceso de concepción, con su cohorte de ingratitudes, esfuerzos, dolores, desalientos, satisfacciones. Después es otro ciclo doloroso generalmente de realización, de parte material. Y ese esfuerzo de meses, de noches de insomnio, de dolorosos atisbos, de angustiosas concreciones, es juzgado luego con desprecio en una sola sesión por cualquier lector inconsciente, o puede ser arrojado al suelo, vejado, injuriado, perseguido...

¡sin que el libro pueda hacer otra cosa que abrir sus hojas para abrazar todas las manos que a él vengan!

Lector: por lo que tú más quieras, por lo que más en estima tengas. ¿Eres padre? ¿Eres madre? Si no tienes hijos, habrás tenido padres. Y si no has conocido, por muerte o por deserción, a los autores de tus días, entonces te lo pido por la madre que debiste tener y merecías. Pues por tu madre, por tus padres, por tus hijos, por tu corazón y por tu sangre, yo te pido, lector, que respetes los libros; si no los amas, por lo menos respétalos. Lee los libros que sean de tu preferencia. No aconsejes la lectura sino de aquellos libros que tu conciencia te dicte. Evita y prohibe que, sin preparación, sin cultura, lean tus hijos libros que a cierta edad puedan ser mal interpretados, mal digeridos. Pero respeta los libros. Ama a los libros. Pero, repito, por lo menos, respétalos, como a las flores, como al agua, como a la música, como al fuego, como a las plantas, como a los árboles, como a los animales, como al sol, como a la luna, como a todo lo respetable que hay en el mundo...

A ti, lector, no se te ocurrirá matar a un hombre porque te sea antipático, o porque él sea anarquista, mientras tú te regodeas en un tibio ambiente de sanchopancismo... Tú no creerás que la Inquisición debe implantarse, y no serás partidario de que las personas sean asesinadas por sus ideas o por sus gustos. Pues tampoco debes odiar o desear el exterminio de los libros que no estén conformes con tu manera de pensar o de sentir...

¿Crees que la literatura es un veneno si no está inspirada en los prejuicios religiosos, políticos o sociales? Pues entonces, para ser lógico hasta el último extremo, declárate partidario—y practícalo—de la supresión del tabaco, del alcohol, de los teatros,



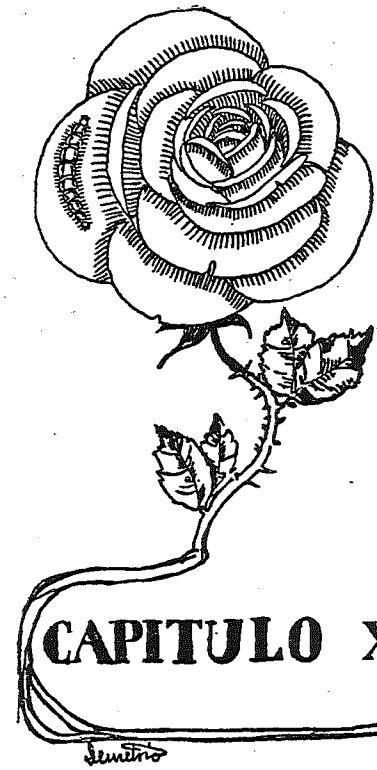
de las corridas de toros, del boxeo, de las mujeres *no casadas* y de los casinos y centros de ocio.

Ama a los libros, lector. Porque te conviene amarlos y porque de ellos es el reino de este mundo. Todo pasa, todo evoluciona, todo decae, todo muere, menos los libros, que por ser la condensación viva del pensamiento, cada día aumentará su difusión. Contra el

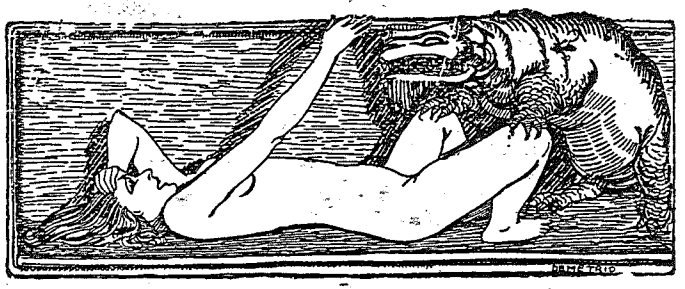
libro no podrá nadie reñir una batalla seria. Hasta los más furibundos enemigos del libro disfrazan su ferocidad con distingos, diciendo que hay *libros* y *libros*. Pero eso no es un argumento. Hay libros buenos y malos, sí. Sólo son malos los que están mal escritos, torpemente trazados. Pero ya lo dije antes: también hay hombres buenos y malos, esbeltos y contrahechos, garridos y jorobados, y a nadie se le ocurre defender para los *tachados* la pena capital. ¡La pena capital! Este es en realidad el único pecado *capital* que existe. Los demás son temas para farsantes y embaucadores.

Ama a los libros. Respeta a los libros, lector, porque si no, además de calificarte de inmundo y vil, perderás el tiempo.





CAPITULO XIX



XIX

No he dicho nada hasta ahora de las cartas que se meten entre las páginas de los libros. Yo he abrazado algunas; pero de todas las que leí, se destacan dos, que por el asunto que en ellas se ventilaba, me interesaron tanto que las recuerdo literalmente. Una, la primera, me la depositó su autor durante unas horas, vacilando entre hacerla pedazos o enviarla a su destino. Por fin se decidió por esto último, y a los pocos días recibía yo, entre las páginas 112 y 113, la contestación a la que ya conocía. No resisto la tentación de transcribirlas, ya que, al fin, de lo que hablan es referente a otro libro.

Dice así la primera:

"Mi querido Isidoro: Estoy muy preocupado. Sólo a ti, que por tus años, por ser hermano mayor, por tu sabiduría, por vivir constantemente en el extran-

jero y por tantas cosas, puedo confesarte lo que acontece en esta casa. Ya te imaginarás cuánto sufro desde la muerte de Clara. Aquella tragedia, tan brutal como inesperada, que privó de la vida a mi única hija, mi único consuelo y mi única razón de ser, me quitó veinte años de vida, y si no he muerto ya, don que el Cielo no acaba de concederme, soy en realidad un cadáver, sin otra diferencia sobre los demás que el mío podría ir por su propio pie al cementerio. Déjame, antes de pasar adelante, querido hermano, que recuerde algo de aquel espantoso crimen. Es un desahogo para mí, aunque bien doloroso y triste. Clara, desde que quedó viuda, hacía más de cuatro años, jamás había pensado en casarse, a pesar de haberla solicitado formalmente más de seis caballeros, tan respetables como ricos en dinero. Ella no tenía hijos, era joven, era hermosa y tenía derecho a la vida y al amor, y yo mismo hube de decírselo varias veces. Pero ella conservaba hacia Federico tal culto e idolatría, que se indignaba cada vez que le hablaban de la posibilidad de un nuevo matrimonio. Un hombre que parecía bueno y que vivía frente a nosotros se enamoró locamente de mi hija. Se llamaba Luis Vallejo, era médico, y joven, y guapo, aunque no poseía dinero, y no me disgustaba. Clara no le quería, no le hacía el menor caso, y el desventurado—no le guardo rencor, a pesar de todo, por monstruoso que pueda parecerte—perdió la razón, hasta el extremo de que un día, encontrándose a mi hija por la calle, le descerrajó tres tiros. El suceso, el horrendo e inexplicable crimen, hizo aumentar la tirada de los periódicos diarios, esas fieras insaciables y voraces que todo lo sacrifican al humeante plato que llaman actualidad. Se tejieron, como sabes, alrededor del crimen mil fábulas novelescas, que los periódicos recogieron con más o menos pudor. Yo me explico que la fantasía popular se desborde ante el estruendo de un drama que *puede ser* pasional, y la gente no acabe de comprender que ciertos sucesos son simplemente crímenes inconscientes de locos. Como Luis Vallejo había asesinado a mi hija, lógico era que creyesen que entre Clara y el asesino habían existido relaciones más que platónicas. El honor, pues, de mi hija estaba en entredicho; pero cuando cae sobre una familia cualquier desgracia de este calibre, inevitable es y ha sido siempre que la fantasía corra a grandes raudales. La desgracia está en el suceso, en el crimen, y lo demás se nos da como amargas añadiduras al cáliz de la fatalidad. Otros suponían que..., pero, en fin, no quiero seguir recordando estos detalles; que en éstos no hallo ni el lenitivo doloroso que Dios me concede no olvidando a la que fué mi alegría y felicidad.

"Pero he aquí que cuando todo parecía calmado y olvidado, se ha publicado una novela inspirada en lo que la fantasía popular dió por hecho. Yo confieso que no tenía necesidad de haber leído ese librote, y la mejor merced que podían haberme hecho habría sido ocultarme la existencia de ese libro del

demonio, cosa bien fácil de lograr puesto que yo vivo aislado del mundo y nunca leo novelas. Pero en esta sociedad cristiana todos parecen complacerse en hacernos *subir el calvario,* y aunque los mismos que nos traen la nueva cruz o el puñal se ofrecen de cirineos, más les valiera interpretar con más justeza los divinos preceptos. Lo cierto ha sido que publicarse la novela aludida y traérmela a leer todo fué cosa de minutos. Pero la ha traído un abogado, pariente lejano nuestro, Veremundo Romo, a quien creo que no has tratado nunca. Romo venía pálido, con la mano temblona y la voz alterada:

"—¡Mire usted! ¡Lea usted! ¡Lea usted! ¡Qué infamia!

"Y puso en mi mano un libro, que se titulaba *Por qué mató Pedro.* Me imaginé, como comprenderás, de qué se trataba. Pero lo que no me imaginaba era qué se proponía el pariente trayéndome el engendro. Y como yo no supiese qué decir, continuó:

"—Esta novela la ha escrito un joven inmensamente rico, que si usted quiere pagará caro su falta...

"—¿Que pagará caro?

"—Sí, señor. Afortunadamente, este galán tiene dos o tres millones de pesetas, y podremos entablar un pleito civil... Nada de querellas.. Debemos ir a lo práctico, a sacarle dinero... ¡Qué canalla!

"Tú sabes, querido hermano, que yo, aunque no ejerzo, porque me repugnó siempre andar entre curiales, soy abogado, y conozco la legislación tanto



Retrato del abogado Romo.

como el primero... Así, pues, ya te imaginarás mi asombro al oír a Romo.

"Y le dije:

"—Lamento, en primer término, que usted me haya traído la mala nueva. Yo podía haberla ignorado y Dios se lo hubiera tenido en cuenta. Pero, en fin, ya que usted la ha traído, la leeré y daré a Dios una nueva y borreguil prueba de resignación. La leeré. ¿No es eso lo que usted quiere? Pues la leeré. ¡No faltaba más! En cuanto a lo del pleito, ¿habla usted en serio? ¿Olvida usted que yo renuncié a la indemnización a que los Tribunales condenaron al asesino de mi hija? ¿No pensaría todo el mundo, y con razón, que si fuí liberal y digno despreciando un dinero, había sido porque el criminal no tenía un real, y que, en cambio, al ver posibilidad de sacarlo a otro, me apresuraba a ponerle los puntos? Además, ¿usted me cree capaz de hablar de dinero en un asunto relacionado con mi hija? Le he oído a usted y no le creo...

"Seguía callado Romo. Se mordía las uñas, se chupaba los dedos. Le había salido mal la combinación. Pero volvió a la carga:

"—No me ha entendido usted. Si ganásemos el pleito, usted podría dar el dinero a cualquier institución benéfica... o darme a mí poderes para una transacción...

"No sé cómo no abofeteé al impostor. Pero me contuve, y dije:

"—Fíjese en una cosa: en ese asunto llevaría todas las de perder yo moralmente. Para quedar airoso tendría que conseguir dos cosas: primera, una sentencia condenatoria para el escritor, pero en una cantidad importante, y segunda, que esa cantidad la hiciésemos efectiva. Sólo así nos libraríamos de un deshonor manifiesto. Porque si la condena era irrisoria y nos reconocían el derecho a cobrar, a expensas del honor de mi hija, seis, ocho o diez mil pesetas, y las cobrásemos, ¿no creería la gente que la donación de esa suma había sido por su pequeñez? Y si obteníamos una indemnización fuerte—superior a la que se nos reconoció por el asesinato—y no podíamos cobrarla, ¿en qué situación tan bochornosa íbamos a quedar, si no era posible demostrar que efectivamente la destinábamos a una obra de caridad? Es inútil, pues, hablar de esto, Romo.

"Y se marchó nuestro pariente. E inmediatamente leí la novela. ¿Y quieres que te diga la verdad? ¿Toda la verdad? Allá va, y perdóname si no compartes mi sentir. La novela, en primer término, *no es aquello*. Se parece, pero *no es*. Ni su acción transcurre aquí, sino en una ciudad imaginaria, ni los nombres se parecen siquiera. Se ve que el autor ha escrito de buena fe, honradamente, su obra, porque el tipo de la víctima está tratado con cariño, con verdadero calor de humanidad. La protagonista de la novela es una mujer buena, que cae por amor, sugestionada, aherrojada por otras vo-

luntades. Si mi hija hubiese caído *así,* yo habría seguido estando orgulloso de ella.

"Y con esta impresión estaba yo cuando al día siguiente volvió Romo, en unión del padre Cuervo, el célebre jesuíta inspirador de *La Batalla,* el periódico de los religiosos. El padre Cuervo me inspira un gran respeto y soy un fervoroso admirador suyo. Y de lo que me dijo el padre dimanan mis dudas y mi consulta a ti. Me hacen vacilar. Parece que hay otros motivos serios que aconsejan la conveniencia de este pleito. Verás. Según el padre Cuervo, se presenta la ocasión de dar la batalla a una serie de cosas de capital importancia. Roberto Fabiano, el autor de *Por qué mató Pedro,* es un joven educado en los jesuítas, con un gran espíritu de organización y con un talento que le hace temible en las actividades a que ha dedicado, con gran éxito, sus energías. Roberto Fabiano dirige tres o cuatro grandes editoriales; es decidido, valiente, enérgico, casi suicida en ocasiones, y demuestra tendencias disolventes contra todos los prejuicios, los sociales y los religiosos sobre todo. En sus novelas, que alcanzan tiradas fabulosas, se predica contra el ahorro, se proclama el derecho al amor con frases audaces, de un peligroso realismo; se fustiga a los sacerdotes y a los frailes como farsantes en su mayoría, y en las publicaciones que regenta acoge con verdadera y decidida simpatía cuanto va contra el dogma y contra la Iglesia. Como estas editoriales han logrado en España y América un éxito sin pre-

cedentes, ni que decir tiene que este joven posee en sus manos unas armas poderosísimas, y es uno de los hombres que más daño están haciendo a la juventud y a las instituciones religiosas. Alrededor de Roberto Fabiano están los hombres de más positivo valor intelectual, todos ellos hombres de izquierdas, revolucionarios y casi anarquistas. Con este pleito se quieren intentar varias cosas: echar de España, si a ello se presta el Gobierno, a este joven funesto, aprovechando la indignación que hábilmente se va a provocar en varios sectores; deshonrar su nombre, haciendo ver que ha mancillado la memoria de una muerta, y, por último, arruinarlo, para lo que ya tienen preparados dos pleitos más por esa misma novela.

"Como ves, el asunto para mí se complica, y lo que yo había creído un *chantage* indigno, propio de un leguleyo como Romo, adquiere otros matices importantísimos, que me dejan indeciso. Tú ya sabes que siempre he sido hombre creyente, católico a machamartillo. ¿Qué hago? ¿Me presto a lo que se intenta contra ese hombre? Dime qué piensas. Desde luego, el padre Cuervo me ha ofrecido que el pleito a mí no ha de costarme un céntimo. Claro que si acepto y doy los poderes a un procurador, aceptaré también lo de no gastar, pues hasta ahí podíamos llegar. Espero tu carta con impaciencia. Te abraza tu desgraciado hermano.—*Gorgonio.*

"*Posdata.*—Te repito que me contestes en seguida, aunque presumo que mañana, cuando venga el

padre Cuervo a recoger de mis labios la contestación, no podré o no sabré decirle que no."

* * *

La contestación de Isidoro tardó cuatro días en llegar. Decía así, y decía bien:

"Querido Gorgonio: Me has dado con tu carta el mayor disgusto de mi vida. Al principio estaba en un todo conforme con lo que me ibas diciendo. Pero la última parte, no sólo me ha dolido, sino que me ha indignado. ¡Desgraciado! ¿Qué vas a hacer? No puedes medir, por mucho que quieras, las consecuencias de tu debilidad, si, como me temo, a estas horas habéis dado *la campanada.* ¡Qué dolor y qué vergüenza! ¡Nuestra familia mezclada en un asunto de dinero a base de supuestas y desde luego encubiertas injurias, si es que existen, aunque me inclino a creer que no, por tus mismas palabras! ¡Nuestro nombre rodando por los prostíbulos curialescos, cien veces más hediondos que los de las pobres mujeres del hampa, y en asunto de reclamación de pesetas! Te repito: ¡qué asco! Me avergonzaría de ser tu hermano, si no te creyera en el fondo inocente de esta infamia.

"¿Quieres que te diga lo que va a ocurrir? Al padre Cuervo le ciega la pasión, cosa que le honra. A Romo le ciega la doble codicia de cobrar y de intervenir en un asunto *de ruido,* el pobre que estaba

sumido en los sótanos fríos y lóbregos del fracaso. Pues verás. He aquí los pronósticos: en cuanto sepan que pides dinero, todos los que de buena fe creyeron, por ajenas sugestiones, que Roberto Fabiano obró mal, se pondrán de su parte y le creerán víctima de una tentativa de *chantage.* Primer favor que os deberá el novelista, si es agradecido, aunque la ajena torpeza no merece gratitud de nadie.

"Segunda cosa, y ésta es la más gorda. ¡Pon remedio, si ya no es tarde! Fíjate bien: vas tú mismo, sólo tú, a deshonrar la memoria de tu hija. El novelista que, por error, por ligereza o por lo que sea, escribe un libro con equívocos de la realidad, en definitiva no deshonra a nadie, ni a sí mismo, y todo queda en lo que es: en una novela, en *cosas de novelas.* Recuerda el escándalo que se armó con *Pequeñeces,* del padre Coloma, a quien el padre Cuervo debería honrar mejor. ¿Crees que alguien con seso censuró, al fin, al jesuíta? Pues igual ocurrirá ahora. Armaréis un escándalo monumental, le haréis un reclamo gratuito al escritor y removerás los restos de tu hija, que deberías respetar por encima de todo.

"¡Paz a los muertos! La virtud de tu hija, querido hermano, debe estar para ti tan alta, tan alta, que ningún soplo ni baba humana debes creer con potencialidad para llegar a ella. ¡Respeto a la memoria de los muertos, y más si son hijos nuestros! ¡Nadie mueva, y menos un padre, la sagrada memoria de un muerto, y menos si ese muerto lo fué

entre los tormentos y nubarrones de un drama sangriento!

"¿De manera que vas a poner tú mismo sobre la mesa de disección el cadáver de tu hija? ¡Qué enormidad! Pero ¿cómo puedes hacer eso? ¿En qué piensas? ¿Vas a que haga todo el mundo la autopsia moral de tu hija, a la que sacas del sepulcro, para pedir además unos miles de duros, echando sobre la infortunada esa grotesca corona de calderilla? Cuanto más lo pienso, más me indigno. ¿Es posible? ¿No sabes que el dinero mancha cuanto toca? Y, además, a volver sobre lo mismo, a que digan que dijeron, a que recuerden los chismes de las comadres... ¡Horrible! Nunca te arrepentirás lo bastante de este paso que quizá habrás dado a estas horas. Nunca, nunca lo llorarás bastante. Vas a ser peor que los buitres. ¿Cómo has podido pensar siquiera lo que me dices?

"Porque vamos a la parte legal de la cuestión. Jurídicamente, te va a ser imposible probar que se ha perjudicado en dinero, por la célebre novela, a tu hija, porque cuando se publicó, ésta no existía, y, por lo tanto, ¿qué perjuicios materiales van a inferírsele a un muerto por supuestas injurias? Así, pues, es imposible que ganes el asunto. Pero aun suponiendo que encuentres un juez venal que prevarique y quiera complacerte, como la cosa es monstruosa, sólo podrá darte unas migajas de razón, y te dará, si acaso, una propina, unas perras gordas, porque cuanto más dinero te concediera,

mayor sería el escándalo de la injusticia; y la gente dirá:

"—¡Qué honor tan barato! A ese precio no es preciso ser rico para adquirirlo, para comprarlo...

"Nada, hermano. Te lo repito y te lo repetiré mil veces. Si has dado ese paso, habrás inferido a tu pobre hija y a ti mismo un daño irreparable. Porque, además, y como tú mismo decías al principio de tu carta, si renunciaste a la indemnización del asesino, que era insolvente, ¿cómo quieres decorosamente sacar dinero a un escritor, que ni conocía a tu hija, ni te conocía, ni pudo tener intención de injuriar? Mal asunto, malísimo asunto éste, hermano.

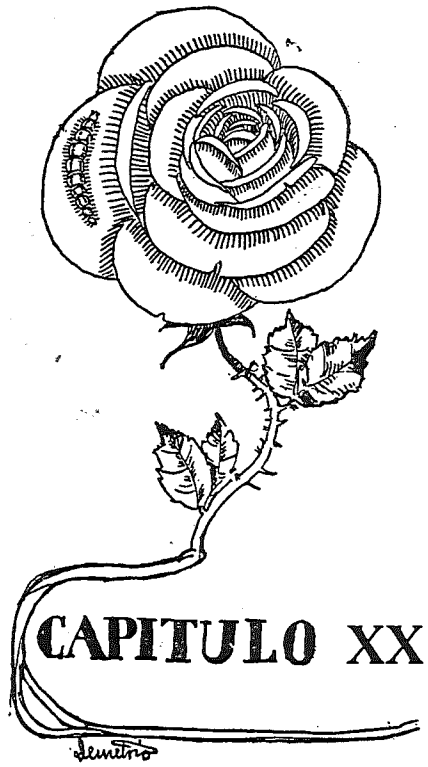
"Pero es que hay más. Vamos a suponer que ganas el pleito y le cobras unos miles de duros al novelista, que a lo mejor o a lo peor—para él—es un padre de familia que no anda sobrado de dinero, pues ya sabes o debes saber que en cuanto en España un hombre no debe nada a nadie y no da sablazos, le dan fama de millonario, ¿crees que él se iba a resignar así como así a dejarse quitar el pan de sus hijos? ¿No existiría entonces el peligro de que, viéndose perdido y arruinado, quisiese tomarse la justicia por su mano y la emprendiese a tiros con los causantes de su ruina? Mal asunto, vuelvo a repetirte; mal asunto, que si lo miras por un lado clama al cielo, si lo remiras por otro, hiede, y si vuelves a mirarlo, repugna.

"¡Pobre Clara, y cuán desgraciada ha sido en

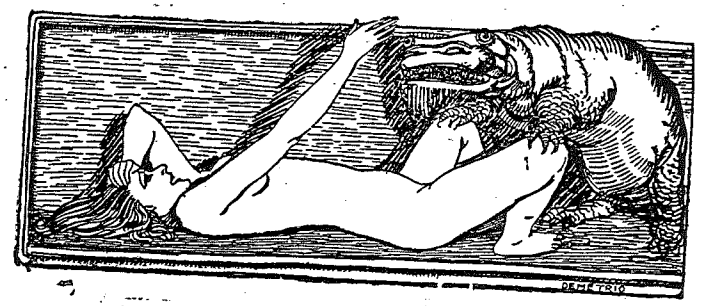
vida y en muerte! En vida, quedando viuda y siendo víctima de un pobre loco, y en muerte, sacada a escándalo público por su propio padre, mezclándola en un *asunto de dinero a base de su honor.* ¡Pobre Clara!

"Evita estos horrores, si aún es tiempo, y recibe un abrazo de tu hermano.—*Isidoro.*"





CAPITULO XX



XX

Presiento que habré de dar fin a mi labor. El espacio y el tiempo *hábiles* van finalizando para mí. Es una ley inexorable, contra la que es inútil toda apelación, como un verdadero y legítimo Tribunal Supremo, no obstante las injusticias que llevan consigo todos los *non plus ultra* en pro de la equidad, que es Unica e Indivisible.

De entre mis recuerdos destácase con *trazos vigorosos,* como dicen los oradores vulgares, el de *aquel obispo* y su pequeña historia trágico-erótico-sentimental. Oídla a grandes rasgos.

* * *

Se llamaba Fermín. Fermín Ormán. Era hijo de un militar, muerto gloriosamente el mismo día que

Fermín vino al mundo. La madre, Genoveva Mon, era guapa, alta, rubia, y poseía un alma mística, en cuyo fondo se amontonaban todos los fanatismos y ritos eclesiásticos. Por eso un día, llorando, cuando Fermín tenía diez y seis años, pidió al hijo que *abrazase* la carrera divina.

—Me harías feliz si te dedicases a la Iglesia, hijo mío. ¡Un hijo obispo, tal vez cardenal, quién sabe si Papa!

Y Fermín, que era contemplativo, reconcentrado, taciturno y melancólico, y que aún no se había enamorado de ninguna mujer, le dió a la madre buena y guapa el *sí,* su primer *sí.*

Acabó la carrera eclesiástica el joven, con brillantez, con gran aplicación, y yo creo que la madre murió de puro gozo al ver a su hijo predicar, con rango de lo que las beatas califican *pico de oro,* haciendo llorar a las viejas, suspirar a las jóvenes y meditar a los pecadores.

Fermín era guapo, alto, buen mozo, con la gallardía materna y la gentileza y marcialidad del padre. Inteligente, consecuente, supo encauzar los deseos carnales, mortificando su cuerpo con disciplinazos y ayunos, y haciendo rodear sus grandes ojos negros por unas profundas ojeras. ¡Era guapo Fermín, con el pelo de azabache ensortijado, los ojos grandes y serenos, la nariz aguileña y la boca limpia, con los dientes tan blancos como la frente de raso!

Hizo carrera. En Madrid fué el cura, el predicador de moda. Y llegó a obispo, yendo a una antigua e histórica ciudad medieval.

* * *

En la triste, silenciosa y sombría ciudad, un indiano construyó un cine. Hubo el natural revuelo entre las familias rancias y nobles. Hasta entonces se había librado Urbenegra de las acometidas del progreso y la vida moderna. El único café, cafetín más bien, se cerraba a las once de la noche, y el sereno cantaba a grito pelado las horas, con la adición del tiempo reinante. Las calles quedaban a oscuras, y algún farol diseminado entre éstas y las plazas importantes parpadeaba en medio de las sombras. Había, naturalmente, en Urbenegra, adulterios, hijos ilegítimos, y se violaban doncellas como en las más modernas y pervertidas urbes. Pero todo se hacía entre el silencio y la oscuridad, *guardando las formas,* sin escándalos, y todos los vecinos iban a misa casi a diario, y confesaban y comulgaban. Si los urbenegrenses, hombres y mujeres, no se bañaban jamás, ni en plena epidemia variolosa o tífica, en cambio lavaban su alma con una higiene escrupulosa.

Por fin se impuso el buen sentido, y el indiano fué autorizado a inaugurar el cine, siempre bajo la censura eclesiástica, que ejercería directamente Su Ilustrísima.

Más de cuatro y más de ocho hembras, no to-

das guapas, se enamoraron ciegamente del obispo joven y bello. Pero él sabía con dulzura convencerlas de su extravío, y las traía a buen camino con dulces consejos y débiles palmaditas en la cara. Era comprensivo Fermín, y disculpaba las pasiones de sus femeninas ovejas, aunque a veces lamentaba la inutilidad de su virtud al enterarse que algunas se *desquitaban* con cualquier canónigo más o menos orondo.

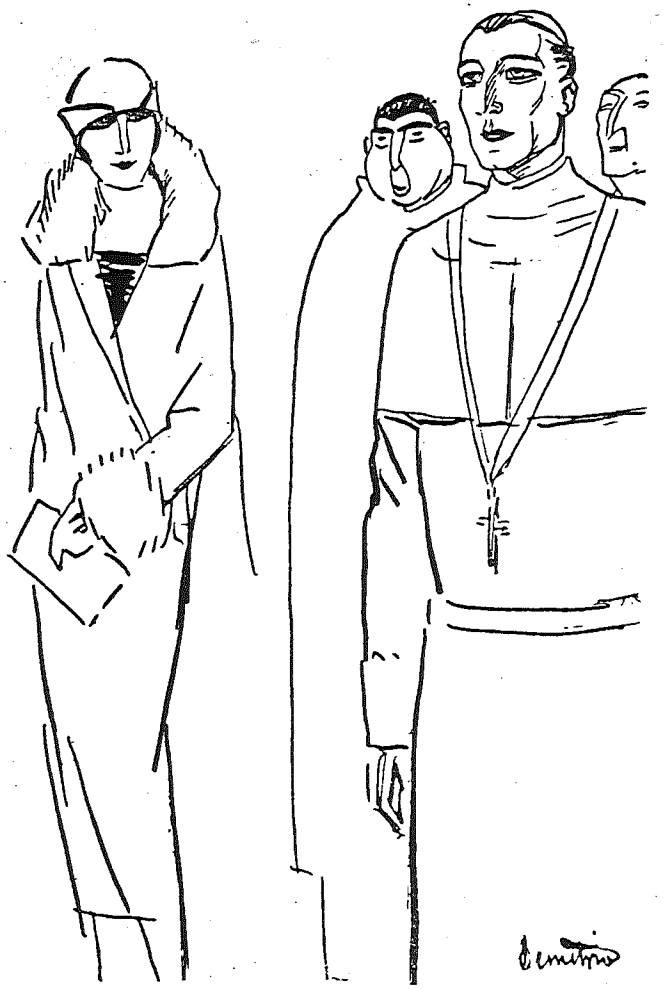
* * *

Pero un día el indiano no se contentó con dar películas americanas, sino que quiso, para amenizar el espectáculo, contratar alguna artista de *varietés*. El empresario habló con el obispo, que acabó por ceder, siempre y cuando Su Ilustrísima viese antes la clase de trabajo que iban a realizar las artistas.

La primera en llegar a Urbenegra fué Amara, *la Mejicana*. Cantaba y bailaba. Sus canciones eran chulas, flamencas, y sus danzas y bailes entusiasmaban a los públicos.

Amara era fina, delgada, ondulante, con unos ojazos aún más grandes que los de Fermín Ormán, con el pelo muy rubio y la cara bruja, con algo de águila y un enorme poder de atracción, que dimanaba sobre todo de las pupilas de obsidiana. Viajaba siempre con la madre, una mamá auténtica, que era una fiera para defender la virginidad de la hija triunfadora.

Cuando el indiano presentó a Amara en el Pala-



Hoy no estoy en condiciones de juzgar a esta señorita...

cio Episcopal, rodeaban a Fermín tres canónigos y dos secretarios. El obispo la miró breves momentos, y ya no vió nada. Fué el chispazo, el deslumbramiento, la locura. Aquella mujer era la suya, la que el Destino le reservaba por encima de todas las carreras y todas las leyes divinas y humanas. Fué un instante, un relámpago. No hubo proceso evolutivo. Fué de pronto, como las cosas decisivas y fulminantes, como los rayos. Fué como si el alma de Fermín fuese puesta al contacto de una corriente eléctrica de alta tensión, suponiendo que las hubiese—y las hay, en efecto—para las almas. El alma de cera, blanca y pura del obispo, quedó fundida, carbonizada, ante los ojos y el rostro de Amara.

—Hoy no estoy en condiciones de juzgar a esta señorita—dijo Fermín, turbado, en plena emoción—. Que vuelva mañana.

* * *

Quiso él tomarse aquel plazo para recapacitar, para tratar de reaccionar contra el insólito efecto. No fué posible. Su alma, su cuerpo, decían: "La quieres y Dios lo quiere, puesto que lo consiente. Es inútil. Está escrito."

Se torturó, se azotó hasta hacerse sangre. Y su cuerpo repetía: "Cuanto más me castigues, más la deseo, más la quiero. Sí, sí, la quiero, la quiero..."

El lloraba, y su espíritu le respondía: "No hay

remedio. Esa mujer te ha vuelto loco, Fermín. El único lenitivo es amarla, que sea tuya... Sólo así podrás tal vez verte libre de ella algún día. Ese es el único remedio posible..."

* * *

Amara, en cuanto llegó a la fonda, se echó en los brazos de su madre, llorando. Amara llevaba dentro de su sangre una gran cantidad de raza mora, que se le salía por los ojos y por todo el cuerpo, y una dosis no pequeña de sereno erotismo, que culminaba en la cabellera rubia. Además, descendía de gitanos.

—¡Maldita sea mi suerte, maldita sea la hora en que vinimos a este pueblo infame!

—¿Qué te pasa, chiquilla?—le decía su madre—. ¿Es que temes que el obispo no te autorice? Parece simpático, y como guapo...

—¿Verdad que sí, madre? ¿Verdad que es muy guapo y más simpático que nadie? ¡Maldita sea mi suerte y cómo me gusta ese hombre!

—Pero ¿qué dices, chiquilla? ¿Estás en tu juicio? ¿Te has vuelto loca?

—Mire usted, madre—dijo muy seria y muy grave Amara—. Yo no sé mentir. No podría en este caso. Yo estoy loca por ese hombre. ¿Usted ve lo que usted guarda tanto, mi *monedita de oro,* que aún no he cambiado? Pues a él se la daría con sólo insinuarme su deseo... Por él robaría, mataría, la

abandonaría a usted, me suicidaría... Yo quiero a ese hombre, madre, y fíjese bien: si usted trata de quitarme de la cabeza este querer; si usted quiere prohibirme el desahogo de contarlo, de decirlo aunque sólo sea a usted, soy capaz de matarme, de hacer cualquier barbaridad... Lo quiero, lo quiero... ¡Maldita sea mi suerte!

La madre no contestó. Conocía a su hija, porque se conocía a sí misma. Ella no ignoraba que Amara una vez se *chiflaría* por cualquiera, y sólo deseaba que *ése* fuese un hombre rico o, por lo menos, un señor *decente*... Sabía que el día que su hija dijese *aquí estoy,* no servirían consejos, ni palabras, ni amenazas... Se *reconocía* en su hija. Ella fué así, y en su familia todos fueron lo mismo. Después de todo, el obispo no había de corresponder a esa pasión absurda—pensaba la madre—, y si correspondía, quién sabe si eso sería lo mejor que podía acaecerle a la hija...

* * *

Al día siguiente el obispo estaba solo, sin canónigos ni secretarios. Amara prohibió al empresario que la acompañase, y la madre esperó en la antesala. Cuando estuvieron frente a frente ella y él, pálidos, como muertos, sin haber podido dormir, poco tuvieron que decirse y poco se dijeron.

—Siéntese... No se asuste... ¿Está cansada?

—No, gracias, pero la emoción, el no dormir...

—¿Tiene usted novio?

—No he querido nunca a nadie.

—¿Nunca?

—Hasta ahora, no.

—Como yo.

—Su Ilustrísima, claro...

—No me llame usted así...

—Es que...

El adivinó, de pronto, con la perspicacia que prestan las grandes pasiones.

—¿Tú... también me quieres?

—Con toda mi alma.

—¡Hermosa mía! ¿Será posible?

¡Cómo latían ambos corazones, antes y después del abrazo!

* * *

Amara no trabajó en Urbenegra. Fermín celebró dos o tres conferencias con la artista. El obispo pagó *en secreto* a la madre diez veces más que rezaba el contrato. Amara y su mamá salieron para Madrid.

Los beatos, los graves varones, toda la opinión sensata alabó la entereza del obispo, que no había autorizado el trabajo de aquella artista diabólica. El empresario era uno de los más ardorosos defensores de Su Ilustrísima, que lo había llamado para decirle:

—Esa señorita no debe trabajar aquí. Tome usted ese dinero por los perjuicios que esto pueda causar-

le. Y en lo sucesivo, para que esto no se repita, delegaré esta previa censura en don Moisés, el venerable deán de la Catedral.

* * *

A los pocos días, asuntos trascendentales obligaban a Su Ilustrísima a emprender un viaje a Madrid. Regresó a Urbenegra antes de los tres días. La Corte había sentado muy mal al obispo. Venía más pálido, más ojeroso, más delgado, y apenas salía a pasear. Se encerraba en su despacho, y escribía.

* * *

Los viajes del obispo a la corte menudearon. Fué una pasión intensa. Amara y Fermín se amaban con locura, y él parecía dispuesto a apartarse de la Iglesia, romper con todo e irse lejos de España, muy lejos. El era rico. Podrían vivir, rehacer sus vidas, trabajar; y él serviría a Dios como padre de familia, ya que no había acertado a servirlo como padre de almas.

Poco a poco la pasión de Amara fué siendo más fuerte que la de él. Fermín llevaba dentro de sí la tragedia de su vida, ya casi rota y a punto de romperse del todo. Pensaba en su madre y esto le sumía en dolorosas desesperaciones. Aunque muerta, él creía que su madre le veía. Y parecía oír su voz desde el otro mundo, reconviniéndole:

—¡Hijo mío, por mí, por tu apellido, por tu padre, militar glorioso, por ti mismo, apártate de la senda de perdición!... Aún es tiempo... Piensa en mí, en tu padre, en Dios, en el mundo, en ti mismo... Esa mujer es el Demonio...

* * *

Un día comprendió Amara que aquel hombre vacilaba, y adivinó que no sería capaz de romper con las ligaduras y cadenas que le sujetaban. Fué cuando le oyó que pretendía hermanar su amor con el Dios de los curas, insinuando la hora del arrepentimiento.

Amara le miró a los ojos. Y en medio de las negras pupilas del amado, vió muchas interrogaciones, dudas y desalientos. Se quedó pensativa, y dijo al fin:

—Mira. Si no te hubiese conocido vistiendo hábitos, te mataría antes de que me abandonaras. Las mujeres de mi sangre matan cuando el hombre a quien quieren las abandona. Pero contigo no debo obrar así, porque cuando te conocí eras lo que eres, y quién sabe si al colgar los hábitos dejaría de quererte porque no me parecieras el mismo, y yo te quiero *a ti*... Cuando te parezca, pues, damos por terminado lo nuestro, y a otra cosa.

La preocupación de Fermín sobre todo era saber que él había sido el primero que había entrado en el corazón y en el cuerpo de Amara. Pero ella una vez, al adivinarlo, se lo *quitó* de la cabeza.

—Mira—le dijo—, eso no tiene importancia. Me dí a ti porque te quise, y a no haberme tropezado contigo, otro hombre me habría interesado y para él habría sido lo que tuyo fué... Yo no había nacido con vocación de monja, ni de virgen, ni de mártir... Conque...

* * *

Ya no volvió a Madrid Fermín Ormán. Su espíritu había reaccionado, y ahora su alma se bañaba en pureza y santidad. Hastío de la carne, y remordimiento de conciencia como corolario. Y ni siquiera escribía a Amara, que acabó por indignarse contra su ex amado. Ella tampoco le quería ya. Su alma había recibido demasiadas duchas de agua fría para no perder la temperatura necesaria al amor. Pero lo que hacía *aquel hombre* era inconcebible. Creía que todo podía quedar así. Retirada de los tablados, había de comenzar su carrera artística, y no tenía un céntimo. El se había marchado un buen día sin decir nada, sin hablar claro, y no había vuelto. ¿Compensaciones materiales? Por lo visto, no caía en eso el obispo, y si caía, no le parecía buen empleo para el dinero.

—¡Pues bueno fuera que esto quedara así!

La madre, que no había querido hablar por miedo a la hija, en cuanto oyó esto se desbordó en explicaciones.

* * *

"Necesito cincuenta mil duros", le dijo Amara a Fermín en una carta. Pasaron ocho días. Nada. Ni dinero ni contestación. Hubo que explicar más claramente la situación.

"Mira—rezaba otra carta—si no me das ese dinero, con tus autógrafos, con tus misivas de amor—los tengo por docenas—publicaré un librito, que seguramente lo pondrán de texto en las escuelas. Y además recurriré a los Tribunales, daré un gran escándalo de Prensa, y a más de perder la carrera te llenarás de ignominia. Ocho días tienes para pensarlo. Pasado ese tiempo, ya será tarde."

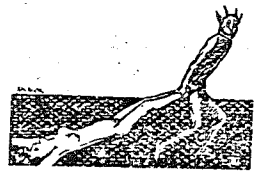
* * *

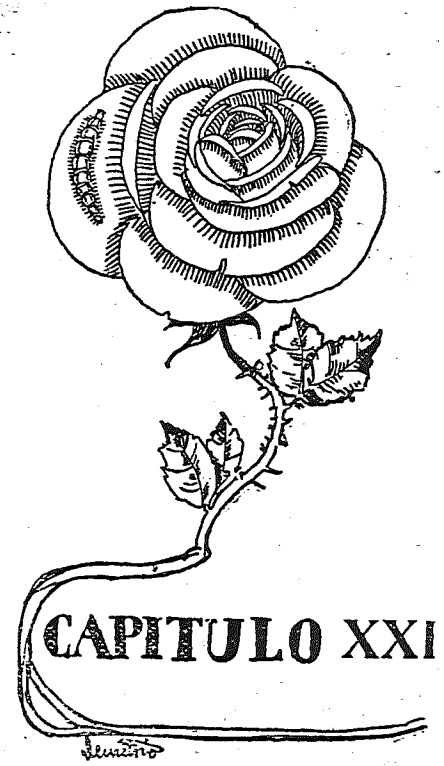
Un canónigo anciano y comprensivo fué el encargado de canjear las cartas y documentos por el millón de reales, que quedó en una cuenta corriente de Amara. No fué nada cara aquella pasión del obispo, que hoy quizá dude si hizo bien o mal en no arrostrarlo todo por aquella chiquilla deliciosa y enamorada, que tenía derecho a algo más que un silencio de ingratitud. Lo que terminó con un tufillo de *chantage,* debió acabar en una gentileza del amado fugitivo, que espontáneamente no quiso endulzar las horas epilogales de aquel idilio, con unos fajos de billetes para la nena gitana, primera virgen de la letanía que a diario entonará el arrepentido pastor de ovejas descarriadas.

* * *

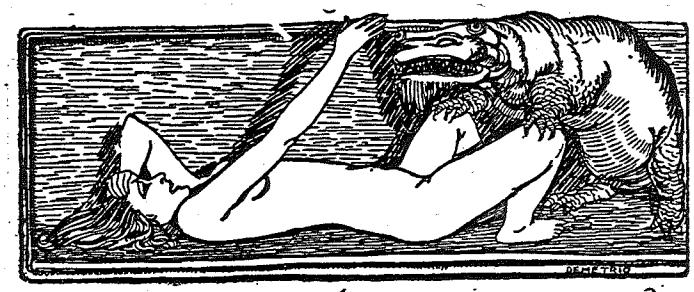
La anterior historia no la sé porque Fermín Ormán me leyese. La supe porque se la oí referir, arrodillado como pecador en un confesonario del mismo Palacio Episcopal. Actuaba de confesor un curita joven, llamado Mauricio Itálico, que me llevaba en el bolsillo, y que se apresuró a absolver a Su Ilustrísima. Yo también otorgo mi perdón a don Fermín. Porque si lo único imperdonable en él fué, a mi juicio, su actitud postrera, pagó por ella una fuerte multa.

En cuanto al confesor, Mauricio, era simpático, a pesar de que gozaba por entonces de los favores de una bella y joven dama, casada con un relator de la Audiencia. Pero no me parece oportuno relatar los amores de la señora de un relator. Sería una redundancia.





CAPITULO XXI



XXI

Yo no sé qué influencia ejerce el tren en la virtud femenina. Mas es lo cierto que en medio de los vaivenes del convoy ferroviario, las mujeres se sienten propicias a la debilidad amorosa, y muchas virtudes, fuertes en tierra firme, las he visto abatirse de pronto entre los traqueteos de un departamento. Parece que en los buques, durante las travesías marítimas, aún se relaja más fácilmente la moral burguesa, construída con los ladrillos de los preceptos religiosos y los formulismos sociales. Pero yo no me he embarcado nunca. Conozco España y Francia, y fuera de estos dos hermosos países, mi ignorancia de los paisajes y ambientes es absoluta a la hora en que escribo estas líneas. Ir a América, recorrer Europa y surcar los aires constituyen hoy mis tres placeres deseados.

... Conocí en un coche-cama a un empleado de la



Compañía Internacional. Hombre simpático, de *buena familia,* en el sentido de no haber dependido nunca de nadie y haber tenido satisfechas las necesidades materiales, me leía con verdadero interés. Por tarambana, Angel Rubio, que así se llamaba mi amigo, abandonó su casa, se gastó en poco tiempo los miles de duros que heredó más tarde, y por las influencias de un ex ministro, consejero de la Compañía, entró al servicio de la Internacional de los Grandes Expresos Europeos. Mujeriego impenitente, en su empleo tuvo ancho campo donde desarrollar la idiosincrasia de su ser.

—¿Qué tendrá el *peluche* con que van tapizados los asientos de estos coches, que en cuanto las mujeres lo rozan durante media hora con sus piernas y sus nalgas, al debatirse sobre los muelles, se transforman, y si van solas se manifiestan decididas e independientes sacerdotisas de Venus?—decía una noche Angel Rubio a un *revisor,* que a su vez era otro canalla en el arte de *aprovecharse* durante la férrea ruta.

Los que viajan frecuentemente, sobre todo, en trenes de lujo, pueden contar de las mujeres más que muchos que no se han movido de Madrid o de París.

Angel Rubio era alto, buen mozo, y su apellido rimaba bien con el color de su cabello. Cuando le conocí, tenía treinta y dos años y llevaba ocho practicando su profesión. Mientras Rubio fué mi dueño y mi lector—seis días—, le conocí cuatro aventuras.



La joven era bellísima.

La primera con una señora morena, muy hermosa, que se dirigía a Albatera con el fin de pasar unos días con su madre. El marido había ido a despedirla a la estación. Pues aquella mujer, que jamás había sido infiel al esposo, fué de Angel, y detuvo su viaje en Murcia, donde Rubio se quedaba con permiso.

Pero su más bonita aventura, y es la que yo me proponía referir, fué con una señorita que no iba sola. La acompañaba un señor de bastante edad, con una respetable barba blanca. Cuando subieron al vagón, el anciano viajero entregó a Angel un kilométrico con dos retratos: el de la señorita—casi una niña—y el del hombre de la barba. En aquel pasaporte de ferrocarril había escritos dos nombres: don Esteban Estébanez de Quirófano, y Magdalena Estébanez. No cabía duda. Eran padre e hija. La joven era bellísima; más bien alta, trigueña, con rasgados ojos zarcos, serenos, de gacela; la boca sonreía anhelosa, dejando ver los dientes blancos. Las piernas, largas, esbeltas, fuertes sin embargo, podían admirarse plenamente a causa de la *generosa tacañería* de una falda cortísima. Los pechos castigaban duramente a una fina blusa de seda azul, a cada movimiento de Magdalena. Angel no acertaba a colocar el equipaje, misión que no dejó a otro empleado inferior a él en categoría *oficial*. Y como una de las veces en que él intentaba serenarse cayó al suelo el portamantas y una mano de Angel, inconscientemente, supo de la dureza

elástica de los senos de la chiquilla, mi amigo creyó morir...

Cuando el coche no iba completo, procuraba Angel colocar a quien a él le interesaba junto a una litera donde había barrenado el tabique de madera, haciendo un agujero apenas perceptible. Y así, en



cuanto pudo, y sabiendo que padre e hija se disponían a descansar, fué al observatorio... y su sorpresa... ¿Qué veía? La joven, completamente desnuda, sentada, se sometía con complacencia manifiesta a los experimentos del viejo, que parecía mirar por el ojo de una cerradura que no dejaba pasar la luz... Sintió Angel asco hacia aquellos miserables; pero el espectáculo era tan fuerte, que, a pesar de las náuseas, no dejaba de mirar... y de ver. Hasta que la luz, súbitamente, se hizo negra y la oscuridad reinó.

Inquieto, febril, sin poder pegar un ojo ni despegarlo del agujero, ya inútil, hacia la madrugada vió que el viejo salía al pasillo, en pyjama, y en vez de utilizar un gabinete vecino, fué al extremo del coche, y en una pequeña cabina se encerró.

Angel, en cuanto se convenció de la ausencia del viejo, sin saber lo que hacía, demente de veras, abrió la puerta y entró junto a la jovencita, que no sólo no gritó, sino que correspondió con una generosidad de millonario dilapidador.

Cuando salió Angel para incorporarse a su destino, el anciano no había regresado aún.

... Pero Angel, para su mayor dicha, traía aclarado el alucinante espectáculo anterior. El viejo no era padre de Magdalena. Don Esteban, que desempeñaba un papel simbólico en la vida oficial española, para viajar con su amante había sacado un kilométrico inscribiendo como hija a la nena trigueña. Como el ilustre patricio tenía una hija, nadie podría extrañarse al verle con aquella joven. Don Esteban, pues, tenía dos kilométricos: uno, el legítimo, donde iba el retrato de su hija, ya que él era viudo, y otro, que podríamos llamar apócrifo, donde iba *estampada* Magdalena y que ésta guardaba en su hotelito del barrio de Salamanca.

Don Esteban, por su edad, no podía hacer sino

lo que Angel y yo vimos a través del barnizado tabique.

* * *

Muchas mujeres, al entregarse en el tren a un hombre que han visto por primera vez en su vida, lo hacen en la creencia de que a aquel sujeto no van a volver a verlo más. Si presumen epílogo o complicaciones, suelen reaccionar... y hasta suele haber bofetadas o escándalo. Porque en ese momento la mujer no es nada sentimental y sólo ve la realización de un capricho que anheló *casi* en sueños o en momentos de voluptuosidad enervadora. De ahí el éxito de Angel y de algunos colegas suyos, incluyendo a los *revisores* desaprensivos, que los hay, como no faltan los que han perdido el empleo y hasta los que han ido a la cárcel. Porque lo difícil es saber *cuándo* y *cómo,* y saber disimular y fingir ante lo que, en vez de fruto en sazón, es agraz amargo. El peligro está en la violencia, en animarse por otros éxitos circunstanciales anteriores, y sentirse *sátiros,* y faunos sin ninfas. Hasta figuran en la lista los sacerdotes que perdieron la carrera y se pudren en presidio, ante lo que se llama en el Código penal *estupro,* violación o sus tentativas. Porque el tren, si ablanda la virtud femenina, aviva el deseo de los hombres, y en los archivos de las Audiencias existen millares de folios por causas criminales relacionadas con *el sexo en ferrocarril.* Para calmar la exacerbación del *genio de la especie,* que sobreviene en los viajes, a mí se me ocurre una idea, que evitaría trabajo a la curia, al mismo tiempo que muchos desgraciados dejarían de tener cuentas con la justicia.

Si yo, en vez de ser un libro, tuviese personalidad humana, ya habría presentado mi gran proyecto a los Poderes públicos, aunque con el temor de que los moralistas al uso se lanzasen sobre mí como una jauría que persigue a un jabalí en pleno bosque. Por lo visto, las cosas están bien así, y lo moral es que se infrinja el sexto, como ahora, a veces contra la voluntad de las vírgenes. Mi proyecto se titularía *El lupanar en los trenes,* y, como su rótulo indica, iría encaminado a demostrar la conveniencia de que las Compañías instalasen *vagones de lenocinio,* de coche-cama, de primera, de segunda y hasta de tercera clase; que todos tienen derecho al desahogo natural. Si se creía—y no sé por qué razón—que la regencia de esos vagones humanitarios no debía recaer sobre hombres, que se creara el Cuerpo de *Revisoras de Venus,* con uniforme y gorra galoneada, y con su taquilla para el despacho de billetes, y con su médico, en nombre de la sanidad e higiene.

Claro es que con esto no se evitaría la debilidad de que antes hablaba referente a las mujeres honradas; pero, por lo menos, se ahorrarían las violencias y las causas y procesos por los delitos a que he aludido, que no es grano de anís.

Para los ricos podría incluso establecerse el *cabaret* ambulante, con bailes modernos, de esos a los que no estorbaría el movimiento del tren. En resumen: un acto de moralidad que evitaría muchas inmoralidades y violencias, y un magnífico negocio para el Estado y para las Compañías.

Los viajes serían mucho más divertidos, mucho más serios, más sinceros y más morales que lo son ahora.

Y mientras los Gobiernos no se decidan a incorporar estas reformas, por lo menos deberían contratarse unas cuantas mujeres hermosas que practicasen dos de las más santas obras de caridad: dar posada al peregrino y de comer al hambriento. Y una *contra-caridad,* no menos cristiana en ese caso: desnudar al vestido, ya que no se suele vestir al desnudo.

Tan interesantes ideas las brindo a los sociólogos y a los abnegados reformadores de costumbres.

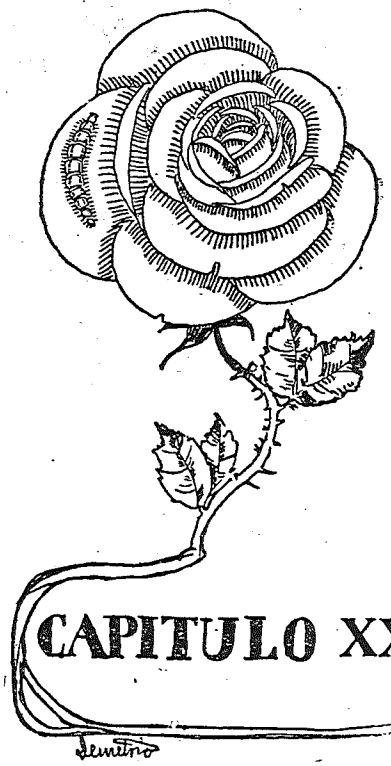
* * *

Después de escrito lo anterior, me entero (por un lector) de que en Inglaterra se han inaugurado unos *vagones-dancing,* o sea lo que he tenido el gusto de defender. Un motivo más de simpatía para la Gran Rubia, cuyas mujeres son encantadoras. No podía venir de mejor sitio la innovación. Inglaterra es un país serio, de gran prestigio político e intelectual.

Si la novedad viniese de Francia, los mentecatos

achacarían la medida a libertinaje. Viniendo de las Islas Británicas, supongo que nada tendrán que oponer los profesionales de la moral, que suelen ser aquellos que vivieron la mayor parte de su vida en medio de los más espesos fangos.





CAPITULO XXII

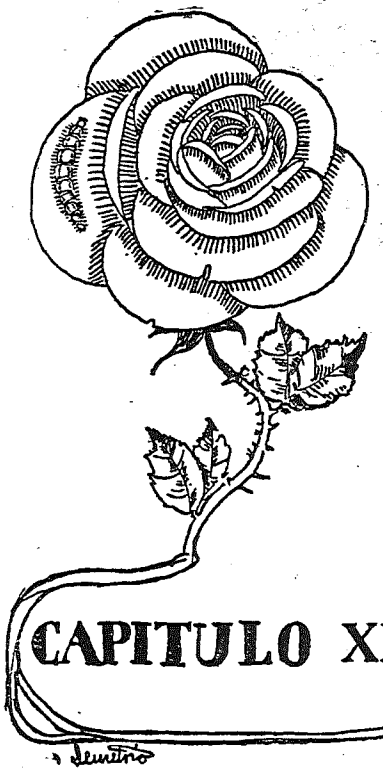
ligros de la carne y las asechanzas del Malo se encuentran en todas partes, en el siglo y en el claustro. A los treinta y cinco años, sor María de la Luz Azul conoció al padre Fabián, y como éste era una especie de diablo con uniforme religioso, se amaron diabólicamente. Un día el fraile exigió un fuerte sacrificio, uno más, pero mayor, de sor María, que al principio, al oír la proposición, se quedó a oscuras, a pesar de llamarse de la Luz. Quiso, y obtuvo, el fraile, el tributo de una doncella, de una virgen real, y fué elegida la más bonita, la más pura, la más inocente de entre todas. La víctima elegida se había llamado en el mundo Susana Roland, y en el convento era conocida por sor Elisa del Amor Romántico. Con engaños, con sugestiones malignas, hicieron creer a la nena—quince años—, que el Señor, su esposo, quería poseerla al uso del siglo, para lo cual, en el momento preciso, transmitiría la divina cualidad al cuerpo del fraile. Así nació aquel hijo, que Rosa del Castillo adoptó primero y mató *civilmente* después. La superiora murió a poco, entre postreros, terribles y tardíos remordimientos, y como el padre Fabián continuaba teniendo para Elisita la representación viva de Cristo, nació una pasión humana, que acabó, tras el despertar de la joven, en la huída del convento y recogida del hijo, de que tienen noticia los lectores.

El padre Fabián y la madrecita Elisa viven en París, en un lindo piso de la rue Clichy. El se dedica a representar fábricas de tejidos y ella trabaja en un taller de modisto de la rue de la Paix.

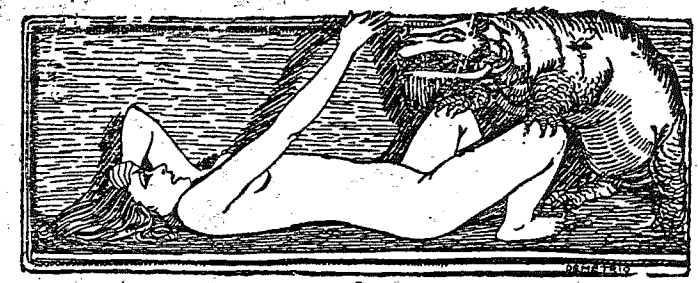
Me diréis que cómo es esto posible, cuando *Rosa de Carne* es una novela. Pero resulta que *Rosa de Carne,* mi novela *en sí,* estaba inspirada en la realidad, y sus personajes fueron documentos humanos de carne y hueso.

Enriquín, que tiene ya veinte años, estudia para ingeniero mecánico, y piensa venir muy pronto a España, porque vagamente ha oído hablar a sus padres de una señora Rosa del Castillo, *madrina* suya, y quiere conocer la patria de aquella mujer excepcional.





CAPITULO XXIII



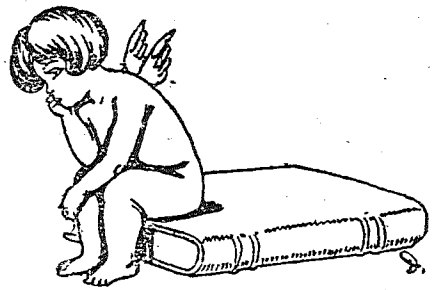
XXIII

Voy a terminar. Si como novela puedo sentirme satisfecha por el éxito que alcancé, como libro que ha realizado el milagro de escribir por sí mismo, no estoy segura del resultado. Quizá algún día prosiga mi comenzada tarea, porque me queda mucho por contar. He conocido tipos grotescos, como un pobre majadero morfinómano, que presume de elocuencia y es una caricatura hecha giba de la oratoria, que quisiera transcribir como sanción social contra las idioteces contumaces. Pero por hoy no me queda espacio, ni tiempo, ni ganas.

Habréis observado que estas páginas contienen una regular cantidad de asuntos novelescos, cada uno de los cuales podría llenar un volumen bastante obeso. Un novelista que yo conozco quizá los aproveche un día, y que le sirvan de lo mismo. Pero yo no podía dedicarme a hinchar o desarrollar temas novela-

bles, porque además de apartarme de mi labor, habría tenido que comenzar a escribir mis *obras completas*, en veintiocho o treinta volúmenes. Yo no soy un escritor, sino un libro, es decir, el hijo de un escritor que, por primera y tal vez última vez, ha cogido la pluma... Perdonad si os aburrí, o si en el calor de la improvisación o al correr de la pluma dejé escapar vocablos o conceptos un poco duros... Tened en cuenta que yo no puedo corregir lo que escribo, ni revisarlo, ni siquiera releerlo. Si por milagro hice lo que hice, en cambio no puedo volver a ver mi obra, circunstancia digna de tenerse en cuenta... Mis palabras, flageladoras a veces, quizá hayan herido—sin querer, por supuesto—a más de dos seres. Anótese en mi disculpa que flagelar vicios, falsos juicios o prejuicios, es labor bienhechora siempre, como todo lo que tiende a la perfección...

En cuanto termine de escribir la última palabra, caerá la cuartilla sobre la mesa donde estoy y ya desconoceré por siempre la suerte de mi trabajo... ¿Cuál será ésta? ¿Recogerá alguien mis palabras y les dará su firma? ¿Se las llevará el viento? Si por fortuna alguien las prohija, vaya para quien sea mi saludo con mi gratitud... ¡Que la vida le dé lo que él anhele! Y si, lo que no creo, el generoso mortal que me acoja la da a la imprenta, y la publica, y alguien la lee, que mis últimas palabras, como el último aliento de un moribundo, sean de cariño para los ojos bondadosos... Mírame, lector, y oye: ¡Bendito seas!



FIN